



Ambición

Adrian Blake



Ambición

Adrian Blake



El contenido de este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del titular del copyright. Así mismo, queda prohibida su incorporación a cualquier sistema informático, ya sea por copia, transcripción o donación. Todos los derechos reservados.

Primera edición: Febrero 2020

Título original: Ambición

Adrian Blake© 2020

Diseño de Portada: Gema Millanes

Maquetación: Gema Millanes

Imágenes de portada: Adobestock

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Epílogo

Prólogo

Llevo más de dos horas corriendo y el sonido de mi respiración acelerada se entremezcla con las noticias sobre la bolsa que suenan a través de mis auriculares. Hacer ejercicio me sienta bien, sobre todo cuando el sol está empezando a despuntar en el cielo. Dinero, poder... y responsabilidad: esas tres palabras pueden definir perfectamente mi vida cotidiana. Soy el presidente de *CRC International*, una empresa dedicada a la reestructuración de negocios. Despiadado, insensible e incluso diablo encarnado son algunos de los adjetivos que han utilizado al referirse a mí, pero simplemente me limito a hacer mi trabajo.

El sonido de mi teléfono me hace detenerme en seco para recuperar el aliento. Ser el heredero de la fortuna de los Goldman no es tarea fácil cuando no sigues las normas del imperio familiar.

—Buenos días, mamá —respondo mientras estiro mis músculos cansados.

—¿Has desayunado ya? —Elevo los ojos al cielo.

—Aún no, estoy haciendo ejercicio.

—Ven a verme entonces, desayunaremos juntos.

—Tengo que irme a trabajar.

—Eres el presidente, puedes llegar una hora más tarde.

—¿Hay algo en concreto que quieras decirme?

—¿Es que no puedo simplemente querer pasar tiempo con mi hijo mayor?

—Muy bien, te veo en una hora.

Como suponía en lugar de con mi madre me encuentro con una mujer de unos treinta años, posiblemente una rica heredera con la que pretende casarme. Para cualquier otro hombre ella sería la mujer perfecta: guapa, alta, con curvas y unos modales exquisitos, pero para mí simplemente es una más a la que rechazar. En cuanto me ve se levanta de su asiento con una sonrisa.

—¿Daniel Goldman? —pregunta extendiendo su mano— Soy Stephanie Hunt, es un placer conocerle al fin.

Respondo al saludo y me siento frente a ella. El camarero se acerca de inmediato con mi café y permanezco mirándola fijamente un momento.

—Si esta situación le resulta incómoda puede marcharse —dice ella tal como esperaba.

—¿Le parece que me encuentro en una situación incómoda?

—Su madre me ha hablado mucho de usted —responde ignorando mi pregunta— pero se olvidó de hablar sobre su carácter.

—¿Qué sabe usted sobre mi carácter? Ni siquiera hemos intercambiado un par de frases.

—Precisamente. Es el primer hombre que conozco que no es capaz de entablar una conversación con una mujer bonita.

—Eso es porque no he sido yo quien ha concertado esta cita.

—Su madre piensa que un matrimonio entre nosotros sería muy ventajoso para ambas familias.

—¿Acaba de conocerme y ya me habla de matrimonio?

—Así son las cosas entre la gente de nuestra posición social.

—Una idea ridícula y anticuada. Creo que mi madre le ha dado una impresión equivocada sobre mí, señorita Hunt. Cuando me case lo haré porque me apetezca, no porque me lo impongan.

—Entonces, ¿por qué no se ha marchado?

—Porque soy un caballero.

Termino el café y me levanto de la silla para abrocharme los botones de mi americana.

—Deberíamos decir que es usted la que no está interesada en mí —digo sin mirarla—, así al menos su orgullo permanecerá intacto.

Me doy la vuelta para marcharme, pero me detengo en el último momento.

—Una cosa más —digo—, su perfume es demasiado empalagoso. Si quiere atraer a un hombre por su olfato debe ser un poco más sutil.

Dicho esto, salgo por la puerta del hotel para dirigirme al trabajo. Encuentro a Dominic, mi mejor amigo y director general de la empresa, sentado en uno de los sofás de mi despacho leyendo el periódico.

—¿Se ha incendiado tu despacho o simplemente te has levantado con ganas de joderme? —pregunto dejando mi maletín sobre la mesa.

—Quería ver cómo ha ido la cita a ciegas que te ha preparado tu madre.

—¿Lo sabías y no me has avisado?

—No, me lo ha dicho tu secretaria hace un momento.

—En serio voy a tener que despedir a esa mujer —protesto—. Aún no se ha enterado de a quién le debe lealtad.

—Apenas le quedan un par de meses más antes de jubilarse, ten paciencia.

—Creo que la mía se ha terminado.

—¿Tan mal ha ido?

—En realidad no —contesto—. No me ha tomado más de un cuarto de hora rechazarla.

—¿Era guapa?

—Mucho, y además elegante y de buenos modales.

—¿Y por qué la has rechazado?

—Porque no me gustaba su colonia.

—Por su colonia... —responde Dominic mirándome con una ceja arqueada.

—Era demasiado dulzona para mi gusto.

—Vamos, Daniel, no me jodas...

—En serio, era empalagosa hasta decir basta.

—Es tan sencillo como regalarle una que te guste.

—Pero eso implicaría que ella se hiciera ilusiones con un matrimonio que no va a suceder.

—Podrías terminar enamorándote de ella.

—¿Y hacer feliz a mi madre? Va a ser que no.

He organizado una reunión urgente para esa mañana porque hay un asunto importante que debo resolver. Me siento a la cabecera de la mesa y miro el rostro de los jefes de equipo, que leen el informe que les ha entregado mi secretaria con atención. A mi derecha está el señor Akerman, el más peligroso de todos porque cree que puede manejarme a su antojo igual que hizo con mi padre... no sabe lo equivocado que está. El señor Hawkins es su títere, hace todo lo que Akerman le dice porque es un auténtico cobarde, y la silla vacía pertenece al único de ellos que puede ser considerado leal a la empresa... y a mí. Dominic se sienta a mi lado y me lanza un guiño con una sonrisa.

—Les he reunido aquí porque hay un asunto urgente que debemos debatir —comienza a decir mi amigo—. El señor Park estará de baja por un tiempo debido a su trasplante de hígado, así que el caso de *Dharma Editorial* está ahora mismo en el aire.

—Aunque su gerente está ausente su equipo debería ser capaz de encargarse de dicho proyecto —respondo leyendo el informe—. Podríamos promocionar a su subordinado más inmediato.

—Esa sería una buena solución —responde Dominic—, pero es uno de los proyectos más importantes de este año y me preocupa que lo estropeen. Creo que hasta que el señor Park regrese su equipo debería ocuparse de proyectos más pequeños.

—¿Alguno de ustedes puede ocuparse de ello? —pregunto.

—Nosotros tenemos entre manos el caso de *Galileo Constructions* y no sabemos cuándo vamos a terminar con la compañía —responde Akerman.

—Nosotros estamos igual —tartamudea Hawkins—. Con la disminución del precio del petróleo nos está costando vender la refinería.

—Debería hacerse cargo usted mismo del proyecto —sugiere Akerman—. Es el único que puede hacerlo ahora mismo.

—¿Está diciendo que el presidente de la compañía es quien debe ocuparse de un asunto como este? —pregunta Dominic— ¿De dónde se ha sacado usted esa idea tan absurda, Akerman?

—Fue su padre quien lo sugirió —responde Hawkins.

—¿Esta reunión era para discutir el tema o para informarme de la decisión que ha tomado mi padre a mis espaldas? —protesto.

—Creemos que es la mejor opción —contesta Akerman.

—¿Es mi padre el presidente de esta compañía, Akerman? ¿Es que usted se cree que si él me presiona accederé a sus deseos?

—No hay ninguna razón para que no se haga cargo del proyecto. Si yo estuviera en su lugar...

—Nunca estaremos en la misma posición —interrumpo—. Deje de fantasear con dirigir esta empresa, eso nunca sucederá.

Inspiro profundamente antes de mirar severamente a ambos jefes de equipo.

—Ninguno de ustedes ha terminado su proyecto porque son un par de incompetentes —continúo—. Usted sigue creyendo que mi padre tiene algún poder en esta empresa y que por ello tiene carta blanca para hacer lo que le dé la gana —digo a Akerman.

Miro a mi amigo de reojo, que está sonriendo con satisfacción.

—En cuanto a usted —digo a Hawkins—, tiene tanto miedo de Akerman que hace lo que le pide descuidando su propio trabajo, por eso sus avances respecto a la refinería son prácticamente inexistentes.

—Sus palabras han sido un poco duras, señor Godman —responde Hawkins—. Apenas hace un par de meses que su padre dejó el puesto de presidente, aún no hemos podido hacernos a la idea.

—¿He sido demasiado duro con ellos, Dominic? —pregunto—. Si piensas que lo he sido, me disculparé.

—Creo que has sido demasiado indulgente —responde mi amigo—. Yo en tu lugar no habría sido tan educado.

—A pesar de todo, me haré cargo personalmente de *Dharma Editorial* —digo al fin sorprendiéndoles a todos—. No quiero que la úlcera de mi padre empiece a sangrar porque ustedes no sean capaces de hacer su trabajo.

Doy por terminada la reunión, los jefes de equipo se marchan y me acerco a la cafetera para servir dos cafés.

—¡Guau! —exclama mi amigo— Eso ha sido impresionante, pero tengo una pregunta que hacerte. Si pensabas hacerte cargo del proyecto desde el primer momento, ¿por qué has montado

todo esto?

—Esos dos necesitaban una cura de humildad, sobre todo Akerman. Estoy cansado de que recurran a mi padre cada vez que alguna de mis decisiones no les convence.

—En cualquier caso, ¿por qué has tomado el proyecto?

—Porque tú haces tu trabajo condenadamente bien y me aburro —respondo—. Además, se trata de una editorial y siempre me ha gustado leer.

—¡Mimado caprichoso! —protesta— Siempre haces lo que te da la gana.

—Tendría que tener alguna ventaja por ser hijo de mi padre, ¿no crees?

Capítulo 1

Miro el reloj para darme cuenta de que el tiempo ha pasado volando. Me he quedado en el despacho estudiando el caso de la editorial para averiguar qué plan debo seguir para reflotarla... o venderla. Siento un dolor agudo en el cuello debido a las horas que llevo sentado en la misma posición y necesito comer algo antes de que mi estómago se revele por completo contra mí.

Me giro hacia los enormes ventanales de mi oficina desde donde se ven los edificios de Seattle bajo el oscuro cielo sin luna. Es una pena que las luces de la ciudad eclipsen la belleza de un cielo cubierto de estrellas, pero así es la vida. Me estiro antes de levantarme y coger mi chaqueta para marcharme. El edificio está completamente vacío a excepción de los guardias de seguridad y agradezco el silencio que reina ahora mismo porque normalmente el ambiente está demasiado cargado de ruido.

Mi coche, un *Ferrari* deportivo descapotable en color negro, está aparcado justo en frente de la salida peatonal del garaje. Me dirijo con paso decidido hacia él, pero un escalofrío me hace detenerme y mirar alrededor. Tengo la sensación de que alguien me sigue, siento un par de ojos clavados en mi nuca y el corazón ha empezado a latirme a mil por hora. Aligero el paso para llegar hasta el coche y en cuanto entro en él empiezo a respirar tranquilo.

—Tío, necesitas descansar —digo para mí mismo—. Estás empezando a tener paranoias.

Me dirijo hacia el restaurante favorito de mi madre para encontrarme con ella.

—Siento el retraso —digo sentándome en la silla de enfrente—, se me fue el santo al cielo trabajando.

—¿Hay alguna razón por la que rechazaras a la señorita Hunt? —pregunta a bocajarro.

—¿Podemos dejar la conversación al menos hasta que pidamos la comida?

Ella asiente y sujeta la carta con más fuerza de la necesaria. Ni siquiera me mira a la cara cuando me habla, lo que significa que su cabreo es monumental.

—La señorita Hunt me rechazó a mí —respondo cuando se marcha el camarero—. Esta vez no ha sido culpa mía.

—¿Y piensas que voy a creerme esa tontería? Eres el partido más codiciado de la ciudad, Daniel, nadie se atrevería a rechazarte.

—Parece que no le gusto lo suficiente como para sacrificarse.

—Casarse contigo no sería ningún sacrificio.

—No todas las mujeres piensan que soy perfecto. Ni siquiera tú lo piensas y eres mi madre.

—Muy bien, concertaré entonces otra cita.

—Deberías relajarte un poco, aún no tengo intención de casarme.

—Tienes treinta y seis años. ¿Cuándo piensas casarte y formar una familia?

—¿Es que es obligatorio hacer eso?

—¡Daniel!

—¿Por qué es obligatorio formar una familia? ¿Qué pasa si yo no quiero tener hijos?

—Debes tenerlos. ¿Qué ocurrirá con la empresa si no los tienes?

—¿Es más importante el futuro de la empresa que mi felicidad?

Mi madre se queda callada demostrando que para ella sí lo es. Continúo comiendo en silencio, aparentando que estoy bien aunque realmente me sienta como una mierda, pero no soy capaz de

terminar el segundo plato.

—No tengo hambre —susurro apartando mi silla—. Debo irme.

—¿No vas a comer postre? —pregunta ella sorprendida— He pedido tu favorito.

—De repente me he quedado sin apetito.

No me preocupo por ella porque sé que su chófer la estará esperando fuera cuando salga. Puedo tener todo el dinero y las comodidades del mundo, pero eso no sirve de nada cuando te sientes tan solo como yo. ¿Por qué decidieron mis padres tenerme? ¿Porque me querían o porque necesitaban un heredero para su imperio? El teléfono empieza a sonar y sonrío al darme cuenta de que es mi mejor amigo. Realmente mi hermano y él son mi única familia, los únicos que me aprecian por lo que soy y no por lo que tengo.

—¿Qué pasa, Dom? —pregunto nada más poner el manos libres.

—¿Ya has terminado?

—Sí, voy a casa.

—¿Todo bien?

—Como siempre.

—En ese caso ven a la mía y nos tomaremos un par de cervezas.

—Muy bien, te veo ahora.

Dominic y yo somos vecinos, solo tengo que dar veinte pasos para llegar de mi casa a la suya así que prácticamente nos pasamos todo el día juntos. Él no viene de una familia adinerada, ha llegado hasta donde está debido a su esfuerzo y el de sus padres para pagarle la carrera. Realmente le admiro, es probablemente la persona más competente que conozco y me alegro mucho de que sea mi amigo.

Aparco el coche en mi plaza de aparcamiento y me dirijo a la entrada peatonal del edificio. La sensación de ser observado regresa de nuevo, así que acelero el paso para llegar cuanto antes a mi destino. Aunque me vuelvo varias veces para comprobar que nadie me sigue no puedo evitar sentir que algo no va bien. La maldita luz del garaje se apaga antes de que pueda llegar a la salida y corro hasta el interruptor, pero algo de olor dulce me cubre la boca mientras alguien me sujeta con fuerza los brazos. Intento zafarme pero en seguida me encuentro demasiado cansado y apenas soy capaz de mantener los ojos abiertos.

Cuando me despierto estoy sentado en una silla atado de pies y manos. Pruebo a moverme pero las ataduras están demasiado apretadas y lo único que consigo es volcar la silla y terminar golpeándome la sien con algo que hay en el suelo. Miro alrededor. Parece ser un almacén abandonado en el que la única luz entra a través de la ventana que está en la pared de la derecha. Huele a petróleo, mar y pescado podrido, por lo que deduzco que debo estar cerca del puerto. Me han tapado la boca con cinta americana y no puedo gritar pidiendo auxilio.

Poco después entran en el almacén dos tipos vestidos de negro con la cara cubierta por un pasamontañas.

—El principito se ha despertado y ha intentado escapar —dice uno de ellos.

—Ponle derecho —ordena el que parece ser el cabecilla—. Tenemos que demostrarle a su padre que está vivo e intacto.

Así que me han raptado para pedir un rescate. Como si mi vida no fuera lo suficientemente complicada ahora mismo... El subordinado se acerca y endereza la silla logrando que la habitación empiece a darme vueltas. Ahora que estoy en posición vertical puedo sentir la sangre resbalar por mi mejilla, así que posiblemente me he abierto una buena brecha debida al golpe. Me concentro en deshacer con los dedos el nudo de la cuerda que ha quedado sobre la palma de mi

mano debido a la caída.

—Estos putos ricos no saben lo que cuesta ganar unos dólares —escupe el que se ha arrodillado delante de mí—. Vamos a enseñarle a este niño de mamá lo que es sufrir un poco, ¿Eh?

El primer golpe en mi cara se siente arde, el segundo logra que mi visión se vuelva borrosa. Cierro los ojos cuando he logrado sujetar el cabo deseado... ahora solo queda tirar suavemente para verme libre.

—No vas a pedir clemencia, ¿eh? —pregunta el jefe arrancándome la cinta americana de la boca de un tirón— ¿Eres demasiado orgulloso para hacerlo?

—Que te den, gilipollas —escupo con los dientes apretados.

—¡Vaya! —ríe— ¡Pero si el ricachón tiene los huevos bien puestos!

—Mi padre no va a daros ni un solo centavo —informo—. ¿En serio creéis que le importan algo sus hijos? Deberíais haberos informado mejor antes de raptarme.

No veo venir el puñetazo que su compañero me asesta en la mandíbula y termino mordiéndome la lengua debido al impacto. El sabor de la sangre corre por mi garganta y la escupo a la cara del gilipollas que sigue de rodillas frente a mí. Miro de reojo la única salida que tiene el almacén, que por suerte está abierta, y continúo deshaciendo los nudos lentamente.

—El hijo de puta se ha quedado sin huevos después de unos cuantos golpes —protesta el cabecilla— pero los tuvo bien puestos cuando vendió la fábrica y nos dejó en la calle.

Miro fijamente al que está arrodillado delante de mí en cuanto la cuerda cae al suelo. De un cabezazo lo dejo tirado en inconsciente e intento deshacerme de las cuerdas de los pies a toda prisa. El otro se acerca corriendo, pero logro darle un puñetazo que lo desestabiliza mandándole al suelo también. Los segundos me parecen horas hasta que logro soltar las cuerdas, pero para entonces ambos se han recuperado y se acercan a mí, uno de ellos empuñando una navaja.

Me aflojo la corbata preparándome para la pelea. El que va desarmado ha conseguido una barra de hierro y me golpea en la espalda haciéndome caer de rodillas y su compañero me asesta una puñalada en el costado. El dolor es cegador, aprieto la mano contra la herida y me levanto para enfrentarme de nuevo a ellos. No pienso morir hoy, gilipollas, así que no os hagáis ilusiones. Me acerco al más débil, que es el de la navaja. Con mi metro ochenta y siete de estatura le saco más de una cabeza y logro reducirlo en poco tiempo, dejándole inconsciente en el suelo. Me vuelvo para encararme al otro pero ha soltado la barra de acero y ha salido huyendo.

Salgo del almacén y me alejo todo lo posible hasta la primera calle transitable, pero son más de las cinco de la mañana y no pasa ni un alma por ella. Ahora que me siento a salvo el dolor del costado se vuelve insoportable. Miro la camisa que está cubierta de sangre e intento andar hasta la siguiente calle, pero me fallan las fuerzas y termino cayendo de rodillas sobre la acera. Está lloviendo a mares, el calor de la sangre espesa se mezcla con el frío de la lluvia y aunque me cuesta consigo arrastrarme unos metros más hasta colocarme debajo de una farola encendida. No quiero cerrar los ojos, no quiero dormirme por miedo a no despertarme, pero estoy tan cansado que los párpados se me cierran solos.

De pronto escucho la voz de una mujer que está cantando algún tipo de canción cursi, y aunque desafina hasta el límite del horror ahora mismo esa voz es lo más bonito que he escuchado jamás. Levanto la cabeza para localizarla pero está oscuro y no puedo ver nada.

—¡Por favor... ayúdeme! —logro susurrar.

Hay algo más... el sonido de la cadena de una bicicleta que cae al suelo de repente. De pronto siento unas manos pequeñas sobre mi estómago y aunque tengo un sueño monumental sonrío y

logro abrir los ojos. Delante de mí aparece la cara más bonita que he visto en mi vida, de ojos almendrados de color marrón, nariz respingona y labios sonrosados.

—¿Está bien? —pregunta— ¿Está herido?

Parece que ha encontrado mi herida cuando inspira con fuerza.

—¡Por Dios santo! ¿Qué le ha pasado? —vuelve a preguntar— ¿Quién le ha hecho esto?

—No... lo... sé —atino a decir antes de perder el conocimiento.

Cuando despierto estoy tumbado en una cama de hospital. Miro alrededor para darme cuenta de que no es la habitación VIP del hospital subvencionado por mi familia, sino una sencilla habitación común y corriente. Esa mujer está a mi lado, tiene una de mis manos sujeta entre las suyas y la cabeza apoyada sobre el colchón, completamente dormida. Su ropa y su pelo ya están secos y puedo distinguir los reflejos dorados de su melena castaña. Alargo la mano hasta ella para apartar un mechón de pelo de su rostro y permanezco un rato observándola. ¿De dónde has salido tú, mmm? ¿Dónde has estado escondida?

—Veo que se ha despertado —dice la enfermera entrando por la puerta.

Le hago una señal para que no la despierte y ella asiente antes de inyectar algo en la bolsa de suero que hay conectada a mi vía.

—¿Puede decirme su nombre? —susurra.

—Daniel Goldman —respondo.

Si se ha sorprendido al oír mi nombre desde luego no lo ha demostrado en absoluto. Tras revisar el apósito que cubre la herida de mi abdomen da un paso atrás.

—La policía está esperando para verle, señor Goldman —explica—, pero el doctor les ha dicho que no podrán hacerlo hasta mañana. Debe descansar, duerma un poco más.

Empiezo a sentir mucho sueño. Todo se ve de repente borroso y fijo mi atención en la mujer que está dormida a mi lado para recordar sus facciones cuando despierte más tarde.

—Espero que estés aquí cuando despierte —susurro—. No quiero pasarme la vida entera buscándote.

Cuando me despierto de nuevo vuelve a ser noche cerrada y no hay rastro de la mujer que me ha salvado la vida por ninguna parte. Me levanto bruscamente para ir a buscarla pero mi madre me retiene volviendo a acostarme.

—¿¿Dónde está?! —pregunto forcejeando para escapar— ¿¿Qué coño has hecho con ella?!

—¡Cálmate, Daniel! ¿Se puede saber de quién estás hablando?

—¡La mujer que estaba conmigo! ¿Dónde está?

—Cuando llegué aquí estabas solo, hijo.

—No lo estaba... ella estaba aquí... ¡Estaba aquí mismo!

En ese momento entra la enfermera de la noche pasada para revisar mi vía. Salto de la cama y la sujeto fuertemente del cuello de su uniforme.

—¿Dónde está la mujer que me trajo al hospital? —pregunto— ¿Dónde se ha metido?

—Se marchó hace horas, señor Goldman —explica—. Cuando el doctor la informó de que usted no corría ningún peligro se marchó.

—¿No la ha echado mi madre?

—¡Claro que no, señor! —exclama la enfermera con los ojos abiertos como platos— ¿Por qué haría ella tal cosa?

—¿Ha dejado algún teléfono de contacto? —Niega con la cabeza.

—Simplemente se marchó.

Me dejo caer en el borde de la cama. ¿Se ha ido así, sin más? ¿Por qué? Caigo en la cuenta de

que dije mi nombre delante de ella, pero no pudo escucharlo porque estaba dormida, ¿o sí?

—¿Por qué te has marchado sin que que pueda darte las gracias? —susurro.

—¿Qué te pasa, Daniel? —pregunta mi madre ayudándome a acostarme— ¿Tan fuerte te has golpeado la cabeza que estás teniendo visiones?

—¿Qué haces aquí? —pregunto sin mirarla.

—¿Que qué hago aquí? ¡Soy tu madre! ¿Dónde podría estar cuando han apuñalado a mi hijo?

—Yo no te he llamado.

—El hospital lo hizo cuando les diste tu nombre.

—Si llego a saberlo me quedo callado.

—¿Se puede saber por qué estás tan molesto conmigo últimamente, Dan?

—¿En serio no lo sabes?

—Me gustaría saberlo.

—Estoy cansado y necesito dormir. Deberías irte, mamá, estoy seguro de que las enfermeras son más que capaces de cuidar bien de mí.

—Voy a ordenar tu traslado a nuestro hospital. Estarás más cómodo y...

—No se te ocurra hacer nada, estoy perfectamente donde estoy.

—Deja al menos que te cambie a una habitación mejor...

—He dicho que te marches, tengo sueño.

Me doy la vuelta para no verla y cierro los ojos. Vuelvo a ver en mi mente el rostro de esa mujer, sus rasgos suaves y delicados, y maldigo en silencio porque no tengo manera de encontrarla. Necesito darle las gracias, pero más aún necesito verla de nuevo. Todavía puedo recordar el tacto cálido de su mano sobre mi mejilla, su voz suave animándome mientras íbamos en la ambulancia y sus dedos entrelazados con los míos sujetando mi mano con fuerza. Alargo la mano hasta la mesita de noche para coger mi teléfono y llamar a Dominic.

—Estoy llegando —dice nada más descolgar—, dame 5 minutos.

Cuelga sin darme ocasión de decir una sola palabra y me doy la vuelta para comprobar que mi madre ya se ha marchado. Es lo que he pedido a fin de cuentas, pero en el fondo me habría gustado que se quedara. ¿Esos desgraciados en serio creen que lo tengo todo? Pues se equivocan, porque me falta lo más importante: el amor de mi madre.

Mi mejor amigo llega diez minutos después. En cuanto ve que estoy más o menos bien se deja caer en el sillón junto a mi cama con un suspiro.

—Casi me matas del susto —suspira—. He venido en cuanto tu secretaria me lo ha dicho.

—¿Es que mi madre no te ha llamado? Acaba de irse.

—¿Desde cuándo le caigo bien a tu madre? —responde sonriendo— ¿Estás bien? Me han dicho en recepción que te han apuñalado.

—Estoy bien, no han llegado a alcanzar ningún órgano interno.

—¿Sabes quién ha sido?

—Los secuestradores llevaban pasamontañas pero parecían ser trabajadores descontentos de alguna empresa de las que hemos reestructurado.

—Al menos no te han matado.

—Aún me queda mucho tiempo para darte el coñazo —bromeo.

—Te tomo la palabra, cabronazo. Me has dado un susto de muerte.

—Necesito que hagas algo por mí —digo de repente.

—¿Qué ocurre?

—Ayer una mujer me trajo aquí. Averigua todo lo que puedas sobre ella.

—Necesito saber algo más, tío... cómo era, cuántos años tenía...

—No la conozco así que no tengo ni idea de su edad, pero es menor que nosotros, de pelo castaño, ojos marrones y nariz respingona.

—¿Sabes su nombre?

—No, me desmayé en cuanto me encontró. Supongo que en los registros de mi ingreso habrá alguna información más, si no ponte en contacto con los policías que vinieron a tomar declaración ayer.

—Muy bien, me pondré a ello.

—Encuétrala, Dom —ordeno mirándole fijamente.

—¿Hay algún motivo en especial por el que estés desesperado por encontrarla?

—Me gustaría agradecerle que me salvara la vida.

—¿Solo eso?

—Tal vez —es mi parca respuesta—. Respecto a la empresa... no digas nada, no quiero que se hagan ilusiones con que mi padre vuelva a la presidencia.

—He dicho que estás de viaje —responde Dominic.

Con un suspiro se acerca hasta mí un poco más.

—¿Cómo conseguiste escapar con vida? —pregunta.

—Tuvo que ser un puto milagro. Ni siquiera sé de dónde saqué las fuerzas, solo pensaba que no he vivido lo suficiente para morir en esa cloaca.

Dominic se acerca al sofá que hay junto a la ventana y se tumba con los ojos tapados con el brazo.

—¿Qué crees que estás haciendo? —pregunto.

—¿Dormir?

—¿Y por qué no te vas a tu puta casa?

—Alguien tiene que quedarse contigo y por lo que veo tu madre sigue igual que siempre.

—No necesito que te quedes, las enfermeras son perfectamente capaces de cuidar de mí y necesito que descanses bien estos días. Tienes que ser mis ojos y mis oídos en la empresa.

—Este sofá es bastante cómodo —responde—. Te aseguro que descansaré.

—Estoy hablando en serio, Dom, vete a casa.

—¿Estás seguro de que eso es lo que quieres?

—Me gustaría que en vez de quedarte tú lo hubiera hecho la mujer que me salvó —protesto—. Te aseguro que la vista sería infinitamente más agradable.

—Muy bien, me marcharé entonces pero vendré antes de irme a trabajar. ¿Necesitas que te traiga algo de casa?

—Mi portátil. Si debo quedarme aquí unos días aprovecharé para estudiar a fondo la editorial.

—Te lo traeré por la mañana, intenta descansar.

Asiento y cierro los ojos en cuanto mi amigo sale de la habitación. Realmente es el único que se preocupa por mi bienestar, mis padres ya me han demostrado que solo les interesa el futuro de la jodida fortuna familiar. Cada vez odio más ese dinero, por eso me mudé en cuanto empecé a ganarme el sueldo y desde entonces todo lo que tengo lo he conseguido gracias a mi trabajo. No pienso tocar ni un solo centavo de esa maldita fortuna, en cuanto mi padre fallezca pienso donarlo todo a la beneficencia.

Capítulo 2

Dominic vuelve como ha prometido antes de irse a trabajar trayendo consigo una bolsa de deporte y el maletín de mi ordenador. Saca de la bolsa un pantalón de deporte y una camiseta con una sonrisa

—Pensé que te gustaría deshacerte de ese pijama de hospital —dice dejándolo a mis pies—. Te he traído también algunos productos de aseo.

—Si fueras una mujer me casaría contigo, tío... lo digo en serio.

—Si fuera una mujer te aseguro que me alejaría de ti tanto como fuera posible.

—¿Por qué? Soy un buen partido —ríe.

—Porque tendría que aguantar a tu madre.

Me incorporo e intento meterme la camiseta de manga corta por la cabeza, pero los puntos de la herida me tiran y me retuerzo de dolor.

—Es que eres imbécil —protesta Dominic arrancándomela de las manos—. ¿No puedes pedir ayuda?

—Soy bastante mayorcito para vestirme solo —respondo—. Tienes que irte a trabajar.

—El trabajo puede esperar.

Mi madre entra cuando me está terminando de subir el pantalón de deporte y deja caer el bolso al suelo al vernos.

—¿Es por esto por lo que no quieres casarte? —pregunta con voz chillona— ¿Porque te gustan los hombres?

Dominic intenta reprimir una carcajada sin éxito y yo elevo los ojos al cielo.

—Tienes que estar muy aburrida para inventar esas gilipolleces —protesto abrochándome el cordón del pantalón—. Deberías decirle a tu marido que te preste más atención.

—¿Cómo te atreves a hablarme así? ¡Soy tu madre!

—Mi madre se habría quedado anoche a cuidar de mí.

—Me dijiste que me fuera.

—No hizo falta insistir mucho para que lo hicieras.

—Creo que debería irme —interrumpe Dominic, que debe estar bastante incómodo con la situación.

—Tienes razón, llegarás tarde —respondo volviendo a la cama.

—Vendré esta tarde para informarte de la situación.

Asiento y pongo mi atención en el ordenador. Mi madre se quita el abrigo y se sienta en el sofá, pero no le hago ni puñetero caso. Al cabo de un par de horas, se levanta con un suspiro.

—Como veo que no te hago falta, me marcho —me informa.

—Haz lo que te dé la gana.

—Avísame cuando te den el alta, vendré a recogerte para llevarte a casa.

—No te molestes, Dominic me llevará a mi apartamento.

—¡No puedes estar solo después de esto!

—No estaré solo, mamá. Estaré con mi verdadera familia.

Eso ha sido un golpe bajo, lo sé, pero estoy tan molesto con ella que no mido mis palabras. Me arrepiento un poco de haberlo hecho cuando veo las lágrimas rodar por su cara, pero ella se limita

a recoger el bolso y salir de la habitación dando un portazo.

Paso el resto del día estudiando la editorial. No es de extrañar que haya ido a la quiebra, han publicado demasiados malos libros en el último año. Las críticas sobre ellos en Internet son malísimas, mucho más cuando la historia es buena pero está mal escrita y mal corregida. ¿En qué estaba pensando el dueño?

Cuando reviso el contrato que hemos firmado con él me dan ganas de ahorcar a mi equipo. La empresa debe ser comprada con el personal incluido y debe continuar con su ocupación original. Cojonudo.

—¿En qué coño estabas pensando, Park? —protesto— ¿Querías joderme desde el principio?

Llamo a Dominic de inmediato, esta no es una situación que pueda dejar al azar.

—¿Acabo de irme y ya me echas de menos? —bromea.

—Llama de inmediato al dueño anterior de la editorial y concierta una cita con él lo antes posible.

—¿Ha ocurrido algo?

—Que voy a matar a Park en cuanto me recupere. Convoca mañana una reunión urgente con su equipo, van a explicarme qué coño es lo que han hecho con esta empresa.

—Tienes que descansar, Dan. Déjalo para cuando te recuperes.

—No hay tiempo para eso. Tráeme mañana a primera hora un traje que mis vacaciones forzosas van a tener un pequeño receso.

—¿Tan grave es?

—Te mando el contrato que han firmado por correo —respondo— y una cláusula especial para que la imprimas. No podemos deshacer el contrato pero espero poder arreglar las cosas lo mejor posible.

—De acuerdo.

—¿Cómo están las cosas por ahí?

—Tensas, como siempre que no estás. Los jefes de equipo siguen resentidos porque me hayas nombrado director y aprovechan cualquier oportunidad para hacérmelo saber.

—Solo serán unos días.

—Vas a dejarme sin diversión demasiado pronto —ríe mi amigo—. No sabes lo que me divierte darles órdenes ridículas solo para joderles.

—Eres tan cabrón como yo —respondo con una sonrisa—. Te dejo, que voy a redactar el documento.

—Mándame un whatsapp cuando lo tengas.

Redacto la cláusula y se la envío a mi amigo, necesito tener carta blanca para despedir al personal o no servirá de nada reestructurar la empresa para venderla. Alguien en esa editorial está haciendo las cosas mal y tengo que descubrir de quién se trata y por qué. Cuando termino el trabajo cierro el ordenador, aparto la mesa y me tumbo dispuesto a descansar todo lo que pueda.

A la mañana siguiente me dirijo a la empresa junto a Dominic, que ha venido a recogerme al hospital. Aunque los puntos me molestan debo aparentar que estoy perfectamente delante de mis trabajadores, así que le he pedido al médico que me atiborre de calmantes para poder llevar a cabo la reunión. Después de eso volveré para seguir recuperándome pero esto es algo que tengo que hacer en persona.

Cuando entro a la sala de reuniones todos los miembros del equipo de Park se ponen de pie. Me siento en mi sillón disimulando una mueca de dolor y Dominic se sienta a mi lado por si necesito su ayuda. Miro uno por uno los rostros de las personas sentadas a mi alrededor y

enciendo el aparato de diapositivas para mostrarles el maldito contrato de la editorial.

—¿Alguien puede explicarme esto? —pregunto.

—Es el contrato de *Dharma Editorial* —responde uno de ellos.

—El contrato de la editorial... ¿Se parece a alguno de los que esta empresa suele redactar?

—No, señor —contesta una mujer agachando la cabeza.

—¿Entonces?

—El señor Park se ocupó personalmente de redactarlo —alega otro integrante del equipo—.

No nos permitió hacer ningún cambio al respecto.

—Es cierto, señor Goldman —añade la mujer—. Le dijimos que cambiara las cláusulas del contrato pero se negó.

—¿Sabéis si hubo algún motivo para que hiciera semejante estupidez?

—No, señor —responde otro—, no tenemos ni idea.

—¿Y por qué no se me informó personalmente de las diferencias de este contrato? —pregunta Dominic— Cuando los jefes de equipo no hacen bien su trabajo debería ser informado.

—Temíamos perder nuestro puesto de trabajo, señor Renaldi —responde la mujer.

—A partir de ahora os dirigiré personalmente —añado—. Si vuestro trabajo resulta ser tan mediocre como este contrato seréis todos despedidos.

—Empezaréis a trabajar en la editorial pasado mañana —dice Dominic—. Espero que estéis a la altura.

Salgo de la reunión demasiado cansado, sé que los médicos tenían razón y que ha sido una locura salir del hospital un día después de ser operado, pero no puedo dejar que la empresa se desmorone en mi ausencia.

—Llévame al hospital —digo a Dominic— y avísame si hay algún otro problema.

—De acuerdo. En cuanto a la mujer...

—¿La has encontrado? —pregunto bruscamente.

—No, ni siquiera sabes su nombre. ¿Cómo pretendes que la encuentre?

—¿La policía no la interrogó?

—Por supuesto, pero sus datos son información confidencial.

—¿Has revisado las cámaras del hospital?

—Lo he hecho y en ninguna imagen se le ve la cara con suficiente claridad como para identificarla. Es como buscar una aguja en un pajar, tío, déjalo estar.

Ha pasado una semana desde que salí del hospital. Aunque todos los días he vagado por la calle donde me apuñalaron con la esperanza de encontrar a esa mujer no he logrado verla. Me siento frustrado por no poder encontrarla pero no me doy por vencido y vuelvo a aparcar mi coche junto a la farola durante lo que me parecen horas. Una vez más vuelvo a casa derrotado, me doy una ducha y me meto en la cama.

La lluvia cae copiosamente sobre mi pecho ensangrentado. Puedo ver mi mano cubierta de espesa sangre oscura haciendo presión en mi costado, pero aun así la sangre no deja de brotar. Levanto la cabeza y lo único que veo son las luces de las farolas que iluminan la calle desierta, tengo mucho frío y soy incapaz de levantarme. De repente el sonido de la cadena de una bicicleta se acerca a mí lentamente. Miro hacia el origen del sonido, pero no veo absolutamente nada. Sé que si me duermo moriré aunque soy incapaz de mantener los ojos abiertos. Con un último esfuerzo intento pedir ayuda, pero las palabras no salen de mi boca...

Me despierto cubierto de sudor y la respiración acelerada. Miro alrededor para asegurarme de

que estoy en mi apartamento y me levanto de la cama para beber un poco de agua porque siento la garganta completamente seca. Me paso el resto de la noche tumbado en el sofá con la televisión puesta porque al menos así puedo dar alguna cabezada sin volver a tener esa horrible pesadilla. Mis pensamientos vuelven irremediabilmente a la mujer a quien le debo la vida. ¿Por qué se marcharía de aquella manera? ¿Por qué no se quedó hasta que recuperé la consciencia?

La reunión con el anterior dueño de la editorial al día siguiente por la tarde no va tan bien como esperaba y tengo que ofrecerle cincuenta mil dólares para que firme la dichosa cláusula.

—Vamos a tener que convertir la editorial en un negocio exitoso si queremos sacar beneficios —protesta Dominic.

—En cuanto Park regrese está despedido —respondo—. Nos ha hecho perder dinero por su estúpida decisión.

Dominic me mira con atención, sé que debo estar sudando porque la herida me está doliendo especialmente hoy pero he intentado disimularlo lo mejor posible.

—Vamos a casa —ordena a Mathew, mi chófer personal—. El señor Goldman se quedará en el ático.

—Muy bien, señor Renaldi —contesta Mathew.

—¿Quién te ha dicho que me voy a ir a casa? —protesto—. Aún tengo cosas que hacer.

—Ya las harás mañana —responde mi amigo—. Tienes mala cara y aún no estás recuperado del todo.

—Estoy perfectamente —miento.

—¿Prefieres que te lleve a casa o al hospital?

—Muy bien... me iré a casa.

En cuanto llegamos al garaje de nuestro edificio Dominic sale del coche y espera apoyado en él cruzado de brazos.

—¿Qué haces? —pregunto.

—Vigilar que hagas caso, no me pienso ir de aquí hasta que subas.

Con un suspiro meto la llave en el cuadro de mandos del ascensor para que suba hasta la última planta. Espero un par de minutos antes de marcharme para que el gilipollas de mi amigo se haya ido a la oficina y paso más de una hora parado frente al lugar donde me encontré con esa mujer, pero hoy tampoco aparece. Con un suspiro salgo del coche y me acerco a una tienda de comida rápida a comprar la cena que no tengo ganas ni fuerzas para ponerme a cocinar ahora mismo. Me dirijo hacia mi coche mirando el teléfono cuando alguien impacta contra mí dejándome sin aire y levanto la vista para descubrir asombrado que se trata de ella.

—Disculpe, no le... ¡Oh, es usted! —exclama.

—Al fin te encuentro...

—¿Cómo está su abdomen? —pregunta intentando levantarme la camiseta— ¿Le he hecho daño?

Le agarro las manos con una sonrisa para que deje de examinarme porque me estoy empezando a poner cachondo con tanto toqueo.

—Me encuentro bien, no te preocupes.

—Es un alivio —suspira ella.

—No me diste la oportunidad de poder agradecerte lo que hiciste por mí, te debo la vida.

—Cualquiera en mi lugar hubiera hecho lo mismo.

—Sin embargo, fuiste tú. ¿Qué puedo hacer para agradecértelo?

—No hace falta que haga nada.

—Insisto... al menos permítame que te invite a cenar—ofrezco enseñándole la bolsa—. He comprado comida de sobra.

—No es necesario.

Me quedo mirándola un momento. Ahora me doy cuenta de que sus ojos no son marrones, como imaginé en un principio, sino de un tono verde oscuro. Tampoco es una belleza pero a mí me parece realmente irresistible. Tiene los labios finos y aunque suelo tener debilidad por las bocas carnosas siento la imperiosa necesidad de besarlos.

—¿Por qué me mira así? —pregunta colocándose el pelo detrás de la oreja— Me está haciendo sentir incómoda.

—Lo siento, no era mi intención.

—Debería marcharme.

Intenta pasar por mi lado para alejarse pero la sujeto con firmeza por el codo antes de que pueda hacerlo.

—Suéltame —pide.

—Dime al menos tu nombre.

—¿Por qué quiere saberlo?

—Porque me salvaste la vida.

—Audrey —responde—, me llamo Audrey.

—Un placer, Audrey. Yo soy Daniel.

—¿Puede soltarme ahora?

—No puedo —susurro—. No me preguntes por qué, pero te juro que no puedo hacerlo.

—¿Se da cuenta de que suena como un lunático?

—Créeme, lo sé. —Ladeo la cabeza con una sonrisa—. Una cena... concédeme una cena y te dejaré tranquila.

—Muy bien, una cena y no volveremos a vernos en la vida.

Sonrío al fin, le abro la puerta de mi coche y la llevo a mi apartamento, pero en vez de salir del coche me mira con una ceja arqueada.

—Vamos —la animo.

—¿A dónde? Aquí no hay ningún restaurante.

—Vamos a mi casa para poder calentar esto —respondo enseñándole la bolsa de nuevo.

—Creí que te referías a un restaurante... no suelo ir a casa de hombres desconocidos.

—No voy a hacerte nada, solo quiero que cenemos tranquilamente. Pero si no quieres subo a cambiarme y vamos a un restaurante, dame cinco minutos.

Ella me mira un momento y puedo ver la duda dibujada en su rostro, pero al final sale del coche.

—Supongo que aún no estás recuperado del todo de la herida, si te pasas un pelo te doy un puñetazo.

La miro con una sonrisa y la guío hasta mi casa. En cuanto abro la puerta dejo la bolsa sobre la encimera y la ayudo a quitarse la chaqueta.

—Siéntate —ordeno—, serviré la comida en un momento.

Audrey se sienta en la isla de la cocina y sirvo dos copas de vino. Tras un brindis la observo dar un pequeño sorbo y una gota de líquido queda intacta sobre su labio inferior. El corazón me va a mil, ahora mismo siento unas ganas irrefrenables de limpiar esa gota con mi lengua y levantarla en peso para llevarla a mi cama, pero me limito a servir la comida en dos platos y llevarlos a la

mesa.

—¿Por qué te marcharte antes de que despertara? —pregunto al cabo de un rato.

—Debía ir a trabajar, no puedo permitirme perder mi puesto de trabajo.

—¿Es esa la auténtica razón?

—¿Qué otra razón podría haber? Me sentí mal por hacerlo pero no tuve opción.

—No había motivo para sentirse mal, como puedes ver estoy bien.

—¿No debería estar aún en el hospital? La herida parecía realmente grave.

—No se dañó ningún órgano interno así que me dieron el alta hace una semana.

—Me alegro mucho por usted.

—¿No crees que ya es hora de que dejes los formalismos aparte? Llevo tuteándote toda la noche pero tú insistes en hablarme de usted.

—No nos conocemos lo suficiente —responde sonriendo.

—Te aseguro que eso tiene fácil solución.

Me levanto de la silla y aparto la suya de la mesa para atraparla entre mis brazos. Mi boca está a solo unos centímetros de la suya y puedo escuchar los latidos de mi corazón retumbando en mis oídos. Su respiración es agitada, aprieta los dedos sobre sus muslos y sus pupilas se han dilatado.

—¿Qué cree que está haciendo? —logra decir.

—Lo que llevo queriendo hacer desde la primera vez que te vi.

Uno mi boca a la suya y en cuanto nuestros labios se rozan una descarga eléctrica recorre todo mi cuerpo. Al principio Audrey permanece inmóvil seguramente sorprendida por mi ataque, pero pronto responde al beso enredando los brazos en mi cuello. La sujeto de la cintura para ponerla de pie y la levanto en peso para que enrede sus piernas en mi cintura. El dolor de la herida ha quedado olvidado, en su lugar solo queda un deseo irrefrenable y desesperado por enterrarme en ella cuanto antes. La llevo a mi dormitorio sin separar mi boca de la suya y la dejo caer en la cama arrastrándome con ella. Mi cuerpo queda a medias tumbado sobre el suyo y sus manos recorren mi espalda hasta agarrarme con fuerza de los hombros. Solo quiero besarla, no creo estar en condiciones de nada más, pero soy incapaz de detenerme. No soy capaz de separarme de ella ni para tomar aire, necesito seguir saboreando esos labios, esa lengua juguetona que le sigue el ritmo a la mía cuando por fin logro atravesar con ella sus labios. Desabrocho los botones de su camisa a toda prisa para dejar al descubierto su sujetador de encaje y me separo de ella lo justo para sacarme la sudadera por la cabeza. El contacto de mi piel con la suya me hace jadear. Su piel es suave, cálida... y deliciosa. Bajo mi boca por su cuello hasta encontrarme en el valle entre sus pechos y aparto la tela de uno de ellos para deleitarme con su sabor. En cuanto mi lengua roza su pezón un gemido escapa de sus labios y mi polla corcovea deseando enterrarse de una vez en ella.

No puedo esperar más, voy a volverme loco si lo hago. Me deshago de una vez de sus pantalones y sus bragas y me pongo de pie para desnudarme por completo. La observo mirarme con los ojos velados por el deseo, los labios hinchados por mis besos y la respiración acelerada, y sé que en mi vida he visto a una mujer más deseable que ella en este preciso momento. En cuanto me tumbo sobre ella Audrey abre las piernas para dejarme entrar en su cuerpo. Cada centímetro es absolutamente placentero, mi polla encaja a la perfección en su sexo y tengo que morderme el labio para no correrme en ese mismo momento.

Aparto el pelo de su cara para volver a besarla y empiezo a moverme dentro de ella despacio, tanto que duele. El placer es indescriptible, la sensación de estar dentro de ella es nueva y excitante y las expresiones de su cara me hacen desear no salir nunca de ella. Sus manos bajan por mi espalda hasta encontrarse con mi culo e intenta hacer que me mueva más deprisa, pero estoy

ocupado besándola, saboreándola y disfrutando de la situación. Audrey enreda las piernas en las mías y de un solo movimiento logra tumbarme de espaldas en la cama y quedar sobre mí. Su mirada está cargada de deseo, de lascivia, y empieza a moverse al ritmo que le gusta, arqueando la cintura para hacerme entrar y salir de su cuerpo.

Mis dedos se clavan en su cintura cuando la sujeto con fuerza y ella se tumba sobre mi pecho para recibir más besos. Siento sus pezones rozar mi piel, sus gemidos van a terminar por volverme loco y sus músculos internos están empezando a estrujarme hasta el límite del placer. Audrey se incorpora para poder acariciarse el clítoris mientras me la follo pero aparto su mano para hacerlo yo mismo. La siento convulsionarse a mi alrededor cuando echa la cabeza hacia atrás y con un grito llega al orgasmo, cayendo rendida sobre mi pecho.

Vuelvo a tumbarla en la cama de espaldas para quedar encima de ella. Ahora puedo moverme a mi antojo, mi polla está deseando liberarse y no pienso alargar el momento más de la cuenta. Mis embestidas se vuelven frenéticas, el placer sube por mi espalda y con un gemido me corro yo también, cayendo a su lado con un suspiro. Me giro cuando recupero el aliento para comprobar que se ha quedado dormida. Tiro de la sábana para tapar nuestros cuerpos y pongo con cuidado su cabeza sobre mi hombro para poder abrazarla, observo sus rasgos un momento, aparto un mechón de pelo que cae sobre su frente y tras besarla me quedo completamente dormido.

Capítulo 3

Audrey ha desaparecido de nuevo, cuando he abierto los ojos esta mañana me he encontrado la cama vacía. La he buscado como un loco por todas partes pero no hay ni rastro de ella.

—¡Maldita mujer!

¿Por qué demonios lo hace? ¿Por qué no puede simplemente esperar a que me despierte para marcharse? Ni siquiera tengo su número de teléfono... Dominic entra en mi apartamento y me mira con los ojos como platos cuando me ve parado desnudo en mitad del salón con los brazos en jarras.

—¿Se puede saber qué coño estás haciendo? —pregunta.

—¿La has visto?

—¿Ver a quién?

—Olvidalo.

Me doy la vuelta para volver a mi dormitorio y vestirme pero mi amigo me retiene del brazo.

—¿Has pasado la noche con una mujer? —pregunta.

—Deja de preguntar.

—¡Así que lo has hecho! ¿Te has vuelto loco? Déjame ver la herida.

Intento apartar sus manos del vendaje pero es tarea inútil.

—¿Sabes que esto es demasiado incómodo? —protesto apoyando el codo en la mesa mientras limpia la herida con yodo.

—Te jodes, haber sido responsable.

—¿Se ha soltado algún punto?

—Tienes suerte, aún siguen en su lugar. ¿Tan desesperado estabas por follar que no has podido esperar a recuperarte?

Le hago un corte de manga y vuelvo a mi cuarto. Las sábanas de la cama siguen impregnadas del olor suave de su colonia y mi polla responde involuntariamente. Me doy una ducha fría y me visto para ir a trabajar.

—Hoy visitaremos la editorial —informo—. Debemos empezar a estructurarla lo antes posible.

—Iremos allí directamente, ya he informado al equipo de Park para encontrarnos con ellos allí.

—Bien, en ese caso nos vamos.

—¿No vas a contarme nada sobre esa misteriosa mujer?

—Cállate.

La editorial está situada en un viejo edificio de las afueras, no hay ningún cartel o distintivo que informe sobre ella y por si eso no fuera suficiente las puertas de entrada están viejas y oxidadas.

—¿Esta es la editorial? —pregunto— No me extraña nada que haya terminado quebrando.

—El dueño anterior era algo especial —responde Dominic.

—¿Especial? Querrás decir desastre.

Doy un paso hacia la entrada pero me detengo y me vuelvo hacia mi amigo.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—No quiero que sepan quién soy.

—¿Cómo que no quieres que sepan quién eres? ¿Te has vuelto loco?

—Si se enteran de que soy el presidente de la compañía no actuarán con naturalidad y no podré saber quién está haciendo realmente su trabajo.

—¿Entonces qué vas a decirles?

—Que soy jefe de equipo, así que tú te encargarás de las presentaciones.

—Muy bien... pero me debes una cena por esto.

—Hecho.

Los empleados nos miran de reojo cuando entramos en las oficinas de la editorial. Es la reacción acostumbrada, así que Dominic se coloca a la vista de todos para hablar.

—Mi nombre es Dominic Renaldi —empieza a decir—, director general de *CRC International*. Como todos ustedes sabrán, la editorial está al borde de la bancarrota y nosotros nos encargaremos de convertirla en un negocio fructífero.

—¿Para venderla más tarde? —pregunta un tipo que está sentado en la fila más alejada de la sala.

—Eso dependerá de lo bien que trabajen —responde mi amigo—. Él es Daniel Goldman, el jefe de equipo de nuestra empresa que se ocupará de ustedes a partir de ahora.

Saludo y miro de reojo a Dominic, que se tapa la boca con la mano para esconder su sonrisa.

—Sus puestos dependen exclusivamente de su trabajo —empiezo a decir—. No sentiré lástima por ustedes, les haré sudar tinta si es necesario para sacar adelante esta editorial.

—¿Acaso usted sabe algo acerca del trabajo editorial? —pregunta el mismo de antes.

—Llevo dedicándome a reflotar empresas desde que salí de la universidad y siempre he tenido éxito —respondo.

—No es eso lo que le he preguntado.

—Es la única respuesta que vas a obtener de mí. A partir de ahora todos ustedes responderán ante mí, todas las decisiones deben pasar antes por mí. Espero que podamos cooperar para conservar esta editorial y sus puestos de trabajo.

Dicho esto me alejo hasta el despacho del anterior director con mi equipo.

—Necesito la información del personal —ordeno mirando el ordenador destartado que hay sobre la mesa— y también necesitaré un equipo aceptable. Con esto es imposible trabajar.

Dominic saca de su maletín una carpeta que deja caer sobre el escritorio con los currículums de todos los empleados de la editorial.

—Supuse que lo pedirías —aclara sin más.

—Me conoces bien.

—Si no me necesitas debo volver a *CRC*. El deber me llama.

Despido a Dominic y me centro en revisar los currículums de los empleados. Sinceramente no entiendo por qué esta editorial no tiene mayor éxito si todos los que he revisado hasta ahora son impecables. Mi mano se detiene en el aire cuando veo la foto de una de las editoras: es ella, estoy seguro. En la foto aparece con gafas y el pelo rubio, pero estoy seguro de que es ella.

—¿Quién es la secretaria del director en esta editorial? —pregunto a mi personal.

—La señora Mathews se jubiló hace un mes y no han cubierto el puesto.

—La quiero a ella —digo señalando su foto—. Ella será mi secretaria.

—Ella es editora, señor —me corrige otro—, eso sería degradarla sin ninguna razón.

—¿He pedido tu opinión? —pregunto mirándole con fastidio.

—No, señor.

—En ese caso, tráemela.

Debe haber llegado tarde, porque no la he visto cuando me he presentado ante el personal. Vuelvo mi silla hacia la ventana para sorprenderla porque quiero que se lleve la sorpresa de su vida, igual que me la he llevado yo esta mañana.

—¿Quería verme, señor Goldman? —pregunta desde la puerta.

Sonrío lleno de satisfacción cuando me doy la vuelta y la expresión de su rostro pasa de la sorpresa al pavor en menos de un segundo.

—Quería verte cuando me he despertado esta mañana —respondo.

—¿Qué haces aquí?

—¡Uau! ¿Dejas los formalismos justo ahora? —Me levanto de la silla y me acerco lentamente a ella—. Es curioso, anoche no hubo manera de que me tutearas aunque echamos un polvo impresionante.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Por qué no te dije qué?

—Que eras el nuevo director.

—¡Oh, eso! Resulta que nunca me dijiste dónde trabajabas, nos limitamos a pasarlo bien durante gran parte de la noche.

—Tenía que irme —responde al fin—. Debía ir a casa antes de venir a trabajar y no me daba tiempo.

—Si te hubieras esperado te habría llevado en coche hasta tu casa. Seguro que eso habría sido más rápido que el metro.

—Si no tienes nada más que decirme sobre el trabajo...

—¿Quién dice que he terminado contigo? —pregunto sujetándola del brazo— Estoy reasignando el trabajo y a partir de ahora serás mi secretaria.

—¿Perdón?

—¿Hay algún problema?

—¡Por supuesto que lo hay! ¡Yo soy editora! ¿Por qué debería hacer cosas tales como traerte café o ajustarte el nudo de la corbata?

Sonrío y aflojo un poco mi corbata.

—¿Es eso en lo que piensas cuando hablas conmigo? ¿En el nudo de mi corbata?

—No seas ridículo.

—Necesito que alguien me guíe durante este tiempo —digo poniéndome serio— porque no entiendo mucho sobre el funcionamiento de una editorial.

—¿Y por qué yo?

—Porque tengo contigo más confianza que con el resto. A fin de cuentas salvaste mi vida hace unos días.

—No pienso hacerlo.

—No te estoy pidiendo un favor, te lo estoy ordenando. Te recuerdo que ahora soy tu jefe.

—¿Y si me niego?

—Estás despedida.

—No puedes despedirme, el director firmó una cláusula...

Le muestro la cláusula nueva del contrato.

—Tu director no dudó en venderos a todos a cambio de unos miles de dólares hace unas cuantas semanas —respondo—. ¿Vas a hacer el trabajo que te pido o firmo tu carta de despido?

—¿Cómo ha podido hacernos eso? —susurra.

—Las personas se mueven por el dinero, Audrey. Todo el mundo tiene un precio.

Ella se me queda mirando fijamente. ¿Es lástima lo que veo en sus ojos?

—¿Por qué me miras así? —protesto.

—Si eso es lo que piensas te compadezco.

—No es lo que pienso, sino lo que he comprobado con el paso de los años.

—No me imagino con qué clase de personas te relacionas si ese es el caso.

—¿Vas a trabajar como mi secretaria o no?

—¿Lo haces para castigarme porque me he ido esta mañana?

—Esto no tiene nada que ver con nosotros. ¿Tan voluble crees que soy?

—¿Entonces por qué me degradas?

—No te estoy degradando, recuperarás tu puesto de editora en cuanto me marche de aquí. Solo te pido que me ayudes con esto, Audrey, de verdad necesito tu ayuda.

—Para eso no tengo que ser tu secretaria.

—¿El trabajo de una secretaria no es ayudar a su superior?

Ella resopla, haciéndome sonreír.

—Reconozco que me he dejado llevar por la idea preconcebida de la secretaria sexy follándose a su jefe en el despacho —bromeo.

—Pues no tiene ni puñetera gracia —protesta cruzándose de brazos.

—Solo intentaba quitarle hierro al asunto, lo siento —me disculpo—. Reformularé la petición: sé mi ayudante hasta que logre sacar a flote esta editorial y te convertiré en la editora jefe.

—¿Lo dices en serio? —pregunta.

—Si das la talla, por supuesto.

—Muy bien, seré tu ayudante pero no te hagas ilusiones con que te traiga los cafés, para eso contrata a una secretaria.

Me repantigo en la silla, bastante satisfecho. Ahora podré tenerla cerca tanto como quiera.

—Haré que te traigan un escritorio —digo—. Mientras tanto podemos compartir el mío.

Ella me mira con una ceja arqueada.

—Puedo ayudarte desde mi puesto de trabajo —protesta.

—Perderíamos demasiado tiempo dando vueltas por la editorial.

Ella me mira un momento sin moverse.

—¡Vamos, Audrey! —la animo—. Trae una silla y siéntate a mi lado que vamos a empezar a hacer un estudio de mercado.

Aunque reticente, ella obedece y me acerco a la cafetera para servir dos tazas de café.

—Como puedes ver soy perfectamente capaz de servirme el café yo solito —bromeo dejando una taza frente a ella—, no necesito una secretaria para eso.

—¿Para el nudo de la corbata sí? —pregunta sin apartar la mirada del monitor.

—Para eso necesito una amante, no una secretaria —susurro en su oído.

Compruebo con satisfacción que se le eriza el vello de la nuca. Audrey se pasa la mano por el cuello y sigue con la mirada fija en la imagen de escritorio de mi ordenador.

—¿Qué hay de interesante en el logotipo de mi empresa? —pregunto con curiosidad.

—Estoy esperando a que empieces a trabajar —susurra dando un sorbo a su café.

—¿Ahora tampoco vas a mirarme?

Ella suspira y se vuelve hacia mí con determinación. Soy incapaz de apartar la mirada de sus labios humedecidos por la bebida pero me abstengo de besarla.

—Respecto a lo de anoche... —empieza a decir.

La miro a los ojos de inmediato. Como se le ocurra decir que fue un maldito error...

—Creo que sería mejor que no se repitiese mientras trabajemos juntos —continúa—. Será incómodo para mí.

—¿Por qué?

—No quiero que piensen que me das el puesto de editora jefe porque estamos liados.

—He dicho que te lo daré si tu trabajo es lo suficientemente bueno, no porque te acuestes conmigo.

—¿Y ellos lo creerán?

—¿Lo crees tú?

Ella agacha la mirada y no responde, así que giro su silla para que estemos cara a cara.

—Déjame aclarar una cosa, Audrey —susurro—, jamás mezclo negocios con placer. Si te he ofrecido el puesto es porque mi empresa ha hecho un estudio a fondo de cada uno de los trabajadores de esta editorial y eres con diferencia la editora que más éxitos ha publicado a lo largo de los años que llevas aquí. Aun cuando la empresa se desmorona tus libros son los que mejor se han posicionado en las listas de ventas.

Ella me mira con atención, pero no dice nada.

—Ni siquiera el actual editor jefe ha sido capaz de superarte —continúa—. Suelo hacer los deberes cuando estoy trabajando.

—Me tranquiliza escuchar eso, pero aun así prefiero que mantengamos las distancias hasta que termines tu trabajo aquí.

Me levanto con calma y me acerco a la puerta para cerrar el pestillo.

—¿Qué haces? —pregunta ella— ¿Te has vuelto loco?

—En absoluto —susurro—. Solo voy a demostrarte que esa petición es imposible.

Me acerco a ella con paso decidido y coloco mi mano en los antebrazos de su silla para dejarla atrapada. Su respiración se acelera de inmediato y sus pupilas se dilatan, haciéndome sonreír con satisfacción.

—Apártate —protesta empujándome el pecho.

—Arréglame la corbata.

—Tienes manos para hacerlo tú solito.

—Entonces no me apartaré.

—Estoy hablando en serio, Daniel. —Chasqueo la lengua.

—Estamos en la empresa, señorita Wallace. Aquí deberías llamarme señor Goldman.

—Compórtate como un jefe si quieres que te trate como tal.

Sonrío y rozo levemente su boca con la mía.

—Arréglamela —ordeno.

—¿Si lo hago te apartarás? —Asiento.

Audrey deshace el nudo de mi corbata para hacerlo de nuevo. El roce ocasional de sus dedos en mi cuello me produce escalofríos de placer y mi polla reacciona al momento abultando mis pantalones. Fijo mi mirada en sus ojos, concentrados en el trabajo que está llevando a cabo. Cuando termina de hacer el nudo pasa las manos por mi pecho para observar su obra.

—Listo —susurra—. Ahora suéltame.

En vez de hacerlo tiro de su muñeca, la pongo de pie y la pego a mi cuerpo para besarla. En cuando mis labios atrapan los suyos Audrey cierra los ojos y con un suspiro enreda sus brazos en mi cuello. Aprisiono su cintura con los míos y la aprieto con fuerza contra mi pecho, haciéndola jadear. Pronto el inocente beso que tenía en mente se llena de lujuria y deseo contenido y barro con el brazo todos los objetos que hay sobre la mesa para sentarla sobre ella y meterme entre sus

piernas.

—¿En serio piensas que podremos controlarnos, Audrey? —susurro pegando mi boca a su cuello— ¿De verdad crees que es posible que trabajemos codo con codo sin que esto vuelva a suceder?

—Suéltame —protesta apartándome.

—Ni lo sueñes —respondo con los dientes apretados—. Si quieres que me detenga tienes que prometerme una cosa.

—¿El qué?

—Que cuando termine el horario laboral seguiremos explorando lo que hay entre nosotros.

—¿Lo que hay entre nosotros? ¡Solo nos hemos acostado una vez!

—¿Y crees que eso es suficiente? ¿De verdad crees que un polvo iba a saciar mis ganas de ti?

—Ni siquiera me conoces.

—Me salvaste la vida.

—¿Y porque te salvé la vida te has obsesionado conmigo?

—Mírame a los ojos y dime que no me deseas —susurro dejando resbalar un dedo por su escote.

—No te deseo —responde apartando la mirada.

—Mírame a los ojos —repito sujetando su barbilla.

—Suéltame.

—No lo haré hasta que aceptes mi proposición.

—Estás loco.

—Como una puta cabra —asiento.

—Muy bien, lo haré siempre que no afecte a nuestro trabajo. En el momento que cruces la línea en la oficina se acabó.

—Hecho.

—Y ahora apártate de una vez —dice empujándome del pecho— y vamos a trabajar.

La dejo ir... por ahora. Me centro en el trabajo y descubro que la editorial se ha centrado en géneros literarios que no están en auge hoy en día y hace más de dos años que sus libros no llegan al top cien de ventas, de ahí que se haya hundido tan rápidamente.

—Mira esto —digo a Audrey—. Aquí está la lista de los géneros literarios más vendidos este año y aquí los géneros en los que se ha centrado la editorial en los tres últimos años.

—Eso es algo que he dicho hasta la saciedad pero el editor jefe no escucha a nadie.

—¿Hablaste con el dueño de ello?

—Es primo del editor, ¿crees que iba a hacerme caso?

—A mí ese maldito editor va a tener que escucharme.

Me levanto de la silla y mando llamar al hombre, de unos cincuenta años, aspecto descuidado y gafas de montura de pasta pasadas de moda. En cuanto ve a Audrey sentada a mi lado la mira con tal odio y recelo que me dan ganas de tumbarlo de un puñetazo.

—¿Cuál es su nombre? —pregunto.

—James Atcher, señor.

—Y bien, señor Atcher. ¿Puede explicarme cómo siendo el editor jefe no se ha preocupado de hacer un estudio de mercado anual para saber qué géneros literarios están en auge?

—Nuestros libros gustan a los lectores, señor Goldman.

—Esos libros solo te gustan a ti. —Doy la vuelta a mi monitor—. La editorial lleva más de dos años sin ver uno de sus libros en el top cien de ventas. ¿Se olvida usted de que esto es un negocio?

—Esos estudios de mercado son erróneos.

—¿Me estás diciendo que no sé hacer mi trabajo? —pregunto con voz peligrosamente baja.

—Le estoy diciendo que no está familiarizado con el mundo editorial.

—Recoge tus cosas y márchate. No necesito personas tan cortas de miras en mi negocio.

—¡Pero señor...!

—Está despedido —sentencio.

—No puede hacerlo, el director...

—El director ya no pinta nada aquí, Atcher, ahora las decisiones las tomo yo.

—¡Tú, zorra asquerosa!

Se acerca al escritorio con la clara intención de agredir a Audrey, así que me interpongo entre ellos de inmediato.

—Como se le ocurra ponerle un solo dedo encima le partiré todos y cada uno de los huesos del cuerpo —amenazo.

—¿Qué ridiculeces le ha dicho para que me eche de esta manera?

Sonrío sin poder evitarlo.

—¿En serio cree que he llegado a ser quien soy porque me guío por las opiniones de los demás?

—Ella es una seductora nata. ¿También le sedujo a usted?

Me levanto de la mesa y le cojo de las solapas de la chaqueta para estamparlo contra la pared.

—Lárguese de aquí antes de que le parta la cara por insinuar semejante estupidez —ordenó con los dientes apretados.

Gracias a Dios el gilipollas me hace caso y se marcha dando un portazo. Me acerco a Audrey, que ha perdido todo el color, y me arrodillo frente a ella.

—¿Estás bien? —pregunto.

—No es algo que me pille de nuevas, Atcher siempre ha sentido animadversión contra mí porque mis libros se venden más que los suyos.

—Pues ya no te molestará más. ¿Por qué no me lo has dicho antes? Te habría evitado el mal trago.

—Porque puedo defenderme sola.

—No sé cómo sería vuestro anterior jefe, pero yo no pienso consentir este tipo de comportamientos en mi empresa.

—No quiero que hagas nada por mí, la gente puede malinterpretarlo.

—Eso es una gilipollez, defendería a cualquiera que se encontrase en la misma situación.

—¿Seguro? Llegas a la empresa y no solo despedes al editor jefe sino que me das el puesto a mí, que me he acostado contigo. ¿Cómo suena eso?

—Entonces mantengamos nuestra relación en secreto por ahora.

Tras una reunión el resto de editores para marcar los géneros que vamos a publicar paso todo el día buscando una mejor ubicación para las oficinas. Este edificio está demasiado escondido y no hay ni una sola indicación sobre el trabajo que realizamos, eso sin mencionar que el ambiente afecta negativamente el ánimo del personal. Ni siquiera hay suficiente luz solar, por amor de Dios... Pero el presupuesto inicial de la propuesta de Park no cubre ni de lejos todo lo que hay que hacer en este negocio, así que llamo a Dominic para solucionarlo.

—¿Ya te has cansado de la editorial? —pregunta nada más descolgar.

—El presupuesto presentado por Park es ridículo —respondo—. Necesito más dinero para poder subsanar esta empresa.

—Tendrás que presentar una petición formal al respecto.

—¡No me jodas, Dom! ¿En serio tienes ganas de bromear ahora?

—Está bien, está bien... mándame por correo el nuevo presupuesto.

—También necesito una nueva ubicación para las oficinas. El sitio donde se encuentran ahora mismo es deprimente, pero llevo toda la mañana buscando otro lugar sin éxito.

—Pondré a tu equipo a ello.

—No, me ocuparé personalmente. Mándame varias opciones situadas en el centro y las visitaré yo mismo.

—¿Tienes algún motivo especial para buscar la ubicación personalmente?

—Sí, que no me fio de esos inútiles. Les voy a tener haciendo el papeleo hasta el día del juicio final.

—Voy a ponerme a ello y esta tarde te recojo para ir a verlos, ¿te parece?

—¿Vas a invitarme a cenar?

—Por supuesto, yo invito y tú pagas. Te recuerdo que me debes una cena.

Cuelgo con una sonrisa. Mi amigo es un auténtico cabrón pero siempre sabe cómo alegrarme el día. Vuelvo a mi despacho para descubrir con fastidio que Audrey ya tiene su propia mesa y que la ha puesto en la otra punta de la habitación.

—¿Crees que esto es productivo? —protesto desenchufando todos los cables.

—¿Se puede saber qué haces?

—El objetivo de traerte a mi despacho es trabajar juntos —explico arrastrando la mesa hasta colocarla junto a la mía—. Para eso no puedes estar a tres metros de mí.

—Daniel, en serio, ¿vas a seguir con esto?

—Estoy hablando en serio, necesito tenerte cerca para que no tengamos que estar levantándonos a cada momento. ¿Tan difícil es de entender para ti?

Me dejo caer en mi silla con un suspiro. Debo estar volviéndome loco, en serio, porque ni siquiera yo sé por qué estoy actuando así.

—Te he dicho que separaré el trabajo de lo personal —protesto—. ¿Por qué no me crees?

—¿Tal vez porque lo primero que has hecho al entrar aquí ha sido acosarme?

—¿Acosarte? —pregunto sorprendido— Lo único que he hecho ha sido besar a la mujer con la que me acosté anoche, no creo que eso pueda ser considerado acoso.

—Lo es si yo no estoy conforme con ese beso.

—Pero es que sí lo estabas, Audrey. ¿Por qué me has abrazado si no?

—Olvidalo.

Ella se vuelve para salir de la oficina pero la retengo sujetándola por la muñeca.

—Está bien, lo siento —me disculpo—. No volverá a pasar.

—¿Hablas en serio?

—Por supuesto. ¿Podemos limitarnos a trabajar, por favor? Ya solucionaremos nuestros asuntos cuando salgamos de aquí.

Ella asiente y vuelve a su silla dándome un respiro.

—Necesito echar un vistazo a la imprenta —digo—. ¿Dónde está?

—Solíamos contratar una imprenta externa —responde ella levantándose—. Vamos, te llevaré.

—¿Nos imprime exclusivamente a nosotros?

—No, lleva varias editoriales a la vez, ¿por qué?

—Eso no nos sirve, puede haber errores.

—Tener nuestra propia imprenta es muy caro —explica—. No podemos asumir esos gastos con

las ventas actuales.

—Por eso vamos a arreglarlo todo —respondo sonriendo—, pero por ahora nos conformaremos con una imprenta que firme con nosotros en exclusiva.

—Buscaré algunas y te pasaré el listado.

El resto del día trabajamos en relativo silencio y a las cinco Dominic entra en el despacho quitándose las gafas de sol. Me revienta ver cómo Audrey le mira, parece que va a empezar a babear en cualquier momento.

—¿Qué haces aquí otra vez? —protesto.

—¿No habíamos quedado para ver locales? —pregunta mi amigo extrañado.

Fija su atención en Audrey que sigue mirándole con la boca abierta y se acerca ella con una sonrisa.

—No creo haberla visto esta mañana —dice sentándose en el borde de su mesa y tendiéndole la mano—. Dominic Renaldi, a su servicio.

—Audrey Wallace, señor Renaldi.

—Vamos —interrumpo tirando del brazo de Dom—. Se nos va a hacer tarde.

—Nos veremos de nuevo, señorita Wallace —se despide el gilipollas con un guiño.

Cuando salimos a la calle, me detengo en seco para enfrentarle.

—¿Qué? —pregunta.

—Ni mirarla —advierto—, déjala en paz.

—¿Y se puede saber por qué? Está bastante buena y no parecía ser inmune a mis encantos.

—Porque es mía.

Capítulo 4

Dominic no ha dejado de mirarme en toda la puñetera tarde. Me tiene hasta los huevos pero si abro la boca va a empezar de nuevo con sus tonterías y la verdad es que no tengo ganas de escucharlo. Lo que quiero ahora mismo es recoger a Audrey para poder retomar lo que se quedó a medias esta mañana, pero para eso tengo que deshacerme de este gilipollas.

—Lárgate —digo abriendo la puerta de su coche para bajarme.

—Vivimos en el mismo sitio, ¿por qué querías venir hasta aquí?

—Tengo que recoger mi coche para venir mañana a trabajar —me excuso—. ¿O vas a levantarte una hora antes para traerme?

Mi amigo ha dejado de escucharme. Tiene la mirada fija en la puerta de la editorial y algo me dice que está mirando a Audrey y que planea hacer una de las suyas.

—¡Señorita Wallace! —la llama el muy gilipollas.

Ella me mira antes de acercarse con timidez.

—¿Aún siguen aquí? —pregunta ella— Todos se van a casa ya, deberían hacer lo mismo.

—¿Quiere que la acerquemos? —pregunta Dominic bajándose del coche con una sonrisa que le voy a borrar de la cara de un puñetazo en cuanto lleguemos a casa.

—No hace falta —responde ella—, cogeré el metro.

—Insisto —dice él abriéndole la puerta que acabo de cerrar—. Es un delito dejar que mujeres tan guapas como usted vayan solas por la calle a estas horas de la noche.

Me muerdo la lengua para no dar el espectáculo delante del resto de empleados y me subo en la parte de atrás del coche.

—¿No ibas a por tu coche? —pregunta divertido.

—De pronto ha empezado a dolerme mucho la herida —respondo—. No creo que sea capaz conducir.

—¿No debería estar ya completamente curada? —pregunta él

—Aún no me han quitado los puntos, capullo.

Él se limita a sonreír cuando Audrey se monta a mi lado en el coche intentando sacarme la camisa de los pantalones.

—¿Se puede saber qué haces? —susurro.

—Ver si se te ha infectado —responde ella separando un poco el apósito.

—Estoy bien —protesto apartando sus manos—, no se ha infectado nada.

—¿No te conformas con degradarla de puesto, sino que ahora tiene que ser tu enfermera personal? —protesta Dominic divertido.

Audrey le mira con agradecimiento y estoy a punto de saltar, pero ella lo hace por mí.

—El señor Goldman no me ha degradado, señor Renaldi —explica—, solo me ha pedido que le ayude a familiarizarse con la empresa.

Me sorprende que me defienda pero intento disimular mirando distraídamente por la ventana.

—Tendría que ser la directora general de la empresa, señorita Wallace —añade mi amigo mirándome divertido—. No creo que haya alguien más competente para el puesto que usted.

—Creo que me está subestimando, señor Renaldi —responde ella azorada—. No soy tan buena en mi trabajo.

Dominic le lanza una de sus sonrisas seductoras antes de volverse de nuevo hacia delante. ¿Qué se cree, que me afecta lo que haga? Saco de mi maletín los papeles para repasar una vez más los detalles de la venta del nuevo edificio pero me es imposible concentrarme cuando el subnormal al que solía llamar mejor amigo me lo pone tan difícil.

—¿Tiene usted pareja, señorita Wallace? —pregunta de repente.

—No creo que esa sea una pregunta adecuada para una empleada, ¿no crees? —protesto.

—Ahora no estamos en el trabajo —responde él.

—Esa información no es relevante para mi puesto de trabajo —contesta ella.

Ahí lo llevas, por gilipollas. Sonríe con satisfacción ante el corte que acaba de darle y me siento algo más tranquilo sobre el jueguecito de mi amigo.

—Es mera curiosidad, no lo tome a mal —se disculpa él—. Si la he incomodado lo siento mucho.

—Deberías demandarle por acoso sexual —protesto.

—Oh, pero es que una simple pregunta no puede ser considerada acoso, Dan —responde Dominic.

—Si así fuera, alguno que otro iría a la cárcel de inmediato —susurra Audrey.

¿Lo está diciendo por mí? La miro sorprendido pero ella se limita a sacarme la lengua. Esta me la voy a cobrar, nena... te lo aseguro.

—No sé con vuestro anterior director, pero te aseguro que ahora solo tienes que poner una queja para que el equipo legal tome las medidas oportunas al respecto —responde Dominic, que se lo está pasando en grande—. Nosotros no nos tomamos el acoso a la ligera.

—Lo tendré en cuenta, señor Renaldi.

Al fin llegamos a casa de Audrey, que tras agradecer el viaje sale del coche. Salgo detrás de ella y antes de que se marche la sujeto del brazo.

—No se te ocurra acostarte —susurro en su oído—. Vendré en cuanto me deshaga de él.

—Estoy demasiado cansada, Daniel —responde—. Mejor lo dejamos para mañana.

—¿Estás de broma? Tenemos que resolver esto hoy mismo.

—Redactaré un contrato para resolverlo, pero ahora me voy a dormir.

—Espera, ¿un contrato?

—Exacto, un contrato donde se fijen las normas de nuestra relación extralaboral.

—¿Te crees que somos los protagonistas de *Cincuenta sombras de Grey*? —me burlo.

—Estoy hablando en serio.

—Te he dicho que mantendré las distancias en la oficina... ¿qué más quieres dejar claro?

—Tengo que pensarlo.

—Pues piénsalo detenidamente para decírmelo mañana, pero no vamos a firmar un puto contrato.

Me subo al coche sin dejarla responder.

—Tío... estás acabado —ríe Dominic.

—¿Eso crees? Ella no sabe con quién se ha topado.

—Pues más bien creo que tú has encontrado la horma de tu zapato.

—Ya lo veremos, Dom... ya lo veremos.

Apenas puedo pegar ojo en toda la noche pensando en las condiciones que quiere ponerle Audrey a nuestra relación. O lo que sea. La verdad es que aún no sé qué nombre ponerle al o que hay entre nosotros. ¿Química? Muchísima. ¿Deseo? Absoluto. ¿Sentimientos? Demasiado pronto para eso. Cuando suena el despertador he llegado a la conclusión de que lo único que puedo hacer

por el momento es dejar que la cosa fluya por sí misma.

Ella aún no ha llegado cuando entro en la oficina, así que enciendo los ordenadores y pongo la cafetera a funcionar. Audrey llega diez minutos más tarde vestida para matar... literalmente, porque solo con verla casi me da un infarto. Se ha puesto un vestido ajustado rojo que le llega justo por debajo de las rodillas y una chaqueta negra que marca perfectamente todas sus curvas. No puedo apartar la mirada de la cremallera que llega hasta su culo, solo puedo babear pensando en bajarla lentamente hasta dejarla totalmente desnuda y follármela apoyada sobre mi escritorio.

—Buenos días —saluda sentándose en su mesa.

—Buenos días —logro decir.

No puedo apartar mi mirada de ella. No puedo dejar de imaginarme las mil y una posturas en las que quiero follármela en este preciso momento y tengo que pasarme la mano por la mandíbula para asegurarme de que no estoy babeando.

—¿Ocurre algo? —pregunta mirándome con esa inocencia que la caracteriza.

—Nada —logro responder negando con la cabeza—. Tengo que salir, ocúpate de todo por un rato.

—¿Qué se supone que vamos a hacer hoy, señor Goldman?

—Oh, eso... Necesitamos novelas que destaquen, novelas que lleguen al primer puesto de las listas de ventas sin esfuerzo. ¿Crees que podrás encontrar algo así entre los manuscritos que recibimos?

—Lo miraré.

—Bien, volveré en un par de horas.

Me alejo del despacho a toda prisa porque no puedo estar a su lado ahora mismo pensando en lo excitante que sería sentir esos tacones de aguja clavarse en mi culo mientras entro y salgo de ella. Vuelvo a mi propia oficina, donde tengo una secretaria que no logra atraerme en lo más mínimo.

—¿Señor Goldman? —pregunta cuando me ve llegar— ¿Necesita algo?

—Solo he venido para recoger unos documentos, Martha. Quédate tranquila.

Ella asiente y vuelve a su mesa. En cuanto entro en el despacho enciendo la televisión y conecto la consola. Un rato de juego me vendrá bien para enfriarme, estoy seguro. Aún no he empezado la partida cuando Dominic aparece apoyado en el quicio de la puerta.

—Las noticias vuelan —protesto.

—¿Creías que no se iba a propagar la noticia de que el presidente ha llegado a la empresa? ¿Qué haces aquí?

—Escapar.

Dominic ríe y se sienta a mi lado conectando el otro mando de la consola.

—¿Problemas con la señorita Wallace? —pregunta como si nada.

—Problemas con mi autocontrol más bien.

—¿Vas a contármelo o seguimos jugando a las adivinanzas?

—Quiere que separemos lo personal de lo laboral, cosa que entiendo, pero me lo está poniendo jodidamente difícil. Cuando la he visto esta mañana con ese vestido no podía dejar de pensar en tumbarla en la primera superficie lisa que encontrara para follármela.

Dominic tiene que sujetarse el estómago debido a las carcajadas, así que le doy un golpe con el cojín del sofá.

—No tiene gracia, capullo —protesto.

—Desde luego que la tiene. Estás acostumbrado a que las mujeres te lo pongan todo en bandeja

y la señorita Wallace se te está resistiendo.

—Solo dentro de la empresa —específico.

—Como sea. Es una mujer interesante, voy a disfrutar de lo lindo viendo cómo evoluciona todo esto.

—Mal, muy mal. Mi autocontrol está al límite y no sé cuánto tiempo podré aguantar.

—Creo recordar que echaste un polvo hace dos noches.

—Y se largó por la mañana como si nada.

—¡Así que realmente era ella!

—Me faltó el polvo mañanero, seguro que es eso lo que me pasa.

—Ya... claro que sí.

—¿Y por qué se ha vestido tan provocativa después de marcar los límites? ¿Quiere matarme de un infarto o qué?

—¿No será que ayer te quedaste con las ganas?

—Eso también, gilipollas. Podrías haberte callado esa bocaza que tienes y haberme dejado llevarla a casa yo mismo.

—¿Con lo divertido que fue?

—Vete un poquito a la mierda, anda.

Cuando he logrado recuperar la calma vuelvo a la editorial. Audrey ni siquiera se da cuenta de que llego, tan concentrada está en leer algo en su ordenador. Me limito a observarla atentamente: cómo sube sus gafas sobre el puente de su nariz, cómo muerde distraídamente la parte trasera de su bolígrafo o cómo marca con el pie un ritmo imaginario que solo ella puede escuchar. Cuando se percata de mi presencia se sobresalta un poco, haciéndome sonreír.

—Estabas tan concentrada que no quería interrumpirte —explico.

—Casi estoy terminando.

Asiento y me dejo caer en mi silla con un suspiro. Permanezco observándola mientras lee y caigo en la cuenta de que no sé nada de ella, ni siquiera si es una mujer casada o soltera.

—Acabo de caer en la cuenta de que no sé nada de ti —digo de repente.

—Estamos en horas de trabajo, señor Goldman. Le diré todo lo que quiera saber una vez salgamos de aquí.

—Aquí solo estamos tú y yo, Audrey. Deja de llamarme señor Goldman.

—No puedo hacer eso, si alguien descubre nuestra relación empezarán a llover rumores sobre mí y nadie creerá que he conseguido el puesto de editora jefe por mis propios méritos.

—¿Y qué más da lo que digan?

—Tú te irás cuando saques la empresa adelante, pero yo tengo que quedarme trabajando con ellos. ¿Crees que será agradable?

No, la verdad es que no... Asiento y vuelvo a mi trabajo, pero la imagen de su espalda esta mañana regresa a mi mente.

—¿Puedo cruzar la línea solo un segundo? —pregunto— Necesito desesperadamente hacerte una pregunta personal.

—¿Cuál es?

—¿Te has puesto ese vestido por algún motivo en especial?

—Porque me gusta, es nuevo y quería estrenarlo. ¿Por qué?

—Porque esta noche pienso bajar esa dichosa cremallera aunque sea lo último que haga.

Por la noche bajo al aparcamiento para esperar a Audrey en la puerta de la editorial. Aunque he insistido en que saliéramos juntos ella se ha negado en rotundo, así que supongo que está

haciendo hora hasta que la mayoría de los trabajadores salgan para bajar. No puedo esperar más, estoy cachondo perdido y solo con pensar en ella el calor sube por mi estómago. Marco su número de teléfono porque la espera está siendo insoportable.

—¿Vas a bajar o voy a tener que subir a buscarte? —pregunto cuando descuelga.

—Estoy entrando en el ascensor.

Cuelgo y salgo del coche para esperarla apoyado en el capó. En cuanto la veo aparecer por la puerta mi pulso se dispara anticipando lo que ocurrirá cuando lleguemos a casa. No puedo apartar la mirada del movimiento de sus caderas, estoy hipnotizado imaginándome sujetándola mientras me clavo en su interior. Le abro la puerta cuando llega hasta mí e introduzco medio cuerpo sobre ella para abrocharle el cinturón de seguridad, dejando mi boca a escasos centímetros de su cuello. La escucho jadear y no puedo evitar una sonrisa de satisfacción, pero en vez de volverme y besarla, que es lo que realmente quiero hacer, cierro la puerta y me voy a mi asiento.

—¿Tienes hambre? —pregunto.

—No he tomado nada desde la hora de comer.

Asiento y pongo el coche en marcha. La llevo a un pequeño restaurante al que suelo ir a menudo y pedimos la cena. La tensión sexual entre nosotros podría cortarse con un cuchillo ahora mismo: sus ojos me miran con tanta intensidad que me dan ganas de saltar por encima de la mesa para besarla, sus pupilas están dilatadas y cada gesto que hace con la boca parece hecho a propósito para seducirme. Tengo que abrir un poco las piernas para que mi polla no sufra las consecuencias de este deseo contenido.

Mantenemos una conversación banal durante la cena, pero sé que ella tampoco puede dejar de pensar en lo que pasará dentro de un rato. Necesito follármela tanto como ella necesita que lo haga y la espera nos está matando a ambos por igual. Y ella decía que no quería que continuara lo que empezó entre nosotros... Casi nos falta saltar de la silla cuando hemos terminado de comer, ni siquiera nos planteamos pedir el postre.

Al llegar a mi casa me deshago de la corbata y la americana y sirvo dos copas de vino. Audrey se ha sentado en el sofá con las piernas cruzadas, así que me siento a su lado y le ofrezco una bebida antes de dar un sorbo de la mía. Tras un par de sorbos más, pongo ambas copas sobre la mesa y me levanto tirando de ella para pegarla a mi cuerpo. No aparto mi mirada de la suya mientras bajo la cremallera de su vestido lentamente, el crujido de la tela llena la habitación en silencio mezclado con nuestras respiraciones aceleradas. Casi gimo al ver que lleva las medias sujetas por un ligero a juego con el resto de su ropa interior de encaje negro.

—¿Te has propuesto matarme? —susurro en su oído.

—Sabía que nos veríamos esta noche...

Vuelvo a sentarme para tumbarla sobre mis rodillas y paso mis dedos lentamente desde su nuca hasta la base de su espalda, sin apenas rozarla. Ella se arquea con un suspiro y aprovecho para acariciar los cachetes de su culo, que quedan al aire debido al tanga. Amaso su carne entre mis dedos lentamente atento a sus reacciones.

—¿Sabes lo mal que me lo has hecho pasar durante todo el día? —ronroneo metiendo la mano entre sus piernas— He querido tumbarte sobre el escritorio mil veces y he tenido que reprimirme como un gilipollas.

—La expectación aumenta el placer —gime ella.

Debería darle a probar de su propia medicina pero estoy demasiado cachondo para esperar, así que aparto la tira del tanga y paso mis dedos por su sexo, que ya está húmedo e hinchado. Pequeños gemidos escapan de su boca a cada pasada desde su clítoris hasta la entrada de su dulce

coñito, donde introduzco un dedo antes de volver a subir. Sus nudillos se han puesto blancos de la fuerza con la que se sujeta a los cojines del sofá y puedo ver el vello de su espalda erizarse debido al placer.

La levanto de mis piernas para guiarla hasta el dormitorio, necesito tenerla en mi cama para poder saborearla cómodamente. Desabrocho su sujetador y la liga para deshacerme de toda su ropa y tumbarla desnuda en la cama. Yo me desnudo también y me tumbo sobre ella para besarla de una vez por todas. Sus labios se amoldan perfectamente a los míos y succiono su lengua haciéndola gemir. Pierdo la noción del tiempo que me paso saboreando su boca y bajo depositando pequeños y húmedos besos por su cuello hasta encontrarme con sus pequeños pezones rosados, que despiertan al contacto de mi lengua.

Audrey se retuerce debajo de mí, me sujeta con fuerza de la cabeza para impedirme terminar mis caricias y enreda sus piernas en mi cintura. Está cachonda y desesperada, justo como me siento yo. Bajo mi lengua por su estómago hasta llegar a su sexo y acaricio su clítoris con ella para succionarlo después. Desciendo por su abertura hasta atrapar sus labios entre los míos e introduzco un dedo en su canal para acariciarla suavemente. Audrey se retuerce sujetando con fuerza las sábanas en sus manos pero sigo atormentándola con mi lengua hasta que se tensa y se corre con un grito sordo.

Mi polla está tan dura que creo que voy a morir si no me entierro en ella ahora mismo, me pongo un preservativo y entro en ella lentamente. Cada centímetro me envía de cabeza a la locura, soy incapaz de pensar en otra cosa que no sea empezar a moverme dentro y fuera de ella. La observo fijamente mientras lo hago y tengo que apretar la mandíbula para no correrme antes de tiempo debido a su expresión. Me tumbo sobre ella para poder besarla de nuevo sin dejar de moverme en su interior. Nuestras lenguas se buscan, se acarician, y sus manos suben por mis brazos hasta encontrar mi nuca, haciéndome estremecer. Apenas soy capaz de mantener los ojos abiertos, solo puedo pensar en el placer que siento enterrándome en su cuerpo.

Audrey abre las manos sobre mi espalda mientras bombeo cada vez más deprisa y sus caderas intentan salirme al encuentro de cada embestida. Sus gemidos se mezclan con los míos, el olor a sexo inunda el ambiente y estoy a punto de perder la cabeza. Mis labios son incapaces de separarse de los suyos demasiado tiempo, necesito sentir su suavidad, su sabor y su lujuria. Me llevo una de sus piernas al hombro para poder clavarme más profundamente dentro de ella y acaricio su clítoris con la yema del pulgar. Entrelazo los dedos de la otra mano con los de ella para sujetarme porque me siento mareado, pero no es suficiente. Necesito tocarla, así que la pongo a cuatro patas y me entierro en ella desde atrás tumbándome por completo sobre su espalda y aprisionando sus tetas entre mis dedos. Audrey vuelve la cabeza para recibir nuevamente mis besos y pellizco sus pezones a cada embestida. Sus músculos convulsionan a mi alrededor cuando el orgasmo la alcanza y me enderezo para sujetarla de las caderas y embestirla con más fuerza. Casi puedo oír el sonido de mi sangre corriendo por las venas cuando el placer sube por mi espalda y me corro con un gemido, cayendo en la cama junto a ella.

Cuando recupero el aliento la envuelvo en mis brazos y cierro los ojos con un suspiro. Permanecemos unos minutos así, pero ella se deshace de mi abrazo para entrar en el cuarto de baño y ducharse. Si no estuviera tan cansado la seguiría, así que en vez de hacerlo permanezco en la cama con los ojos cerrados un momento. Audrey sale de la ducha y se sienta en el borde de la cama para vestirse, pero de un salto la cojo de la cintura y la tumbo a mi lado para abrazarla.

—No se te ocurra irte esta vez —advierdo cerrando los ojos—. Te llevaré a tu casa por la mañana.

—Tenemos que ir temprano a trabajar —protesta ella.

—Llegaremos a tiempo.

—No me siento cómoda quedándome, Daniel —reconoce finalmente.

—¿Por qué?

—Porque no. No es como si fuéramos pareja.

—¿Tienes algún problema con salir conmigo?

Ella me mira con los ojos como platos y se aparta de mí para vestirse.

—Será mejor que me marche ahora —dice.

—Muy bien —suspiro levantándome—. Te llevo a casa.

—No hace falta, cogeré un taxi.

—¿Por quién coño me tomas, Audrey? —protesto— ¿En serio piensas que voy a dejarte coger un puto taxi a esta hora?

—¿Qué tiene de malo? Ya soy mayorcita.

—Y yo todavía me considero un puto caballero.

Salgo de la habitación para vestirme porque me ha puesto de muy mala leche. ¿Con qué clase de tíos ha salido hasta ahora que le permiten irse sola a casa después de follársela? Cuando salgo del vestidor ella está en el salón de pie, completamente vestida sujetándose los brazos con fuerza. Paso por su lado sin mirarla para salir de la casa y desbloqueo el coche. Audrey se apresura a subirse sin esperar que le abra la puerta y se abrocha el cinturón con rapidez.

—¿Tienes miedo de que te muerda? —protesto.

—¿Se puede saber qué te pasa? —pregunta.

—Que me has puesto de mala leche, eso me pasa.

—¿Por qué? ¿Es un delito no quedarme contigo después de follar?

—¿Es un delito acompañarte a casa?

Ella se queda callada y pongo el coche en marcha. Conduzco hasta su casa sin mirarla y aparco frente a su puerta.

—¿Vas a seguir enfadado? —pregunta.

—Entra —ordeno.

—No hasta que se te pase el enfado.

—Eres la hostia, Audrey, en serio. Saltas de mi cama en cuanto he salido de tu cuerpo, ¿y pretendes que no me moleste?

—Mañana tenemos que trabajar.

—¿Y qué? ¿Tengo que recordarte que soy el jefe?

—Dijiste que no habría favoritismos debido a esto.

—Solo es permitirte llegar una puta hora tarde, no es como si te diera el puesto de editora jefe por follar conmigo.

—¡Bien! —exclama— La próxima vez me quedaré un rato antes de irme, pero no voy a quedarme toda la noche contigo si al día siguiente hay que trabajar. ¿Satisfecho?

—Por ahora.

Coloco la mano en su nuca y tiro de ella para besarla con fuerza. Sus brazos se enredan en mi cuello al momento y su pecho se pega al mío, haciéndome jadear. Saboreo su boca por última vez esta noche, pero cuando separo mis labios de los suyos ya tengo ganas de más.

—Joder, Audrey... —susurro.

—Mañana más.

—Más te vale. Vamos, sube ya.

La observo entrar en el portar y vuelvo a mi casa, donde me encuentro a Dominic sentado en el sofá.

—¿No tienes casa propia? —protesto.

—Aquí huele a sexo, mi piso hoy solo huele a ambientador.

—¿Te das cuenta de lo enfermizo que ha sonado eso?

—Era imposible no escucharos discutir cuando mi casa está al otro lado de la pared. ¿Por qué peleabais? ¿La has echado?

—¿Tú eres gilipollas? Es ella la que ha querido irse, si por mí hubiera sido habríamos repetido.

—¡Pobre Dan, que le han dado calabazas!

Le hago un corte de manga mientras me dirijo al frigorífico para coger una cerveza porque él ya ha cogido una por su cuenta.

—Cualquier mujer estaría deseando que le pidiera que se quedara a dormir y ella huye como si me hubiera robado la cartera —protesto.

—¿Lo ha hecho?

—¿Eres tonto?

—¿Entonces por qué estás tan cabreado?

—Porque para ella esto solo es un polvo esporádico.

—¿Y para ti no lo es?

—Aún no sé lo que es, pero desde luego no estoy follando con ella por pasar el rato.

—¿Te has asegurado de que no esté casada? Tal vez por eso debe volver a su casa.

—Si lo estuviera no me habría respondido al beso frente a su casa, ¿no crees?

—¿Es verdaderamente su casa?

—Joder, tío... Estás realmente enfermo.

—No, soy experto en relaciones esporádicas.

—¿Es que te pone follarte a mujeres casadas?

—La verdad es que las evito siempre que puedo, pero ¡qué le voy a hacer! Parece que les doy morbo a las que llevan un anillo en el dedo.

Con una sonrisa termino mi cerveza y me levanto del sofá para irme a mi cuarto.

—Cuando te la termines te largas —ordeno—. Me voy a la cama.

Capítulo 5

Hoy llego al despacho bastante temprano porque he sido incapaz de pegar ojo en toda la noche, no he parado de darle vueltas a lo que dijo Dominic antes de irse. ¿Estará Audrey realmente casada? Apenas levanto la mirada de la pantalla de mi ordenador cuando ella llega, la saludo con un simple “hola” y continúo con lo que estoy haciendo.

—¿Sigues enfadado por lo de anoche? —susurra al cabo de un momento.

—No.

—¿Seguro que no?

Con un suspiro dejo de escribir y apoyo la espalda en el respaldo de la silla cruzándome de brazos.

—Dijiste que no querías que lo supieran en la empresa —le recuerdo—. ¿Qué se supone que debe hacer tu jefe al verte llegar?

Ella asiente y enciende su ordenador antes de quitarse la chaqueta y ponerla sobre el respaldo de su silla. Hoy ha dejado la ropa provocativa en casa y se ha puesto un pantalón negro con una camisa. ¿Pretende marcar las distancias?

—¿Estás casada? —pregunto a bocajarro.

—¿Cómo dices?

Levanto la vista de la pantalla para mirarla. Su cara muestra una absoluta estupefacción, así que respiro tranquilo.

—Por tu cara deduzco que no lo estás —susurro volviendo al trabajo—. Es un alivio.

—¿En serio has pensado que estaba casada?

—Cosas peores se han visto.

—De verdad... cada día me sorprendo más contigo.

—Tampoco es que me conozcas demasiado.

—Ese es el problema, que en tres días estoy descubriendo facetas tuyas que no me gustan en absoluto.

Ahora soy yo quien se queda con la boca abierta. ¿Lo está diciendo en serio? Doy un golpe con la mano abierta sobre la mesa y me levanto de un salto para cerrar la puerta de la oficina con llave. Me acerco a su mesa lentamente sin apartar mi mirada de ella y me apoyo en la superficie con ambas manos.

—¿Me puedes explicar qué facetas son esas? —pregunto con voz suave.

Audrey se echa hacia atrás, mi pose calmada no la ha convencido en absoluto.

—Eres posesivo y caprichoso, dos cualidades que no soporto en absoluto.

—¿Posesivo por qué? ¿Por querer pasar la noche con la mujer que me gusta?

—¿Te gusto?

—¿Crees que si no me gustaras te habría buscado cuando salí del hospital?

—¿Cómo podía gustarte entonces? No creo que pudieras verme siquiera.

—Estaba consciente cuando me encontraste —recuerdo.

—Aunque así fuera lo que dices es una locura.

—Entonces digamos que me he vuelto completamente loco.

Ella me mira con la boca abierta y separa la silla para ir a coger el teléfono que empieza a

sonar en ese puto momento, pero se lo quito de la mano de un tirón.

—Estoy en una reunión —contesto sin dejar de mirarla—. Que nadie me moleste.

Cuelgo el teléfono con más fuerza de la que debería y me acerco a ella hasta dejarla sentada a medias sobre la mesa del café.

—¿Qué es para ti esto? —susurro— ¿Qué significa para ti lo que hay entre nosotros?

—Aún no puedo ponerle nombre, apenas nos hemos visto un par de veces desde que nos conocemos.

—La respuesta es bastante simple. ¿Esto es un polvo ocasional o hay algo más? —insisto.

—¿Y para ti? ¿Qué soy yo?

—Ahora mismo lo eres todo.

A la mierda la cautela y todo lo demás. La sujeto de la cintura y pego su cuerpo al mío para besarla. Al principio intenta apartarme pero pronto sus manos se aflojan y suben hasta mi cuello, declarando la rendición. Saboreo su boca una y otra vez, deleitándome con la ternura de sus labios carnosos, excitándome con el roce ocasional de su lengua en la mía. Audrey baja las manos por mi espalda hasta mi cintura y amasa mi carne lentamente provocándome escalofríos de placer.

—Puede que para ti yo solo sea un polvo —susurro—, pero no puedes negar la química que hay entre nosotros.

—Nadie ha dicho que seas solo un polvo —responde ella—, solo quiero tomármelo con calma.

Asiento y la dejo marchar... por ahora. Me paso toda la mañana organizando el traslado de las oficinas, así que apenas tengo tiempo para pensar en nada que no sea el trabajo. A media tarde Audrey acerca su silla a mi mesa y pone delante de mí varios libros.

—Estos son los libros más vendidos este mes en las librerías —explica—, uno por cada género literario más importante de este año.

—¿Los has leído todos?

—Sí, y necesito que tú también los leas para que podamos tomar notas al respecto.

—Empezaré esta noche, conforme los vaya terminando podemos comentarlos para que la gente de ahí fuera empiece a trabajar en serio.

Ella asiente y empuja su silla para que ruede hasta su mesa pero la sujeto del reposabrazos antes de que lo haga.

—Quédate aquí un momento —pido—, voy a enseñarte una cosa.

Le muestro en la pantalla del ordenador los planos de la nueva editorial. Ella lo observa atentamente pero no parece que entienda nada.

—¿Sabes lo que es? —pregunto divertido.

—Sé que son los planos de la nueva editorial porque lo pone en el pie de página, pero no entiendo demasiado del tema.

Me paso la siguiente media hora explicándole detenidamente el plano, aunque solo ha sido una excusa para tenerla cerca. Mi mano descansa casualmente en la base de su espalda, puedo notar el calor de su piel a través de la seda de su camisa y me siento bastante satisfecho al ver que no intenta apartarla. Dominic entra en el despacho en ese momento y sonrío cuando Audrey escapa de mi alcance en menos de un segundo.

—Buenas tardes, señorita Wallace —ronronea el muy bastardo.

—Buenas tardes, señor Renaldi.

—¿Qué haces aquí? —pregunto.

—Vengo a ver cómo le va a nuestro mejor ejecutivo —explica—. El presupuesto que

solicitaste ha sido aprobado en su totalidad, por cierto.

Le miro con una ceja arqueada. ¿Quiere llevarse el mérito ante Audrey, en serio? ¡El puto presupuesto lo he aprobado yo!

—Lo sé, ya he empezado con las reformas en la nueva ubicación —explico con los dientes apretados.

—Las cosas están yendo demasiado lentas, Daniel —protesta Dominic—. Deberías poner a todos esos flojos a trabajar duro.

Tiene razón... es lo que le he dicho a Audrey hace un momento, pero me jode que Dominic me llame la atención delante de ella.

—Estamos en ello —explico— pero lo haríamos más rápidamente si no aparecieras por la oficina cada dos por tres a molestarnos.

Él sonrío y se dirige a la cafetera a servirse un café. Audrey aprovecha que está de espaldas para acercarse a mí y darme un codazo en las costillas.

—¿Se puede saber qué... —protesto.

Ella me cubre la boca con la mano para impedirme terminar la frase.

—¿Estás loco? —susurra— ¿Cómo se te ocurre hablarle así al director?

—¿Hablarle cómo?

—¿Crees que no te despedirá de inmediato por faltarle al respeto?

La miro sorprendido y satisfecho al mismo tiempo. Así que se preocupa por mí...

—¿Te preocupa que pierda mi trabajo, Audrey? —pregunto repantigándome en la silla.

—No —responde demasiado deprisa.

—¿Y entonces por qué me regañas?

—Porque puedo perder el mío por tu culpa.

—Mentirosa...

Audrey no puede contestar porque Dominic se da la vuelta justo en ese momento. Sé que ha estado escuchando la conversación porque su mirada divertida no deja lugar a dudas.

—Voy a darme una vuelta por la editorial para poner nervioso al personal —dice—. Por lo que parece sois los únicos que estáis trabajando.

Cuando sale por la puerta abro el primero de los libros que me ha dado Audrey. Voy tomando notas conforme encuentro detalles que pueden ser relevantes para futuras publicaciones y cuando lo termino, porque no es demasiado largo, comento con ella mis impresiones con el fin de crear una lista de características que queremos en nuestros libros.

—Llévale esto a los editores y que se pongan a trabajar —ordeno.

—Ya se han marchado todos a casa —responde ella—. Se lo daré a primera hora de la mañana.

—¿Ya se han ido? —pregunto sorprendido— ¿Qué hora es?

—Son casi las diez.

—¿Y por qué no me lo has dicho antes? —protesto— Vamos, te llevaré a casa.

Estoy agotado. Apenas soy capaz de prestar atención a la carretera y tengo que abrir la ventanilla para que el aire fresco de la noche me despeje un poco. Llevo en el asiento trasero el resto de libros pero creo que van a terminar quedándose ahí hasta mañana. Cuando aparco frente a la puerta de Audrey me bajo del coche y me apoyo en el capó con los brazos cruzados. Ella me sorprende encajando su cuerpo entre mis piernas y rodeando mi cuello con los brazos para besarme. Me despejo de golpe y envuelvo su cintura con mis brazos para devolvérselo, pero termina antes de lo que me gustaría.

—¿Y esto? —pregunto sorprendido.

—Ahora no estamos en el trabajo.

—¿En serio eres la Audrey de anoche? —bromeo.

—Debería disculparme por mi comportamiento —reconoce.

—Por supuesto que deberías —le reprocho—. Has sido fría e inflexible conmigo.

—No quería hacer suposiciones equivocadas sobre lo que hay entre nosotros.

—La próxima vez que tengas dudas, pregúntame.

Ella asiente y vuelve a pegar sus labios a los míos. Sus besos son pequeños, efímeros, así que la sujeto con fuerza para profundizarlos. Pronto su lengua responden a las caricias de la mía y sus labios se amoldan a la forma de mi boca. Quiero más, mucho más que esto, pero sé con seguridad que no voy a ser capaz de responder como quiero y la separo de mí lentamente.

—Vamos, vete ya —susurro.

—¿Quieres subir? —pregunta ella, dejándome estupefacto.

¡Maldita sea! ¿Por qué coño tengo que estar tan cansado precisamente hoy? Con una sonrisa vuelvo a atraerla a mi cuerpo y le doy infinidad de pequeños besos en la boca.

—Estoy deseando hacerlo. —Ella tira de mi brazo, pero no me muevo de mi sitio—. Estoy deseando hacerlo pero hoy no puedo.

—¿Por qué?

—Porque tengo que ir al hospital para que me quiten los puntos y además hoy estoy muerto de sueño —reconozco—. Cuando suba a tu casa será para no dejarte dormir en toda la noche y hoy no creo que sea capaz de hacer eso.

—El sábado, entonces.

Asiento y tras besarla una última vez me subo al coche. En cuanto llego al hospital la enfermera de recepción llama a mi médico y me acompaña a la habitación VIP. Tras revisar minuciosamente la herida me quita los puntos y vuelve a curarla para dejarla por fin al aire.

—No debe hacer movimientos bruscos durante un tiempo, señor Goldman —dice el cirujano—. Aunque la herida haya cicatrizado bien superficialmente tomará alrededor de un mes que cierre bien por dentro.

—Entendido, doctor.

—Si va a hacer ejercicio, que no conlleve levantar peso. Si sigue mis indicaciones no habrá ningún problema en el futuro.

—Gracias por todo.

En cuanto entro en mi casa me desnudo y me meto bajo las sábanas, quedándome dormido en el acto, como había vaticinado al hablar con Audrey.

Al día siguiente me despierto con una sonrisa de oreja a oreja en la cara porque al fin es sábado y voy a tener una cita en condiciones con Audrey. Dedico toda la mañana a limpiar y hacer la colada y voy a casa de Dominic a que me invite a comer a mediodía.

—¿Cómo es que no estás con Audrey? —pregunta sacando una botella de agua del frigorífico.

—He quedado con ella más tarde.

—¡Guau! ¿Vais a una cita de verdad?

—Esa es la idea.

—¡Qué mayor! —bromea.

Le hago un corte de manga, me dejo caer en el sofá y cojo el manod de la consola para continuar con la partida de fútbol que seguramente estuvo jugando anoche.

—¿Qué haces aquí?

—Esperar que me invites a comer.

—¿No puedes comer en tu puta casa? —pregunta imitándome.

—Sí, peor hoy te toca pagar a ti.

—Tócate los huevos... ¿Y eso a santo de qué?

—Por lo mal que me lo haces pasar cada vez que intentas ponerme celoso con Audrey.

Al final terminamos pidiendo un par de pizzas y las comemos mientras echamos una partida. A las cuatro me levanto de su sofá y me estiro para irme a casa.

—¿A qué hora habéis quedado?

—A las seis.

—¿Y por qué tan pronto?

—Las parejas suelen ir al cine y cosas así antes de meterse en la cama.

—¿Sois pareja?

—Por supuesto.

—¿Y ella lo sabe?

—Voy a cobrarte comisión por divertirme tanto a mi costa.

—Está bien... está bien... Que te diviertas.

Reconozco que estoy bastante nervioso, parezco un adolescente de secundaria que va a tener una cita con la chica que le gusta. Me paso más de media hora delante del armario para elegir qué ponerme cuando siempre me he puesto lo primero que he pillado y ahora mismo necesito que las agujas del reloj se muevan mucho más deprisa para verla de una vez.

En cuanto aparco el coche frente a su puerta le mando un whatsapp para que baje. Está preciosa esta tarde: se ha puesto un pantalón vaquero ajustado con una camiseta que deja sus hombros al descubierto, algo sencillo pero que sin embargo le sienta muy bien. En cuanto me ve se acerca para besarme y rodeo con mis brazos su cintura para profundizar el pequeño beso que recibo.

—¿Has esperado mucho? —pregunta.

—Solo unos minutos.

En vez de subir al coche la cojo de la mano y empiezo a caminar por la avenida.

—¿A dónde vamos? —pregunta ella curiosa.

—Al cine, vamos a tener una cita de verdad.

—¿Una cita con final feliz? —ríe ella.

—Eso espero —respondo con un guiño.

Ella abraza mi brazo y apoya la cabeza sobre mi hombro, y caminamos así hasta el cine. Tras mucho debatir terminamos viendo una película romántica, que acabo de descubrir que son sus favoritas. Echo el reposabrazos que hay entre nuestros sillones hacia atrás para cogerla de la mano y como esperaba recibo a cambio una sonrisa que ilumina toda la sala.

—Estás muy romántico hoy —susurra en mi oído.

—Yo siempre soy romántico, nena, pero tú no me has dejado serlo.

—Voy a dejarte a partir de ahora, me gusta mucho que lo seas.

La beso fugazmente y vuelvo a poner mi atención en la película. Es divertido verla llorar a moco tendido cuando la cosa se pone más sentimental de la cuenta y seco sus lágrimas con el pulgar para poder besarla de nuevo, esta vez con más profundidad. Audrey sujeta mi mejilla con la mano para acercarse más a mí y termina casi sentada sobre mi regazo. En nuestra zona de asientos apenas hay gente y podría follármela sin que nadie lo viera, pero la aparto con cuidado besándola en la frente.

—Compórtate —bromeo—, estamos en un lugar público.

—Serás...

Tras golpearme suavemente en las costillas vuelve a centrar su atención a la película, pero yo tengo puesta toda mi atención en ella. Con las luces apagadas puedo observarla atentamente a mi antojo: sus ojos brillan porque parece que la película le está gustando bastante y apenas es capaz de meter en su boca un puñado de palomitas sin que una o dos caigan sobre su escote, pero ahora mismo es la cosa más bonita que he visto en mi vida. Beso la mano que tiene entrelazada con la mía para llamar su atención y recojo las palomitas que han caído en su regazo para comérmelas.

—¿Te está gustando la película? —pregunta de repente.

Asiento sin dejar de mirarla.

—Pero no la estás viendo —protesta.

—Estoy mirando algo más interesante.

—Deberíamos haber entrado en la película de acción —se lamenta—. Ahora me siento mal por ello.

—La veremos la próxima vez.

Parece que mi respuesta la deja satisfecha porque sonrío y apoya la cabeza sobre mi hombro. Cuando termina la película la llevo a cenar a un buen restaurante. Estamos sentados uno en frente del otro pero en cuanto el camarero nos toma nota cambio mi servicio al lugar que hay junto a ella y me siento a su lado.

—Mejor así —digo con un suspiro—. No estamos peleados para sentarnos uno frente al otro.

—Será más cómodo comer así, ¿no te parece?

—Puede que sí, pero no tendré la oportunidad de tocarte.

—Llevas tocándome toda la noche —ríe ella—. ¿No te has cansado aún?

—No creo que vaya a cansarme en mucho tiempo.

Ella carraspea ante mi confesión y pone su atención a las vistas que se observan a través de las enormes cristaleras.

—¿Has leído los libros que te di? —pregunta cambiando de tema.

—¿En serio quieres hablar de trabajo en nuestra primera cita?

—Ese es el inconveniente de que trabajemos juntos.

—He leído un par de ellos, mañana intentaré terminar alguno más para comparar las notas el lunes.

—Este lugar es impresionante —susurra volviendo a centrar su atención en el paisaje—. No sabía que había un restaurante en este edificio.

—He venido alguna vez que otra con mis padres —explico—. La comida es buena, pero aunque no lo fuera merece la pena venir solo por esto.

Cenamos charlando tranquilamente y conociéndonos un poco más el uno al otro. Yo no puedo revelarles quién soy en realidad, así que procuro evadir lo más que puedo el tema familiar. Sé que si esto dura no tendré más remedio que confesarlo y que ella se pondrá furiosa por haberla engañado, pero es un riesgo que debo correr por ahora.

Cuando terminamos de comer volvemos hasta su casa. Me apoyo en el coche y la abrazo para darle un último beso de despedida, pero ella tira de mí hasta el portal.

—¿Qué es esto? —pregunto sonriendo.

—¿Pensabas escaparte de mí? —protesta.

—Iba a pedirte que vinieras a dormir conmigo —reconozco.

—¿Por qué ir a tu casa cuando podemos quedarnos aquí? —pregunta— Así no

desperdiciaremos el tiempo en el camino.

—Y yo que me he pasado toda la mañana limpiando para impresionarte...

—Ya me has impresionado bastante por hoy, ahora quiero acostarme contigo.

Solo de pensarlo ya me he puesto cachondo. En cuanto entramos en su apartamento la sujeto de la barbilla para besarla. Hoy no tengo tiempo de tomármelo con calma, llevo deseándola desde hace dos días y necesito enterrarme en ella lo antes posible, ya habrá tiempo para los juegos más tarde. Audrey me empuja de camino a su habitación sin separar su boca de la mía pero de un solo movimiento me giro y la acorralo contra la pared.

—¿Estás ansiosa, gatita? —susurro depositando pequeños besos en su mejilla hasta atrapar con mis dientes el lóbulo de su oreja.

—No puedo esperar más.

Sonrío de oreja a oreja. De repente siento la necesidad de ir despacio, de hacerla sufrir un poco antes de conseguir que se corra. Pego mi pelvis a la suya para encajar mi polla entre sus piernas y separo el pecho para poder mirarla a la cara.

—Hoy no tenemos prisa —ronroneo—, me pienso quedar conmigo toda la noche.

—¿Puedes ir despacio después? Ahora necesito sentirte.

Cojo sus manos y las paso por mi pecho hasta mi cintura, deteniéndome justo ahí. Puedo ver el deseo reflejado en sus ojos y gimo cuando se muerde el labio con fuerza mirando el bulto de mi erección.

—¿Te gusta lo que ves? —ronroneo.

—Me gustaría más si lo viera al completo.

Quiere provocarme hasta que pierda la cordura y me la folle pero no voy a darle esa satisfacción. En vez de eso comienzo de nuevo con mi asalto a su cuello alternando pequeños besos con suaves mordiscos que apenas le dejan una rojez, y bajo por su escote hasta encontrarme con la curva de su pecho. Aparto la tela con un dedo dejando al descubierto su pezón, que ya ha empezado a endurecerse. Sin apartar mi mirada de la suya paso la lengua por él, lo atrapo entre los labios, lo succiono y lo muerdo logrando que Audrey se retuerza y grite pidiendo más caricias.

Repito la operación con el otro pezón y tiro de su mano hasta el pasillo. Arqueo una ceja para que me muestre su habitación y en cuanto entramos en ella la empujo suavemente para tumbarla sobre la cama, quedando tumbado a medias sobre ella. Audrey se apresura a desabrocharse el pantalón pero sujeto sus manos con una de las mías para impedirselo.

—¿A qué viene tanta prisa? —pregunto.

—¿Vas a hacerme sufrir mucho?

—Solo un poquito.

Tiro de su camiseta hasta subirla por sus brazos y la dejo a la altura de sus ojos para impedirle ver lo que voy a hacerle ahora. Lleva un sujetador de encaje rosa y sus pezones casi llegan a asomar a través de los agujeros de la tela, así que paso la lengua por encima de ellos humedeciéndolos y coloco la mano sobre su pequeño coñito, atrapado bajo la tela vaquera. Audrey eleva las caderas para apretarlo contra mi mano y suspira sujetándose con fuerza del pelo.

Me aparto de ella para desabrocharle los pantalones y de un tirón me deshago de ellos, llevándome con ellos también las braguitas. Su coñito está húmedo e hinchado y al primer roce de mi dedo a través de su abertura Audrey deja escapar un grito de placer que me hace sonreír. Sustituyo el dedo por mi boca y me dedico a saborearla, a lamer la miel que desprende y a mordisquear suavemente su pequeño clítoris hinchado. Audrey se retuerce y me atrapa entre sus

piernas, pero las aparto lo justo para poder seguir con mi asalto.

Su olor está volviéndome loco, su sabor me deja mareado y cuando ella está a punto de llegar al orgasmo me pongo de pie para quitarme los pantalones y enterrarme completamente en ella.

—¡Joder, sí! —grita agarrándose fuerte a mis bíceps.

Joder... el calor que desprende va a llevarme a la locura. De un tirón me deshago por completo de su camiseta y desabrocho torpemente los botones de mi camisa para dejarlas caer junto a la cama. Levanto un poco a Audrey para quitarle el sujetador y pego su pecho al mío con un gemido. El tacto suave de su piel es tan excitante como la sensación de estar enterrado en ella.

—¿Esto es lo que querías? —susurro mordidiéndole el lóbulo de la oreja.

—¡Sí! ¡Dios, sí!

Empiezo a moverme lentamente y atrapo su lengua con mis labios para succionarla despacio. Ella gime y clava sus uñas en mi espalda, haciéndome jadear por la mezcla de dolor y placer. Mis embestidas aumentan gradualmente de ritmo, mis nudillos están blancos por la fuerza con la que me agarro a la almohada y tengo que apretar los dientes para no correrme antes que ella.

Audrey enreda las piernas en mi cintura y mueve las caderas al compás de las mías, logrando hacerme salir de su cuerpo por completo antes de clavarme nuevamente hasta el fondo. Pronto sus músculos me succionan convulsionándose a mi alrededor y cae laxa sobre la cama cuando llega al orgasmo. Salgo de ella lo justo para tumbarme a su espalda y paso su pierna sobre mi cintura para volver a clavarme en su coñito desde atrás. Empiezo a moverme deprisa, muerdo su hombro cada vez que un latigazo de placer recorre mi espalda y aprieto su cintura entre mis dedos para anclarme mejor a ella.

No puedo más, el orgasmo está a punto de alcanzarme y aprieto los dientes con fuerza para evitar gritar cuando llega. Salgo de ella justo a tiempo y me corro sobre su espalda, cayendo a su lado como si un rayo me hubiera partido en dos. Cuando logro recuperar la consciencia alargo la mano hasta la mesita de noche y limpio el desastre con un pañuelo de papel antes de tirar de ella hasta el cuarto de baño. En cuanto el chorro de agua caliente impacta sobre nuestra piel Audrey ronronea con una sonrisa y se enjabona mientras yo disfruto observándola.

Cuando termina de lavarse se da la vuelta con la esponja en la mano para enjabonarme. Lo que empieza como un acto inocente pronto termina elevando nuestra temperatura y vuelvo a besarla. Nuestras lenguas se buscan como locas, mi polla cobra vida poco a poco y ella apoya las manos en la mampara para abrir las piernas y dejarme entrar nuevamente en ella. Esta vez no tenemos prisa, nuestros movimientos son lánguidos, sus gemidos son tan suaves que apenas puedo escucharlos debido al agua caliente y mi polla corcovea ante la suavidad del contacto con su sexo. Amaso sus tetas entre los dedos atrapando sus pezones, busco su boca para hundir la lengua en ella igual que hace mi polla, y cuando ambos llegamos al orgasmo nos secamos y nos dejamos caer en la cama, donde nos dormimos en el acto.

Capítulo 6

Tras trabajar sin descanso durante cerca de una semana al fin tenemos una lista de características esenciales para cada género literario de los que hemos decidido ocuparnos. He mandado hacer unos carteles para colocarlos en la pared de las oficinas (tanto las nuevas como las antiguas) con la intención de que todos los tengan visibles para seguirlos a rajatabla. Como esperaba las obras del nuevo local estarán finalizadas la semana que viene y podremos mudarnos allí al principio de la siguiente.

He puesto por fin a trabajar a todas las personas de la empresa. Los editores están buscando manuscritos que reúnan nuestras condiciones entre los muchos que la editorial ha recibido durante los últimos años, porque aunque anunciáramos que recibimos manuscritos no creo que alguien se atreviera a mandarlo a una editorial como esta. Necesitamos un éxito rotundo para poder hacer eso.

Mi relación con Audrey, o lo que sea, va tan bien como cabría esperar. Aunque en el trabajo seguimos guardando las distancias aprovecho cualquier oportunidad para encontrarme con ella en lugares apartados y robarle un beso, cosa que sé que le encanta aunque proteste por mis violaciones continuas de nuestro acuerdo.

Hoy el día está más frío de lo normal, han bajado mucho las temperaturas en esta semana y creo que pronto volverá a nevar. Cuando llego a la oficina Audrey ya está sentada en su escritorio con una humeante taza de café en la mano. Sobre mi escritorio encuentro un vaso de Starbucks y la miro con una ceja arqueada.

—¿Me has traído café? —pregunto dejando el maletín sobre la mesa.

—Estaba ahí cuando he llegado —responde negando con la cabeza.

Me acerco y levanto el vaso para descubrir que en uno de los laterales está escrito el nombre de Sindy y un número de teléfono.

—¿Hay alguna Sindy trabajando aquí? —pregunto con curiosidad.

—No, ninguna. ¿Por qué lo preguntas?

Le enseño el nombre escrito en el vaso y ella me lo arranca de la mano para tirarlo al fregadero.

—¿Por qué lo has tirado? —pregunto divertido — Era mi café.

—No sabes de quién es.

—¿Estás celosa?

—¿Tengo que recordarte que alguien te apuñaló hace unas semanas?

Joder, es cierto, ni siquiera había pensado en ello. Ella está preocupada por mi seguridad y yo bromeo con los celos... Me acerco a ella para abrazarla por la espalda.

—Lo siento —susurro—, debería recordar que no hace mucho que me han secuestrado.

—¿Fue un secuestro? —Asiento—. ¿Por qué?

—Por lo que pude escuchar eran dos trabajadores de una de las empresas que hemos reestructurado.

—¿Pero por qué tú? —pregunta apartándose para mirarme a la cara.

—Supongo que me ocupé de ese caso en particular —miento—. Dom está investigando sobre el asunto y esperamos tener pronto alguna pista sobre ello.

—Oye, ¿por qué sigues tratando al director general de una forma tan coloquial? Es nuestro jefe.

—Es mi mejor amigo desde el colegio —explico—. Incluso somos vecinos.

—Aun así es tu jefe.

Debería decirle la verdad, pero en vez de eso me encojo de hombros y me sirvo una taza de café.

—No te preocupes por eso —respondo—. Dominic sabe que aunque puedo ser a veces un capullo hago bien mi trabajo.

Vuelvo a mi escritorio y Audrey me pone delante un libro en papel.

—Este es el primer libro que he seleccionado —explica—, pero no es uno que nos haya llegado a la editorial.

—¿De qué género es?

—Romántica, se trata de una historia de amor entre dos compañeros de universidad.

—¿No hay en el mercado muchos libros del mismo tema?

—Sí, pero este tiene algo diferente. Léelo y me cuentas.

Al darle la vuelta para leer la sinopsis me doy cuenta de que está en español.

—¿Un libro en español?

—Sí. Lo he encontrado en el top 100 de Amazon España y me gustaría que lo reeditáramos en inglés bajo nuestro sello editorial.

—¿No crees que es una maniobra demasiado arriesgada?

—El libro está ambientado en Corea del Sur. ¿Sabes la repercusión que está teniendo últimamente el fenómeno *hallyu* en todo el mundo, en especial en América?

—¿El fenómeno *hallyu*?

—Sí, la cultura contemporánea coreana está haciéndose muy popular en el resto del mundo debido a su música y a sus series. Brianne Miller es la primera escritora que pone de manifiesto ese interés a nivel mundial y creo que por eso podría ser un gran éxito.

La verdad es que la historia es muy diferente de lo que hay en el mercado, está muy bien escrita y seguro que engancha bastante a los lectores. La portada también es bastante llamativa aunque sencilla, muy del estilo que he ido viendo en mis investigaciones en la red. En cuanto termino de leerlo (no es demasiado largo, lo que está bien para los lectores) me acerco a la mesa de Audrey.

—¿Tienes alguna idea para la portada en inglés? —pregunto.

—¿Piensas que se venderá bien?

—Desde luego, la historia es bastante refrescante y novedosa.

—He pensado que deberíamos mantener la que tiene cambiando el título y la sinopsis al inglés.

—Ponte en contacto de inmediato con la autora y envíale el contrato —ordeno—. En cuanto lo tengamos envía el manuscrito a los correctores para empezar a trabajar.

Audrey asiente y se marcha. La verdad es que me está gustando bastante este trabajo, es entretenido y no conlleva tanto estrés como mi puesto como presidente de *CRC International*.

Me quedo de piedra cuando veo entrar en mi oficina a mi madre una hora más tarde. ¿Qué coño pinta ella aquí? Terminará por destaparle todo y no lograré que la gente se relaje conmigo, eso sin mencionar el cabreo monumental que se llevará Audrey.

—¿Qué haces aquí? —pregunto levantándome para cerrar la puerta a sus espaldas.

—¿Tengo que tener algún motivo para venir a ver a mi hijo?

—Estoy trabajando, mamá. ¿Te cuesta mucho llamar antes de aparecer?

—Vengo a comer contigo, hace días que no nos vemos.

Desde que se marchó del hospital cuando me apuñalaron, pero no voy a traerlo a colación ahora para terminar discutiendo.

—Vámonos entonces.

Acompaño a mi madre hasta la entrada y me detengo un momento.

—He olvidado el móvil, ahora mismo bajo.

Subo de nuevo y busco a Audrey en la oficina. Ella está sentada junto al tal Adrián, que le sonrío como si tuviera alguna posibilidad de quedar con ella.

—Señorita Wallace, ¿podemos hablar un minuto? —pregunto.

Ella asiente y me sigue hasta nuestra oficina.

—¿Ocurre algo? —pregunta.

—Tengo que ir a comer con mi madre, no sé a qué hora volveré porque ella puede ser impredecible —explico—. ¿Te quedas a cargo de todo hasta que vuelva?

—Por supuesto, ve tranquilo.

—Una cosa más —añado acercándome a ella—. Ese tipo... el diseñador...

—¿Adrián?

—Ese mismo. No le sonrías —ordeno—, ni siquiera seas amable con él.

Ella sonrío y acaricia la solapa de la chaqueta de mi traje con suavidad.

—¿Hay algún motivo en especial? —ronronea.

—Quiere quedar contigo.

—¿Y tú como lo sabes?

—Porque ese cabrón es igual que yo.

—¿Estás celoso? —ríe.

—¿Debería estarlo?

—En absoluto.

—Aun así no se te ocurra sonreírle. Es una orden.

Vuelvo a encontrarme con mi madre, que está esperándome dando vueltas en la calle.

—¿Tanto tardas en recoger tu teléfono? —pregunta.

—He tenido que resolver un pequeño asunto antes de salir.

Montamos en su coche y su chófer nos lleva al restaurante de costumbre. Tras hacer nuestro pedido mi madre saca de su bolso un espejo y una barra de labios para retocarse.

—Vamos a comer, mamá —suspiro—. ¿Puedes dejar eso para más tarde?

—Tengo que estar siempre perfecta, ya lo sabes. ¿Qué pasaría si aparecieran los reporteros por casualidad?

—Siempre pensando en lo mismo.

—¿Ha averiguado algo la policía sobre el secuestro? —pregunta.

—Aún no me han llamado, así que lo dudo.

—Deberías llevar un guardaespaldas, Daniel, no me siento tranquila si vas por ahí sin protección.

—Estoy bien, solo eran los antiguos empleados de una de las empresas que he reestructurado y no creo que vuelva a repetirse.

—Aun así...

—Soy perfectamente capaz de defenderme solo —interrumpo—. Ese día me pillaron con la guardia baja, pero eso no se volverá a repetir.

—Está bien, dejo el tema por ahora.

—Te lo agradezco. En cuanto los detectives se pongan en contacto conmigo te lo haré saber.

Terminamos la comida y mi madre insiste en acompañarme hasta la oficina, pero la detengo en la puerta.

—No hace falta que subas, mamá —explico—. Los trabajadores no conocen mi verdadera identidad y no quiero que lo descubran por ahora.

—¿Por qué no?

—Porque no serán ellos mismos si saben que soy el presidente de *CRC International* y no podré hacer bien mi trabajo.

—Está bien, no diré nada.

Intenta volver a entrar, pero se lo impido.

—Por favor, mamá... déjalo estar.

—Entonces ve a una nueva cita a ciegas.

—¿Otra vez con eso? Ya te dije que no pensaba ir a ninguna cita más.

—Entonces subiré a saludar a tus nuevos empleados.

—¡Está bien, está bien! Iré a una maldita cita a ciegas.

—Este sábado, te mandaré los detalles en un mensaje.

Con un suspiro veo cómo se monta en su coche y se marcha. Subo a la oficina y cierro la puerta con cerrojo cuando veo que Audrey está dentro. No hace falta que le diga nada, creo que en mi cara puede ver el estado en el que me encuentro ahora mismo. Ella se acerca lentamente y me abraza sin más, y yo dejo escapar todo el aire de mis pulmones.

—Algo va mal, ¿verdad? —pregunta.

—Mi madre siempre termina agotándose —susurro rodeándola con los brazos—. Insiste en contratar un guardaespaldas y en mandarme a citas a ciegas.

—¿Citas a ciegas? —ríe ella.

—No es gracioso en absoluto, quiere que vaya a una este sábado.

Audrey se aparta de mí de repente y vuelve a sentarse en su escritorio.

—Supongo que irás —dice como si nada.

—No tengo otra opción, ya lo ha arreglado.

Ella asiente pero no dice nada. Me acerco a ella y me siento en el borde del escritorio para mirarla.

—¿Estás molesta? —pregunto.

—No tengo por qué.

—Deberías estarlo.

—¿Qué ganaría con eso?

—Que yo me sintiera mucho mejor.

Audrey sigue sin mirarme y me estoy empezando a poner nervioso. Necesito que se enfade, que explote y me grite porque su indiferencia es peor que cualquier pelea.

—¿Debería haberle dicho que ya tengo novia? —pregunto.

Ella me mira sorprendida y aprovecho para sujetar su barbilla con los dedos y besarla suavemente.

—¿Debería haberle dicho que tú y yo estamos saliendo? —susurro.

—Pero es que no lo estamos haciendo.

—Ah, ¿no? Entonces, ¿qué coño estamos haciendo estos días, Audrey?

Audrey traga saliva mirándome fijamente pero sigue tan calmada que me dan ganas de sacudirla.

—No hemos hablado sobre ello —contesta.

—No creí que hiciera falta hablarlo después de nuestra cita.

—Tampoco es para tanto, los amigos también van a cine y cenan juntos.

—¿Tan poco te importa que vaya a una cita a ciegas este sábado que ni siquiera te molesta?

—¿Quién dice que no me molesta?

—¡Pues grítame, maldita sea! —exploto— ¡Tu novio va a ir a una cita con otra mujer!

—¡No me has pedido que salga contigo, Daniel! —explota de repente— ¿Que no me molesta? ¿Eso crees?

Se levanta de la silla y empieza a dar vueltas por la habitación como un león enjaulado. Yo permanezco sentado en su escritorio mirándola con los brazos cruzados y sintiéndome muy satisfecho con su reacción.

—Aún estoy confundida sobre nuestra relación —continúa diciendo—. No sé lo que somos porque tú actúas pero no hablas, ¡y ahora me vienes con que estamos saliendo y que tengo que enfadarme por la maldita cita a ciegas!

Se acerca con paso decidido hasta estar a escasos centímetros de mí.

—¿Enfadada? —susurra— ¡Estoy tan furiosa que si ahora mismo me cruzase con la mujer con la que vas a verte el sábado le arrancaré todos los pelos de la cabeza pero tengo que contenerme porque no me has pedido que salga contigo!

—¿Quiere salir conmigo, señorita Wallace? —pregunto acariciando su mejilla.

—Tengo que pensármelo —protesta ella cruzándose de brazos—. Ahora mismo estoy demasiado furiosa.

Enlazo su cintura con los brazos para atraerla hacia mi cuerpo.

—Lo único que voy a hacer es asistir a la reunión para decirle a esa mujer que no estoy interesado en ella —explico.

—Tu madre se comporta como si fueras el heredero de una gran fortuna... —protesta ella, haciéndome tragar saliva.

—No sabe que ya tengo una mujer que me gusta y piensa que se me agota el tiempo para encontrar a una.

Sujeto su cara entre mis manos para besarla. Sus labios se amoldan a los míos como si hubieran sido hechos para ello y sus brazos se enredan en mi cuello para pegar sus pechos a mi cuerpo. Subo las manos por su espalda despacio, arrastrando con ellas la seda de su camisa, y vuelvo a bajarlas para poder acariciar su cálida piel. Casi sin darme cuenta tengo el enganche de su sujetador entre los dedos, pero ella se aparta de golpe para impedirme desabrocharlo.

—Aquí no —susurra—. Más tarde.

—Ahora que soy tu novio, ¿vas a dejarme besarte en público?

—Aún no he decidido si lo eres.

—¿Y qué ha sido ese beso entonces? —pregunto sonriendo.

—Un desliz.

—Pues ven aquí y comete otro de esos —respondo con un guiño.

—Ni lo sueñes, podría vernos alguien.

—Estamos solos y la puerta está cerrada por dentro.

—Deberíamos abrirla ya, por cierto. Llevamos demasiado tiempo aquí encerrados.

Audrey se da la vuelta para alejarse y de un salto la atrapo abrazándola por la espalda con un suspiro. Ella sonrío y aparta mis manos de su cintura para volverse hacia mí.

—Uno más y abrimos la puerta —susurra antes de besarme.

—Tendré que esforzarme para controlarme —protesto—. Aún no te he soltado y ya te echo de menos.

—Si vuelves a besarme en el trabajo te castigaré.

—¿Y cuál sería la penalización?

—No tener sexo en un mes.

Abro los ojos como platos ante la escalofriante idea de no poder tocarla, lo que le arranca una carcajada. Vuelve a besarme nuevamente, hundiendo su lengua en mi boca y acariciando mi nuca con la punta de los dedos, logrando que me recorra un escalofrío de puro placer. La aprieto contra mi cuerpo con fuerza arrancándole un gemido, pero antes de que pueda saborear la sensación se aparta suavemente de mí.

—Vamos a trabajar —susurra.

—¡Qué remedio!

Audrey sonrío y se aparta de mí para abrir la puerta del despacho justo a tiempo para que uno de los correctores entre a dejarnos su trabajo.

—¿Está bien corregido? —pregunto— ¿Te has asegurado que no tenga errores?

—Sí, señor Goldman.

—Bien, le echaré un vistazo antes de seguir.

Como suponía, la corrección no es ni medio aceptable. Nada más empezar he encontrado tres errores tipográficos, así que me levanto de mi silla y me acerco a su escritorio con paso decidido para lanzarle el manuscrito.

—¿Esto es una buena corrección? —pregunto—. Apenas he empezado a repasar el libro he encontrado tres errores y no soy corrector. ¿Quién se ha encargado de hacerlo?

—Lo siento, señor Goldman, lo revisaré personalmente.

—Eres el jefe de corrección, ¿cuál creías que era tu trabajo?

—Lo siento mucho, señor Goldman, no se volverá a repetir.

—Esto va para todo el personal —digo levantando la voz para que todos me oigan—. Espero de ustedes un trabajo excepcional, así que eviten mostrarme trabajos mediocres si quieren continuar trabajando en esta empresa.

Dicho esto, vuelvo a mi despacho cerrando la puerta con un portazo.

—¿Qué pasa? —pregunta Audrey.

—Que estoy harto de esta gentuza, eso pasa. ¿Cómo puede un corrector jefe traerme un manuscrito que no ha revisado él mismo antes?

—Es el sobrino del anterior jefe —explica.

—¿Es que ese hombre se creía que llevar un negocio es jugar a las casitas?

—No es así —le defiende—. El señor Chapman sentía que era su obligación salvar a su familia. Siempre intentaba ayudarles en todo lo que podía.

—Y mira el resultado.

—¿Acaso no ayudarías a tu familia si necesitaran un trabajo para poder vivir?

Esa situación no se dará jamás. Mi familia tiene dinero para vivir sin trabajar hasta el día de su muerte, pero aún no puedo decírselo.

—No lo sé —digo en cambio—. Por suerte nunca he estado en esa situación.

—No seas tan duro con él, Daniel. No todo el mundo es tan bueno manejando una empresa como tú.

¿Es resentimiento lo que escucho en su voz? Menos mal que Chapman es un hombre de cincuenta y tantos años, si no empezaría a sentir celos de él. Me acerco a su mesa y me siento

sobre ella con las piernas cruzadas.

—Te rescató también a ti, ¿no es así? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—Sí, también lo hizo. Estuve casada durante seis años y viví para dedicarme a mi marido. Cuando me divorcié nadie quería contratarme por mi falta de experiencia, decían que estar fuera del mercado editorial tanto tiempo significaba que mi experiencia estaba obsoleta.

—Pero él te contrató.

—Sí, él me contrató. Nadie pensó que podría estudiar para modernizar mis métodos, a nadie se le ocurrió que fuera capaz de dar lo mejor de mí en el trabajo.

—¿Por qué te divorciaste?

—Porque el amor se acabó. No hubo nada extraño, solo que con el tiempo y la monotonía terminamos preguntándonos por qué nos habíamos casado.

—¿Y no tuviste hijos?

—No quise tenerlos. En ese tiempo no podía ni plantearme la idea de ser madre.

Capítulo 7

Al final de la tarde hemos logrado seleccionar un par de libros más de los que nos han mandado los editores, así que con suerte podremos relanzar la editorial muy pronto. Me estiro en mi silla y miro el reloj que hay en la pared de enfrente. Las seis en punto. Apago el ordenador y me acerco a la mesa de Audrey para apagar el suyo.

—Guarda tu trabajo que nos vamos —ordeno.

—Solo me quedan diez folios.

—O lo guardas o lo pierdes. —Coloco el dedo en el botón de apagado—. Diez, nueve, ocho... Ella obedece y me mira enfadada.

—¿Qué? —pregunto— Desde que entré a trabajar aquí no nos hemos ido ni un solo día a casa temprano.

—Por tu culpa voy a quedarme hasta mañana con la intriga de saber qué pasa al final.

—¿Tan bueno es el libro?

—Sí, tan bueno es —protesta levantándose para ponerse el abrigo— y por tu culpa no voy a poder pegar ojo pensando en el final.

La sujeto por la cintura y la atraigo hacia mi cuerpo. Los empleados han empezado a marcharse, así que no creo que haya peligro de ser descubiertos.

—¿Y si te entretengo lo suficiente para que te olvides del libro? —ronroneo.

Ella sonrío y enlaza los brazos alrededor de mi cuello.

—¿Y qué tiene en mente, señor Goldman? —pregunta.

Me acerco a su oído y muerdo el lóbulo de su oreja con suavidad. Se le eriza el vello de la nuca y un gemido escapa de su garganta.

—Voy a pasarme toda la noche haciéndote gritar de placer —susurro.

—Una oferta muy tentadora, señor Goldman, pero tendré que rechazarla.

Me aparto de ella para mirarla a la cara con la sorpresa dibujada en mi cara.

—¿Por qué? —pregunto.

—Va usted a perdonarme, pero tengo novio y aunque usted me resulta de lo más atractivo él llegará para recogerme en unos minutos.

Sonrío y la beso en los labios. Entiendo que quiera diferenciar nuestra relación laboral y la personal y la verdad es que me estoy divirtiendo mucho con este juego.

—¿Ha avisado usted a su novio de que hoy saldrá pronto del trabajo? —pregunto.

—Voy a mandarle un mensaje ahora mismo.

Mi teléfono empieza a vibrar en cuanto ella manda el whatsapp y la aparto un poco para leerlo, porque me mata la curiosidad de saber lo que me ha puesto.

—Ven a recogerme, mi jefe me está acosando —leo—. Lo siento, señorita Wallace, pero mi chica acaba de pedirme ayuda.

—¿Usted también tiene pareja?

—Por supuesto, una mujer sexy y atrevida que con solo mirarme me pone a mil por hora.

—Tiene suerte, entonces.

—Lo malo es que tiene un jefe que está demasiado salido y la está acosando en este momento, así que tendremos que posponer nuestro *affair* por ahora.

Cojo mi maletín y abro la puerta para que Audrey salga antes que yo. Esperamos pacientemente delante de los ascensores, pero en cuanto las puertas se cierran a nuestras espaldas dejo caer el maletín al suelo y aprisiono a Audrey contra la pared para besarla. Sus manos se pasean por debajo de la americana de mi traje, sacan mi camisa de los pantalones y entran en contacto con mi piel, provocándome un escalofrío.

—Me vuelves loco —susurro tomando aire para volver a besarla.

Mis manos aprisionan sus pechos para amasarlos y sus pezones se endurecen al momento, haciéndome desear morderlos. Estoy a mil por hora y sentir sus manos acariciándome está llevándome de cabeza a la locura. Abandono su boca por un momento para recorrer su cuello con pequeños besos húmedos que la hacen gemir de placer. Su piel arde tanto como la mía, sus ganas de llegar hasta el final son tan grandes como las que yo siento y desabrocho lentamente los botones de su camisa de seda.

Por suerte no hay nadie más en el edificio, porque de un golpe detengo el ascensor entre dos pisos para seguir saboreando sus pechos, sus pequeños pezones que me saben a gloria. Puedo ver cómo una gota de sudor corre por su cuello, cómo sus ojos quedan velados por el deseo y cómo su piel se eriza ante el contacto de mi boca, pero debo parar antes de que la cosa se desmadre demasiado.

Vuelvo a besarla después de poner el ascensor en marcha mientras abrocho de nuevo los botones de su camisa. Su lengua se enreda con la mía, sus manos acarician la piel de mi espalda y tengo que hacer uso de todo mi autocontrol para no terminar levantándola en peso para follármela, pero cuando suena la campana del primer piso la suelto y recojo el maletín del suelo.

—Te espero en el coche —susurro—. No tardes.

En cuanto entramos a mi apartamento se desata la locura. Pego mi boca a la suya con desesperación y me deshago de toda nuestra ropa en el camino al dormitorio. Ahora Audrey solo lleva puesto su conjunto de ropa interior y yo los bóxers, aunque no creo que duren mucho puestos. La recuesto sobre la cama y me tumbo a su lado para seguir besándola un poco más. Nuestras lenguas se entrelazan al igual que nuestras piernas y sus manos se pasean por mi espalda desnuda logrando que me recorra un escalofrío.

—¿Te rescato del jefe salido y piensas matarme? —bromeo.

—Tú estás más salido que él —ríe ella.

—Pero yo soy tu novio, tengo ese derecho.

Vuelvo a besarla y acaricio con los dedos uno de sus pechos a través de la tela del sujetador. Audrey suspira y arquea la espalda sujetándome de la nuca para que no rompa el beso. Estoy a mil, el juego del ascensor me ha puesto como una moto y ahora no soy capaz de ir despacio, así que desabrocho el sujetador y lo lanzo sobre mi cabeza antes de arrancarle de un tirón las bragas.

—No puedo esperar, nena... —susurro.

—¿Y quién te ha pedido que lo hagas?

Audrey se retuerce debajo de mí y se pone de rodillas en la cama para deshacerse de mis bóxers y sentarse a horcajadas sobre mis piernas. Mi polla queda aprisionada por su coñito húmedo e hinchado y tengo que morderme el labio para no gemir. Mis dedos se clavan en su cintura cuando se inclina para besarme, pero apenas roza mi boca con la suya antes de dejar un reguero de besos húmedos desde mi mejilla hasta mi pecho. Me está volviendo completamente loco y cuando eleva un poco las caderas no pierdo ni un segundo en entrar dentro de ella.

—¡Joder, sí! —gimo cuando empieza a moverse lentamente.

Sus caderas ondean dejándome salir casi por completo de su cuerpo antes de clavarme hasta el

fondo. Estar dentro de ella es inexplicablemente placentero, siento sus músculos aprisionar mi polla cada vez que me empalo en ella y aprieto los dientes para no terminar antes de tiempo. Observo sus tetas botar delante de mis ojos y alargo las manos para aprisionarlas, amasarlas y pellizcar sus pequeños pezones con la yema de los dedos. Audrey tiene los ojos cerrados y la respiración acelerada, sus labios están hinchados por mis besos y su pelo casi ha escapado por completo de su cola de caballo.

Me incorporo abrazándola con fuerza pegando su pecho al mío y alargo la mano para deshacerme de su coiletero y dejar su pelo suelto. En cuanto mi boca está a pocos centímetros de la suya Audrey pega sus labios a los míos y la explora fugazmente con la lengua, pequeños besos húmedos que me vuelven completamente loco. Su cuerpo está empapado de sudor, sus manos resbalan por mi espalda y me aprietan con fuerza contra ella cuando apoya su cabeza en mi hombro. Está a punto de correrse, puedo notarlo en la succión de su sexo, en la fuerza del agarre de sus manos y en la evolución de sus gemidos. La sujeto de la cintura y empiezo a moverla arriba y abajo con más rapidez, marcando ahora el ritmo, sintiéndome morir cuando su sexo se convulsiona a mi alrededor y ella grita mi nombre entre espasmos de placer.

Audrey queda laxa entre mis brazos y me detengo un momento para dejarla descansar. Beso inconscientemente su frente, su nariz y sus labios antes de tumbarla despacio sobre la cama y apoyar la cabeza en mi mano para observarla. Aún estoy cachondo, mi polla posiblemente explotará en cualquier momento si no logro llegar al orgasmo pero ahora mismo solo quiero mirarla. Audrey abre los ojos lentamente y sus labios dibujan una sonrisa perezosa que soy incapaz de no besar. Me incorporo para colocarme de nuevo sobre ella pero me sorprende empujándome del pecho y poniéndose a cuatro patas sobre la cama. Arquea su espalda hasta que sus pechos tocan el colchón y me mira por encima del hombro con una sonrisa traviesa.

—¿Pretendes matarme? —logro decir.

—Pretendo satisfacerte.

Sin pensármelo dos veces me pongo de rodillas detrás de ella, sujeto su cintura con fuerza y entro en ella lentamente, centímetro a centímetro. No puedo evitar empezar a moverme con fuerza, con rapidez, sintiendo el placer subir por mi espalda. Estoy a punto de correrme, puedo sentirlo, así que salgo de ella y la tumbo de espaldas sobre la cama para volver a entrar en ella.

—Mejor así —susurro antes de besarla.

Empiezo a moverme de nuevo mientras la beso. Mi lengua imita en su boca el movimiento de mi polla y mis manos son incapaces de quedarse quietas. Acaricio su mejilla, su cuello, su pecho desnudo, busco con mi boca la zona sensible que tiene debajo de la oreja y vuelvo a besarla cuando creo que ya no puedo más. Poco a poco el placer sube por mi espalda y me corro con un gemido, cayendo rendido a su lado.

No sé cuánto tiempo ha pasado cuando vuelvo a abrir los ojos. Audrey está acurrucada a mi lado, completamente dormida. Tiro de las sábanas para taparnos y permanezco un rato observándola. Acaricio sus pestañas con la yema del dedo, bajo por su mejilla hasta encontrar sus labios entreabiertos y no puedo evitar el impulso de besarlos. Apenas es un roce de los míos, lo suficiente para que Audrey abra los ojos y me mire con una sonrisa adormecida.

—Hola —susurra abrazándose a mi cintura.

—Sigue durmiendo.

Con un suspiro apoya la cabeza en la almohada, la abrazo con fuerza y me quedo completamente dormido.

El despertador suena a las seis de la mañana. Lo he puesto intencionadamente más temprano

para poder llevar a Audrey a casa antes de trabajar porque sé que necesita ir a cambiarse de ropa. Estiro la mano para encontrarme con la cama vacía, aunque las sábanas aún están calientes. Me siento de golpe pero me tranquilizo al ver que nuestra ropa sigue desperdigada por el suelo.

—¿Audrey? —pregunto.

—¡Un momento! —me llega desde el cuarto de baño.

Un par de minutos después aparece con una de mis camisetas a modo de camisón. ¿Por qué tiene que parecerme tan sexy ahora mismo? Un repentino instinto de posesión se apodera de mí y me inclino lo suficiente para tomarla de la muñeca y tirar de ella hasta dejarla sentada sobre mis piernas.

—¿Estabas poniéndote guapa? —bromeo.

En vez de contestarme, empieza a ponerse roja, arrancándome una carcajada.

—Para mí estás guapa de todas formas, Audrey —susurro en su oído.

—No me estaba poniendo guapa, me estaba aseando un poco.

—Creo que voy a llevarte hoy a trabajar con esa camiseta puesta —respondo mirándola pensativo—. Así todos sabrán que eres mía.

—Incumplirías nuestro trato.

—¿Y qué pasará si lo incumplo? No creo que seas capaz de cumplir tu amenaza de tenerme un mes sin sexo...

—No, pero pensaré en una compensación apropiada.

—¿Una compensación?

Mi mente calenturienta ya está pensando en todas las formas de compensarla sexualmente. Acaricio su cuello con la yema de los dedos antes de besarla. Lo que en un principio iba a ser un simple beso de buenos días pronto cobra un cariz más erótico y termino tumbándola sobre la cama de un solo movimiento. Mi mano sube por su muslo hasta encontrar la abertura de su sexo y hundo un dedo entre sus labios para comprobar que ya está húmeda y más que dispuesta.

Entro en ella de una sola embestida y comienzo a moverme lentamente. Mi boca sigue pegada a la suya, mis labios acarician los suyos y me bebo sus gemidos de placer. Audrey enreda sus piernas en mi cintura clavándome más profundamente en ella, volviéndome completamente loco. Mis caderas bombean dentro de su cuerpo cada vez más deprisa, sus piernas impulsan sus caderas para salirme al encuentro cada vez que mi polla sale de su cuerpo y me clavan en lo más profundo de su ser. Sus uñas han terminado haciéndome sangre, mis nudillos se han puesto blancos por la fuerza con la que agarro las sábanas a ambos lados de su cabeza y siento que voy a perder la cabeza en cualquier momento debido al placer.

Audrey arquea la espalda pegando su pecho al mío, sus músculos me succionan, me engullen, me exprimen cuando llega al orgasmo arrastrándome con ella. Esta vez no me puedo dar el lujo de descansar a su lado, así que tiro de su mano hasta el cuarto de baño y nos metemos en la ducha. Aunque solo con mirarla ya estoy imaginando las maravillas que podemos hacer debajo del chorro de agua caliente no hay tiempo para más, así que nos duchamos deprisa y bajamos al aparcamiento.

En vez de ir a su apartamento directamente paro primero frente a una cafetería para invitarla a desayunar.

—¿Por qué paras aquí? —pregunta ella desabrochándose el cinturón.

—Vamos a desayunar primero.

—¿Nos dará tiempo?

—Claro que sí. Además, siempre podemos buscar una excusa para llegar tarde al trabajo.

—¿En serio? —pregunta sonriendo— ¿Qué excusa podría ser convincente para que ambos lleguemos tarde?

—Que hemos ido a ver el nuevo edificio de la editorial.

—Lo tienes todo pensado, ¿verdad?

—Por supuesto —respondo besándola—. ¿Vamos?

—Es usted una mala influencia para mí, jefe de equipo.

Sus palabras dejan un sabor agrídulce en mi boca. No me acordaba de que Audrey no tiene ni idea de quién soy y estoy seguro de que se enfadará mucho cuando se entere de que se lo he ocultado. ¿Qué pasará si se lo digo ahora?

—Audrey, yo...

Mis palabras quedan interrumpidas por el sonido de un claxon. Giro la cabeza para ver que es Dominic que detiene su coche detrás del mío y se apoya en la ventanilla de Audrey con una sonrisa.

—¿Qué hacéis aquí juntos? —pregunta mirándome con la risa brillando en sus ojos.

—Venimos a desayunar, igual que tú —respondo.

—¿No fue anoche a casa, señorita Wallace?

—Hemos estado toda la noche trabajando —miento—. Iba a llevarla a que descansara un poco después de desayunar.

—Ha trabajado usted muy duro, será debidamente recompensada.

El hijo de la gran puta este se ha propuesto tocarme los huevos. Audrey sonrío y sale del coche cuando Dominic le abre la puerta como todo un caballero. Si ella supiera que de caballero no tiene ni el caballo... Pedimos nuestro desayuno y Dominic se sienta frente a mí con los brazos cruzados.

—¿Y qué habéis estado haciendo para pasaros toda la noche trabajando? —pregunta.

Audrey se atraganta con su café y me acerco para darle una servilleta, pero ella se aparta como si fuera a quemarse.

—Estoy bien, señor Goldman —susurra.

—Hemos estado leyendo manuscritos —explico a Dom sin apartar la mirada de ella—. Si queremos reflotar la editorial tenemos que publicar varios éxitos lo antes posible.

—¿Tenéis alguna novela seleccionada?

—Ya tenemos dos en revisión, señor Renaldi —responde Audrey—. Con suerte en un mes empezaremos la producción.

—¿Habéis encontrado una imprenta que se comprometa a firmar con nosotros en exclusiva?

—Tengo a mi equipo encargándose de ello —explico—. No tiene que preocuparse por nada.

Dominic sonrío dando un sorbo a su taza de café. No aparta su mirada de nosotros y está empezando a ponerme de mala leche, así que le hago un gesto con la cabeza y sigo desayunando.

—Voy a llevar a la señorita Wallace a su casa —digo cuando salimos de la cafetería—. ¿Vas a ir a la editorial?

—Tengo unos asuntos que arreglar antes —explica Dominic—. Te veo a la hora de comer.

Se vuelve hacia Audrey y estrecha su mano con suavidad, logrando que me den ganas de arrancársela de cuajo.

—Tómese el día libre, Audrey —ronronea—. Ya ha trabajado suficiente por hoy.

En cuanto ella se sube en el coche miro a mi amigo con el ceño fruncido.

—¿Qué? —ríe él con las manos en los bolsillos.

—Te estás pasando.

—¿Por qué? ¿Por ser amable con una empleada que trabaja duro?

—No vuelvas a tocarla.

—¿De quién no te fías? ¿De ella o de mí?

—Sé que lo estás haciendo porque te encanta sacarme de quicio, así que déjalo ya.

—¿Y perderme la diversión? Creo que me está gustando mucho verte con una mujer, Dan.

Dicho esto, el cabrón se aleja silbando, dejándome aún más cabreado que antes.

Capítulo 8

Arranco el coche en cuanto me pongo el cinturón. No sé qué coño está tramando mi amigo pero no me gusta nada en absoluto. Audrey me mira sin decir una palabra, así que sujeto su mano con la que me queda libre y le sonrío tranquilizadamente.

—Te llevo a casa —susurro—. Aprovecha para descansar.

—He dormido perfectamente bien, Daniel. Vamos a trabajar.

—¿Estás segura?

—Por supuesto. Tenemos que adelantar algo más de trabajo si queremos que los libros salgan pronto al mercado.

—De acuerdo. Voy a reunirme con el equipo de marketing para ir planificando la publicidad del primer libro. ¿Quieres venir conmigo?

Ella asiente con una sonrisa.

—Tengo algunas ideas al respecto.

—Y te preocupaba que te regalase el puesto por nuestra relación... —digo con una mueca.

—Es por eso que no me voy a quedar en casa aunque me lo haya dicho el director —bromea ella.

En cuanto llegamos a la empresa todas las miradas se centran en nosotros y los cuchicheos no tardan en aparecer. ¿Esta gente es que solo piensa en chismorrear?

—¿Qué hacen que no están trabajando? —protesto entrando en el despacho.

Audrey me sigue y cierra la puerta a sus espaldas para ponerse a mirarme con el ceño fruncido y los brazos en jarras.

—¿Qué? —pregunto quitándome la chaqueta.

—¿Por qué has hecho eso?

—¿Por qué he hecho qué?

—Has llamado más la atención sobre nosotros. Ahora todos se preguntarán por qué te molesta tanto que nos miren.

—Audrey, no seas susceptible. Si no son muy tontos sabrán que lo he hecho porque me molesta que pierdan el tiempo en cosas inútiles.

—¿En serio crees que eso es lo que van a pensar?

A la mierda, ya estoy harto de esto así que me levanto de la silla y la cojo de la muñeca para tirar de ella hasta la zona de oficinas.

—La señorita Wallace y yo estamos saliendo juntos —confieso—. ¿Alguien tiene algo que objetar?

Aunque se miran entre sí con asombro nadie dice ni media palabra. Audrey me mira con la boca abierta pero tampoco dice nada. Sé que después me va a caer una buena bronca, pero ya estoy hasta la polla de esconderme.

—Quiero dejar clara una cosa —continúo—. Tengo la intención de nombrarla editora jefe, no por nuestra relación sino por el gran trabajo que está haciendo en esta empresa desde que llegué. Si alguien tiene que decir algo al respecto que venga a verme a mi oficina.

Dicho esto tiro de Audrey de nuevo hasta nuestra oficina, cierro la puerta con cerrojo y la apoyo contra ella para besarla.

—Se acabó el andarnos con cuidado en la oficina —digo entre besos—. Se acabó el escondernos y el no poder besarte cuando me dé la gana.

—Te dije que no quería que lo supieran —protesta ella.

—Solo son nuestros compañeros de trabajo, Audrey. No es que me haya presentado en tu casa para pedir permiso a tus padres.

—Aun así...

—No te lo tomes tan a la tremenda, nena... esto tenía que pasar tarde o temprano.

—Has incumplido el trato —susurra ella sin dejar de mirarme.

—A la mierda nuestro trato, Audrey —protesto—. No estamos haciendo nada malo ni nada que haya que esconder.

—Me debes una compensación.

—Y te voy a compensar con creces... este fin de semana.

Ella sonrío y vuelve a su mesa, pero antes de sentarse tira de mi corbata para bajar mi cabeza y besarme.

—Realmente yo también me estaba casando de esconderlo —dice sin más.

Niego con la cabeza y vuelvo al trabajo. Una hora después tenemos la reunión con el equipo de marketing para idear un plan efectivo que logre catapultar nuestros libros a los primeros puestos de las listas de ventas.

—Normalmente las editoriales utilizan actores desconocidos para sus booktrailers porque son más económicos —dice Audrey—, pero nosotros no podemos escatimar a la hora de publicitarnos.

—¿Tienes algo en mente? —pregunto.

—Debemos contratar actores o modelos conocidos. Incluso un *influencer* famoso nos valdría —sugiere—. Si esa persona famosa diera a conocer el booktrailer en sus redes sociales sus seguidores se animarían a comprar nuestros libros.

—Nuestro presupuesto es limitado —informo—. Casi todo el dinero se ha ido en el edificio editorial.

—Podemos empezar con algún *influencer* y dejar a los actores para más adelante.

—¿Tienes a alguien en mente?

—Para el libro de romántica deberíamos pensar en un hombre, dado que la gran mayoría de ese género son lectoras.

—¿Conoces a alguien que se preste a hacerlo?

—He oído que hay un coreano bastante famoso en Youtube que es accesible y a quien le encanta leer. Tal vez si nos ponemos en contacto con él...

—Muy bien, ocúpate de ello. Mientras tanto el resto debe pensar en un video que deje al lector con ganas de leer la historia. Sin revelar demasiado debéis ser capaces de lograrlo.

Cuando termina la reunión cojo a Audrey de la mano para caminar hasta la oficina, pero ella se suelta y me mira con severidad.

—¿Qué? —protesto— Ya no tenemos que escondernos.

—Estamos en el trabajo, debemos ser profesionales.

—¿Qué tiene que ver la profesionalidad con que te coja de la mano?

—Aunque todos sepan que estamos saliendo quiero que mantengamos las distancias, al menos donde otros puedan vernos.

—Eres de piedra, Audrey. En serio que no sé cómo he podido fijarme en ti —bromeo.

—Supongo que el hecho de salvarte la vida tuvo mucho que ver en ello —responde ella

siguiendo la broma.

—Estoy empezando a pensar que ese no es motivo suficiente para tener una relación.

Ella sonríe y camina a mi lado hasta la oficina, permitiéndome acariciar levemente su cintura un par de veces para cederle paso. Me paso el resto del día encerrado en la oficina revisando los demás manuscritos mientras ella se ocupa del asunto del coreano, aunque para ser francos no me gusta demasiado la idea de que se reúna con un hombre sin estar yo delante.

El sonido de mi teléfono me hace fruncir el ceño.  Qu  coño quiere mi madre a estas horas?

—Dime, mamá —respondo al descolgar.

— Est s libre esta noche?

—Depende.

—Quiero cenar con mi hijo.

— Quieres cenar conmigo o me has arreglado otra cita a ciegas?

—Tienes que casarte —responde ella enfurru ada.

— No me habías preparado una cita para el sábado?

—La he adelantado a esta noche.

— Por qué no puedes dejarme a mí ocuparme de ello?  Crees que no soy capaz de encontrar a alguien cuando crea que es el momento?

—El caso es que para ti nunca es el momento y el tiempo sigue corriendo en tu contra.

—Vas a conseguir que no me case nunca solo para llevarte la contraria —protesto.

—Tres citas a ciegas —se apresura a ofrecer—. Ve a tres citas a ciegas más y si ninguna de las chicas que te presento te agrada dejar  el tema para siempre.

— Por qué tres?

—Porque ya he hablado con los padres de esas tres chicas —confiesa arrancándome un suspiro.

—Eres la hostia, en serio.  Prometes que no volverás a meterte en mi vida amorosa si voy a esas tres citas?

—Lo prometo. Si ninguna de las tres chicas te parece adecuada no volver  a entrometerme en tu vida.

—Muy bien, har  lo que quieres.

—Esta noche a las ocho tienes la primera.

—Está bien —suspiro.

—Debes ser agradable y llegar hasta el final de la cita en cada una de ellas —advierte.

— Y cuál, según t , es el final de la cita?

— Acaso nunca has tenido una cita por tu cuenta? S  amable, cena con ella y acomp nala a su casa como un caballero.

—Muy bien, mamá, la acompa ar  a su casa. Ahora voy a seguir trabajando.

Cuelgo el teléfono con un suspiro.  Por qué mi madre tiene que llegar tan lejos siempre? Por suerte es alguien que siempre cumple sus promesas, así que solo tengo que acudir a tres cenas más para que me deje en paz de una vez. S  que no es justo para Audrey pero necesito hacer esto para poder salir con ella sin interrupciones. Salgo de la oficina para ir a ver a Dominic, ahora mismo estoy hecho un l o y necesito su consejo al respecto.

Cuando entro en su despacho le encuentro con su secretaria sentada a horcajadas sobre sus piernas y la camisa desabrochada.

— Joder, Dom! —protesto dándome la vuelta—  No puedes hacer eso en tus horas libres?

Dominic sonríe por respuesta y besa a la mujer en la boca antes de apartarla de su regazo. Ella

pasa por mi lado avergonzada abrochándose los botones de la camisa.

—No voy a despedirte porque sé que es culpa de este cabrón —le digo—, pero que no se repita.

—Gracias, señor Goldman —susurra ella antes de correr hasta la puerta.

—¿Qué haces aquí? —pregunta rehaciendo el nudo de su corbata— ¿No tienes suficiente trabajo en la editorial?

—Mi madre me ha llamado —suspiro dejándome caer en el sofá.

—¿Qué quiere la vieja bruja esta vez?

—Me ha organizado otra cita a ciegas para esta noche.

—¿Y vas a ir?

—Tengo que hacerlo, si acudo a tres citas más y ninguna de las mujeres me convence dejará de insistir.

—¿Y qué pasa con Audrey?

—No puede enterarse.

—¿No crees que debería decírselo? ¿Qué pasa si te descubre?

—Le dije que tendría una cita el sábado y se enfadó muchísimo, si le digo esto seguro que me deja... aunque me dejará igualmente cuando le confiese quién soy.

—¿Aún no se lo has contado?

—No he tenido el valor suficiente.

—Tendrás que hacerlo algún día, Dan.

—¿Crees que no lo sé?

—Cuanto más tardes en hacerlo más traicionada se sentirá.

—¿Y qué debo decirle? ¿"Soy el heredero de *CRC International* y tengo que acudir a tres citas a ciegas para que mi madre me deje en paz y podamos salir juntos tranquilamente"?

—Empieza por decirle quién eres, lo demás es secundario.

—¿Secundario? Si me pilla cenando con otra se acabó.

—Mierda, Dan... Es que deberías habérselo dicho en cuanto la viste en la editorial si tenías pensado salir con ella.

—¿Crees que no lo sé? ¡Dios, me voy a volver loco!

—Realmente te gusta esa mujer, ¿eh?

—Sí, me gusta mucho, así que deja de joderme intentando seducirla.

—¿En serio crees que sería capaz de hacerte algo así?

—Sé que no lo harías, Dom. También sé que tu intención es cabrearme pero eso no quita que quiera estrangularte cada vez que lo haces.

—¿Qué vas a decirle sobre esta noche?

—No tengo ni idea.

—Dile que tu madre ha adelantado la cita del sábado por el momento como ya se enfadó por eso no tiene sentido que vuelva a hacerlo. Explícale lo de las otras dos citas después.

—Es una opción.

—O puedes decirle que tienes una cena de empresa conmigo. Ya solucionaremos el resto más adelante.

Asiento y me tumbo en el sofá con un suspiro. Me mata mentirle, en serio, pero no me queda otra opción por ahora.

—Podría ir yo en tu lugar —dice de repente Dominic.

—¿Crees que alguna de esas mujeres no conocerá mi cara? Todas ellas se habrán informado

muy bien sobre mí, Dom. Ni siquiera entiendo cómo es que Audrey no me ha reconocido.

—Supongo que no le gusta la prensa del corazón.

—No solo salgo en revistas de cotilleos, capullo.

—Normalmente eres noticia por tus líos amorosos, todo el mundo está deseando saber con quién se casará Daniel Goldman.

—En momentos como este te envidio.

—¿A mí? —ríe Dom.

—Puedes casarte con la mujer que quieras sin pensar en su cuenta corriente o sus conexiones.

Ojalá pudiera hacer lo mismo.

—¿Crees que no podrás hacerlo?

—Creo que mis padres me lo van a poner muy difícil.

—Entonces, ¿por qué sales con Audrey?

—Porque haré todo lo posible para que ocurra un milagro.

Cuando llego de nuevo a la editorial Audrey no está por ningún sitio aunque su bolso sigue colgado en el perchero de nuestro despacho. Tras buscarla por todas partes la encuentro en la terraza bebiendo una taza de café. Me acerco a ella con paso decidido y cubro sus hombros con mi chaqueta para que deje de temblar, porque aquí arriba hace bastante frío.

—¿Qué haces aquí? —pregunto.

—Estaba pensando.

—¿Compartes tus pensamientos conmigo?

—La persona con la que me he reunido esta mañana no puede hacer el booktrailer, vuelve en unos días a Corea para protagonizar un drama.

—¿No decías que era *influencer*?

—*Influencer*, cantante y actor. Parece que en ese país todos los famosos son pluriempleados —responde con un suspiro.

—¿Cuántos días faltan para que se marche?

—Tres, ¿por qué?

—¿Qué te parece si en vez de grabar un vídeo hacemos una sesión de fotos?

—¿En tres días? Debes estar loco.

—Piensa en ello, podemos hacerlas en un estudio y añadir más tarde los escenarios. Solo necesitamos a los protagonistas para hacerlo.

—¿Y únicamente saldrán los protagonistas en el booktrailer?

—No tiene que ser demasiado complicado encontrar chicos que encarnen a los personajes secundarios, hay muchas agencias de modelos en las que podemos preguntar.

—Es una locura...

—Deja de decir eso, ¿quieres? Me pondré de inmediato con Adrian a pensar en las escenas del booktrailer mientras tú hablas con el actor principal y buscas al resto de actores.

—Traeré algo de cenar cuando vuelva, supongo que tendremos que quedarnos trabajando toda la noche.

Llegó la hora de la verdad... trago saliva y cojo sus manos entre las mías para confesarle que tengo una cita a ciegas esta misma noche.

—Respecto a esta noche había algo que quería contarte.

—¿Qué pasa?

La miro un momento antes de responder. ¿Por qué estoy tan acojonado ahora mismo? No soy capaz de afrontar otra discusión con ella ahora mismo, así que decido mentirle de nuevo.

—Tengo que acudir a una cena de negocios con Dominic —digo—. Normalmente la cosa suele alargarse bastante.

—Muy bien, no te preocupes. Me ocuparé yo de todo con Adrian esta noche.

—No quiero que te quedes a solas con él —protesto.

—No va a pasar nada —me tranquiliza—. ¿Crees que no soy capaz de ponerle freno a los avances de un hombre porque no te los puse a ti?

—No estoy diciendo eso...

—Ve tranquilo a tu cena con el señor Renaldi, en cuanto terminemos con el trabajo me iré a casa.

—Si termino pronto vendré a recogerte.

—Si terminas pronto te vas a casa y descansas —ordena—. Nos veremos mañana por la mañana.

—Al menos llámame cuando llegues a casa, ¿mmm?

—Te enviaré un whatsapp.

—Eres una negociadora implacable —protesto enlazando su cintura con los brazos—. No hay manera de sacarte ventaja.

—Me temo que no, señor Goldman. ¿Va a besarme ya o va a seguir hablando?

Acerco mi boca a la suya con una sonrisa pero la desvío hasta su frente cuando estoy a escasos milímetros de ella. Audrey tira de mi corbata y se pone de puntillas para recibir su beso, arrancándome una sonrisa. Joder... ahora mismo me estoy sintiendo como una puta mierda por seguir mintiéndole, pero no tengo más remedio si quiero que las cosas sigan bien entre nosotros. Espero que cuando llegue la hora de decirle la verdad toda este amasijo de mentiras no termine explotándose en la cara, porque si de algo estoy seguro ahora es de que quiero seguir explorando mi relación con ella.

Cuando rompo el beso Audrey apoya la cabeza en mi pecho con un suspiro.

—Está empezando a gustarme esto de salir con el jefe... —susurra.

—¿En serio? —Asiente.

—Tiene su punto eso de buscar rincones desiertos para hacer travesuras.

—Sabes que aquí no viene nadie, ¿mmm? —ronroneo aprisionándola contra la pared.

—Normalmente algunos suben aquí a fumar —me contradice.

—¿Y no te da morbo? —Meto la mano por debajo de su falda—. Podrían pillarnos mientras te follo...

—¿Te has vuelto loco? —protesta intentando apartar mi mano— No me gusta para nada que me miren mientras hago el amor contigo.

—Lástima —chisto apartando la mano—. Yo que me había hecho ilusiones de echar uno rapidito antes de ponernos a trabajar...

—¿No tuviste bastante anoche?

—Jamás tengo bastante cuando se trata de ti.

Capítulo 9

Llego al hotel donde mi madre suele organizarme las citas diez minutos antes de la hora. La camarera me lleva a la mesa acostumbrada y me sirve una copa de mi vino favorito mientras espero a que mi cita aparezca. Aprieto los dientes al pensar que esta vez tengo que ser educado y amable con ella, porque la verdad es que me siento ahora mismo como si fuera la peor persona del mundo. No puedo quitarme a Audrey de la cabeza, aunque solo voy a cenar con otra mujer siento que la estoy engañando y tengo un dolor en la boca del estómago que me impide relajarme.

La chica en cuestión llega cinco minutos tarde. Sé que se llama Cyntia Johnson por el informe de mi madre. Su familia posee una fortuna de más de veintiocho billones de dólares, razón por la cual pretenden casarme con ella. No es demasiado alta, tiene una figura de escándalo y además es bastante guapa, pero su belleza queda completamente eclipsada por la de la mujer que siempre ocupa mis pensamientos. Me levanto para saludarla y le retiro la silla como todo un caballero.

—Me siento un poco incómoda con esto —reconoce—. Nunca había acudido a una cita a ciegas.

—Relájese, solo vamos a cenar juntos mientras nos conocemos un poco mejor —respondo sonriendo—. ¿Se dedica usted al negocio familiar, señorita Johnson?

—No, tengo dos hermanos que se ocupan de ello. Yo tengo la suerte de ser la niña mimada de ambos y he logrado poder montar mi propia empresa de cosméticos.

—Así que es una chica emprendedora...

—Me gusta pensar que así es, no quiero depender demasiado de la fortuna familiar.

—En eso nos parecemos, aunque trabajo para la empresa de mi familia espero poder desvincularme pronto de ella.

—Usted lo tiene más difícil ya que es el hijo mayor.

—Por suerte mi hermano menor está estudiando muy duro para poder tomar mi puesto cuando llegue el momento. A él sí le interesa el negocio familiar y tengo toda la intención de cedérselo por completo.

—Se lleva bien con su hermano, por lo que veo.

—Aunque llevamos varios años sin vernos debido a sus estudios nos llevamos bastante bien. ¿Sus hermanos se llevan bien entre ellos?

—A veces —responde con una sonrisa—. Aunque cada uno tiene asignado un campo determinado dentro de la empresa siempre hay aspectos por los que terminan peleando.

—Supongo que es raro que no se den ese tipo de situaciones en una familia como las nuestras.

—Mi hermano mayor se parece demasiado a mi padre, es serio y responsable mientras que mi otro hermano prefiere vivir la vida. Eso siempre es motivo de discusiones entre ellos.

—Y supongo que usted será la que medie entre los dos.

—Ese es mi triste papel, sí.

—Es una suerte que la tengan —comento con una sonrisa sincera—. Los negocios no deberían interponerse en una relación filial.

Ella asiente y centra tímidamente su atención en la carta. Cuando el camarero se marcha después de tomar nuestro pedido Cyntia se apoya en la mesa con las manos cruzadas bajo la barbilla.

—¿Puedo ser honesta con usted, señor Goldman? —pregunta.

—Por favor...

—Aunque mi padre insista en hacerme desfilas por infinidad de citas a ciegas no tengo ninguna intención de casarme con ninguno de esos hombres. Seré yo quien decida con quién voy a casarme.

Sonríó bebiendo un sorbo de vino.

—Creo que es la mujer que más me gusta de todas las que me ha presentado mi madre — respondo acercándome a ella—, porque la verdad es que yo tampoco pienso casarme con nadie a quien no haya elegido yo mismo.

—Tampoco es necesario que me lleve a casa, mi novio vendrá a recogerme cuando le avise.

—En ese caso, disfrutemos de la comida y la conversación como dos buenos amigos, ¿le parece?

Ella asiente y continúa cenando, ahora mucho más relajada que antes.

—¿Puedo preguntarle algo? —pregunto de repente.

—Por supuesto. ¿Qué le preocupa?

—¿Cómo sabe que me preocupa algo?

—Es evidente con solo mirarle a la cara. Ha estado usted muy pensativo desde que llegué.

—Tiene usted razón, hay algo que me preocupa bastante.

—Cuénteme, intentaré ayudarle en lo que pueda.

—He de reconocer que también tengo novia y me siento culpable por haberle ocultado que debía acudir hoy aquí.

—¿Por qué no se lo ha dicho?

—Porque la vez anterior tuvimos una discusión.

—Mi novio tampoco se lo tomó nada bien al principio, incluso estuvimos a punto de romper. Es normal que se sientan inseguros cuando no saben si cederemos a los deseos de nuestros padres, señor Goldman.

—Por favor, llámame Daniel. Ahora somos amigos —respondo con una sonrisa—. ¿Cómo arregló el problema?

—Demostrándole lo mucho que le quiero y que puede confiar en mí.

—Me alegro de que todo le saliera bien con él.

—Él empezó a salir conmigo sabiendo quién soy, no le oculté nada y aun así decidió apostar por lo nuestro.

—Ella en realidad Audrey no sabe quién soy realmente, cree que solo soy un empleado de la empresa de mi padre.

—¿Y por qué no le ha dicho la verdad?

—Trabaja para una de las empresas que estoy reestructurando personalmente y pensé que el personal se sentiría más intimidado si sabían que soy el presidente de la compañía.

—Es hora de que le diga la verdad. Su mentira puede ser interpretada por ella como falta de confianza entre los dos.

—Temo que me deje cuando le confiese la verdad.

—Señor Goldman... una relación basada en el engaño no tiene futuro. Si realmente le importa esa mujer debería confesarle quién es en realidad y confiar en que usted le importe a ella lo suficiente como aguantar la situación.

—Pero todo esto será muy difícil para ella y no quiero que sufra por mi culpa.

—¿Querría usted sinceridad si fuera al contrario? —pregunta— ¿Cómo se sentiría si

descubriera que ella le ha engañado aunque lo hiciera por su propio bien?

—Creo que terminaría volviéndome loco —respondo con una sonrisa.

—Dígaselo a su novia —me aconseja—, si la pierde después de eso será porque después de todo ella no es la indicada para usted.

Nos pasamos el resto de la cena charlando animadamente. A diferencia de lo que piensan nuestros padres no hace falta el matrimonio para tener buenas conexiones, sino hacer buenos amigos y nosotros vamos por bastante buen camino al respecto. Cyntia es una gran mujer con unos valores admirables, incluso su novio me resulta totalmente inesperado. Todas las chicas de su posición buscarían guapos modelos de revista a los que exhibir, pero Mathew es un nombre completamente normal.

Al final me he animado a tomar una copa con ellos y llego a casa a las dos de la madrugada con la sensación de que esta noche no ha sido un completo desastre. Me tumbo en la cama mirando al techo y mis pensamientos vuelan inmediatamente hacia Audrey. La echo de menos a pesar de que no hace demasiado que nos hemos visto y me gustaría tenerla ahora mismo a mi lado. Por suerte estoy preparando irnos de viaje este fin de semana y pasar tres días juntos sin pensar en nada más. ¿Debería aprovechar la situación para confesarle quién soy?

Cuando suena el despertador a la mañana siguiente apenas he podido pegar ojo. Me doy una ducha y me dirijo a la oficina temprano para dejar todo el trabajo hecho y poder escaparnos el viernes. Audrey llega a las ocho en punto con dos cafés y me entrega uno con una sonrisa, pero en vez de dejarla escapar hasta su mesa tiro de su muñeca para dejarla sentada sobre mis rodillas y poder besarla.

—Se le olvida muy fácilmente mantener tus manos quietas en el trabajo, señor Goldman —protesta ella.

—Te eché mucho de menos anoche —reconozco.

—¿Qué tal la cena con el director?

—Aburrida, como siempre.

—Yo estuve buscando un novio sustituto pero no tuve éxito.

Me revienta que diga eso y debe notarlo en mi expresión, porque sonrío y me besa el ceño fruncido.

—Solo estoy bromeando, tonto —susurra besándome en la boca—. Estuvimos trabajando hasta las once y me fui en taxi a casa.

Ahora me siento culpable. ¿Cómo podría enfadarme por pasar tiempo con Adrián trabajando si yo estuve en una cita a ciegas con otra mujer? Sonríe intentando tranquilizarla y la abrazo con fuerza enterrando la nariz en su pelo.

—¿Qué te pasa? —pregunta ella apartándose para mirarme con preocupación.

—Nada... es solo que no he dormido demasiado.

—¿Ha pasado algo con la empresa?

—En realidad no, todo va según lo previsto y Dominic está bastante satisfecho con nuestros resultados.

—Es un alivio.

—¿Qué te parece si este fin de semana nos escapamos del trabajo y nos vamos a pasar el fin de semana a la paya?

—Queda mucho por hacer aún, Daniel. No podemos marcharnos así como así.

—La sesión de fotos es mañana y lo tenemos todo organizado, después de eso podemos tomarnos un respiro.

—¿En serio? Aún hay que preparar muchas cosas y no me siento cómoda tomándome un descanso.

—¿No crees que tú y yo ya hemos hecho suficiente? Se lo hemos dado todo en bandeja, nena, ahora que trabajen ellos.

—Aun así no creo que esté bien perder un día de trabajo. ¿Por qué no nos vamos mejor el sábado?

—Ya le he pedido permiso a Dominic y no ha habido ningún problema, él mismo vendrá a ocuparse de la editorial por nosotros.

—Aún me pregunto que has hecho para tener un amigo como él.

—¿Ser un buen chico? —bromeo.

—Permítame que me ría.

—¿Crees que no lo soy?

—Sí, lo creo. Eres un seductor nato y apuesto a que siempre has estado demostrando tus encantos a toda mujer bonita que se te ha puesto por delante.

—He cambiado —respondo con una sonrisa traviesa—. Ahora solo quiero demostrárselos a una mujer.

—¿Y piensas que ella caerá rendida a tus encantos por eso?

—Eso espero.

—Está usted muy equivocado, señor Goldman —ronronea ella acercando su pelvis a la mía—. Aquí el único seducido ha sido usted.

Une su boca a la mía y enreda los brazos en mi cuello arrancándome un gemido. Joder... ahora mismo quiero sentarla sobre la mesa de café para enterrarme en ella, pero aún queda mucho que hacer en referencia al booktrailer de la novela romántica y tenemos una reunión con el protagonista dentro de media hora. Paso una de mis manos por su espalda hasta agarrarla de la nuca y profundizo el beso lo suficiente como para anticipar lo que va a venir justo después de trabajar. Cuando nos separamos ambos tenemos la respiración acelerada y puedo ver el pulso de mi novia latiendo en su cuello.

—Esta noche más, lo prometo —susurro apartándome de ella—. Creo que voy a subir a tomar un poco el aire a la azotea, ahora mismo no puedo ni pensar.

Ella ríe y vuelve a su escritorio para empezar a trabajar. El actor-modelo-cantante coreano llega puntual a nuestra cita acompañado de un traductor que apenas utiliza en toda la entrevista porque habla inglés bastante bien. Por suerte decide aceptar trabajar con nosotros porque le parece algo divertido aunque la cantidad de dinero que le ofrecemos no cubre ni de lejos su caché. Cuando salimos de la reunión le mando un whatsapp a mi amigo para quedar con él a la hora de comer y me pongo con el resto del trabajo. Dominic llega puntual como siempre y nos vamos al restaurante más cercano a comer.

—¿Te das cuenta de que últimamente quedas más conmigo que de costumbre?

—No puedo arriesgarme a que alguien me escuche darte órdenes por teléfono y termine descubriendo quién soy antes de que se lo diga a Audrey.

—¿Tú no querías trabajar de incógnito?

—Es una puta mierda —reconozco—. Recuérdamelo la próxima vez que se me ocurra hacer una gilipollez como esta.

—Será un placer. ¿Por qué querías verme?

—Necesito que mañana te hagas cargo de la editorial por mí.

—¿Vas a escaquearte?

—Quiero llevarme a Audrey unos días a la playa y no puedo dejar a los incompetentes sin supervisión.

—No hay problema, las cosas están bastante tranquilas por la empresa y me aburro un poco.

—Les voy a dejar trabajo que hacer para que solo tengas que venir a sentarte en mi escritorio a jugar al *Minecraft*, así que indirectamente también será un día de descanso para ti.

—Entonces creo que me traeré a mi secretaria —bromea—. Tengo en mente un entretenimiento más interesante que el juego.

—¿Quieres que la despida? —pregunto sonriendo.

—Eres un capullo, desde que nos pillaste el otro día no me deja que le ponga un dedo encima dentro de la empresa.

—Como tiene que ser, tienes tiempo de sobra de jugar con ella cuando salís del trabajo.

—Tú juegas en el trabajo con Audrey si no recuerdo mal...

—Audrey es mi novia, no un polvo por aburrimiento.

—¡Vaya! Se te llena la boca llamándola novia —bromea—. Te has vuelto todo un hombre, Dan.

—Vete un poquito a la mierda, anda.

—¿Dónde vais a ir?

—A mi casa de *Pacific Grove* aunque le diré que es tu casa.

—Y continúan las mentiras...

—Estoy pensando si confesarle quién soy en realidad en este viaje.

—¿Por eso te la llevas allí? ¿Para que no pueda escapar de ti?

—La llevo allí porque el sitio es romántico, capullo. Creo que me estoy enamorando de ella.

Mi amigo me mira con los ojos abiertos como platos, pero en vez de contestar sigue comiendo en silencio.

—¿Tanto te sorprende mi confesión? —pregunto sonriendo.

—La verdad es que sí —reconoce—. Para serte sincero nunca pensé escucharte decir esas palabras, eras demasiado mujeriego para llegar a esto.

—Supongo que ella me ha cambiado.

—¿Y qué piensas hacer?

—Ya te lo he dicho, voy a decirle de una vez quién soy.

—No me refiero a eso.

—¿Entonces a qué?

—¿Crees que tu madre se quedará de brazos cruzados y te permitirá casarte con ella?

—¿Quién está hablando de matrimonio, tío? Aún es pronto para pensar en esas cosas, acabo de darme cuenta de que me estoy enamorando de ella.

—Precisamente tú no puedes permitirte el lujo de no hacerlo, Dan. Sabes que tarde o temprano tu madre te va a obligar a casarte.

—Ha prometido que dejará de insistir en ello después de las tres citas a ciegas a las que me he comprometido.

—¿Y tú te lo has creído?

Miro a mi amigo y concentro mi atención en la comida. Dominic tiene razón, mi madre no es alguien que se dé por vencida, pero yo no tengo la intención de dejar a Audrey porque ella me lo diga.

Capítulo 10

Tras cuatro horas de avión llegamos a *Pacific Grove*, a la casa de vacaciones de mi familia. Aunque aún no es verano pienso disfrutar con Audrey de cuatro días de tranquilidad después del ajetreo del trabajo. Anoche no pude pegar ojo pensando en las palabras de Dominic, que tiene toda la razón. Mi madre no es alguien que se dé por vencida tan a la ligera y temo que descubra que estoy saliendo con Audrey porque no sé de lo que sería capaz.

Vuelvo la cabeza hasta el asiento de al lado. No estoy acostumbrado a volar en clase turista y he pasado un vuelo de mierda, pero merece la pena al ver el rostro dormido de mi chica sobre mi hombro. Acaricio su mejilla con la yema de los dedos y ella abre los ojos lentamente dibujando en sus labios una sonrisa soñolienta.

—Ya casi llegamos —susurro.

Ella estira el cuello para besarme y aunque apenas es un roce de labios mi sangre empieza a bullir deseando mucho más. Me aparto de ella con suavidad y Audrey vuelve a apoyar su cabeza en mi hombro con un suspiro.

—Es un alivio no tener que mantener las distancias —suspira.

—Ya no tenemos que hacerlo tampoco en el trabajo —protesto.

—Aunque hayas confesado que tenemos una relación no pienso dejarte que me beses por los pasillos.

—¿Y eso por qué?

—Porque no hay que mezclar los negocios con el placer.

—¿Siempre eres tan profesional?

—Por supuesto, por eso mi jefe va a nombrarme editora jefe.

—Tipo listo tu jefe.

—Aunque a veces me dan ganas de estrangularte es un gran jefe, pero no se lo digas vaya a ser que se lo crea.

Sonrío y concentro mi atención en el libro que estoy leyendo. En cuanto bajamos del avión me acerco a una agencia de alquiler de coches para hacernos con un vehículo aunque tengo un coche y una moto en el garaje de casa. He decidido decirle que la casa pertenece a Dominic por el momento, no quiero que sospeche nada hasta que le cuente la verdad y ahora mismo no estoy muy seguro de querer hacerlo en este viaje.

—Creo que voy a dejarte para salir con el señor Renaldi —bromea ella al entrar en la casa.

Es una casa de estilo playero de tres habitaciones, con enormes cristaleras que dan a la playa y una gran terraza.

—¡Vaya! —exclama Audrey— Es preciosa.

—Sabía que te gustaría —respondo abrazándola por detrás—. Vamos arriba, te enseñaré la habitación.

En cuanto entramos en mi habitación cierro la puerta a mis espaldas. Audrey ha abierto las puertas de los armarios para guardar su ropa y aunque debería hacer lo mismo no puedo dejar de mirarla. Me gusta ver sus camisetas colgadas en mi armario, sus productos de belleza esparcidos en mi cuarto de baño y su ropa interior en los cajones de mi mesita de noche. Quiero tener todo eso también en mi vida diaria, quiero que la existencia de mi chica quede plasmada igualmente en mi

casa.

Me acerco a ella lentamente cuando ha terminado de deshacer su maleta, la pongo en el suelo y la tumbo a ella en la cama acostándome a su lado. Aparto un mechón de pelo que se ha escapado de su coleta de su mejilla y la beso fugazmente en los labios una y otra vez, porque soy incapaz de parar.

—Deberías guardar tu ropa primero —susurra enredando sus brazos en mi cuello.

—No le va a pasar nada por esperar ahí un par de horas.

—Se arrugará.

—Sé planchar.

La aprieto con fuerza contra mi cuerpo y atrapo sus labios con los míos, esta vez como realmente quiero hacerlo. En cuanto su lengua toca la mía Audrey deja escapar un suspiro como si hubiera estado esperando este momento tanto como yo.

—Creo que no vamos a salir mucho de esta cama —susurro deslizando mis besos hasta su cuello—. Voy a pasarme todo el fin de semana haciéndote el amor.

—Espero que esta no sea la cama del señor Renaldi —dice ella incorporándose de repente, haciéndome reír a carcajadas.

—No lo es, no... Es el cuarto de invitados.

Vuelvo a unir mi boca a la suya sin pensar demasiado en el enredo de mentiras que sigo tejiendo a mi alrededor, porque lo que ahora mismo quiero es poder enterrarme en ella. Me siento en la cama con la espalda apoyada en el cabecero y tiro de ella para sentarla a horcajadas sobre mis piernas. Continúo besándola mientras acaricio la piel de su espalda bajo el jersey, desabrochándole el sujetador en el proceso. Paso mis manos por sus costados hasta alcanzar sus preciosas tetas, suaves y calientes. En cuanto mis dedos los rozan un par de veces sus pezones se endurecen y los pellizco con suavidad, arrancándole gemidos de placer.

Audrey empieza a ondear sus caderas rozando mi polla y sus manos se pasean por mi pecho buscando deshacerse de mi camiseta. Levanta los brazos en cuanto subo un poco el jersey para sacárselo junto con el sujetador, dejándola desnuda de cintura para arriba. Rodeo uno de sus pechos con la mano y paseo mi lengua por su piel, evitando deliberadamente su pezón. Audrey gime, se retuerce y sujeta mi cabeza con las manos para guiar mi lengua hasta él, suspirando con fuerza cuando lo atrapo con los dientes.

El movimiento de sus caderas está volviéndome loco, mi polla está a punto de reventar aprisionada bajo la tela de los vaqueros y necesito sentir su piel en contacto con la mía, pero aún quiero jugar con ella un poco más. Desabrocho sus vaqueros sin dejar de mirarla a los ojos y ella se incorpora para quedar de pie frente a mí. Su coñito queda a escasos centímetros de mi boca cuando le bajo los vaqueros y las bragas, así que la sujeto por el culo para acercarla y poder hundir la lengua entre sus húmedos pliegues. Su sabor es embriagador, el olor almizclado de su sexo me deja mareado y mi lengua recorre sus labios una y otra vez desde la entrada de su sexo hasta su pequeño clítoris, que se hincha tras mis caricias.

Audrey apenas puede mantener el equilibrio, siento sus muslos temblar bajo mis brazos y tiene que sujetarse al cabecero de la cama con fuerza para no terminar de rodillas, pero no detengo mi asalto hasta que con un gemido el orgasmo la recorre. Vuelvo a sentarla sobre mis piernas para besarla de nuevo. Siento su humedad traspasar mis vaqueros y aprieto mi pecho contra el suyo para profundizar el beso, que ahora me parece insuficiente para calmarme. Me deshago de mi ropa rápidamente y la tumbo sobre la cama con las piernas abiertas. Mi polla corcovea en cuanto fijo mi mirada en sus labios abiertos e hinchados y solo tengo que acariciar su coñito un par de veces

con mi verga para que Audrey vuelva a estar húmeda para mí.

Me hundo lentamente en ella, pero aunque me muero de ganas de que su piel toque la mía permanezco de rodillas entre sus piernas. Comienzo a moverme despacio, paseando mis manos desde sus tetas hasta sus caderas cada vez que me entierro por completo en ella. Audrey sujeta la almohada con fuerza, se muerde el labio y arquea las caderas para salirme al encuentro. Quiero frenarla, quiero que esta vez las cosas no vayan deprisa pero me lo está poniendo realmente difícil. No puedo parar de tocarla por todas partes, no soy capaz de apartar mis manos de su piel cremosa.

Me detengo enterrado dentro de ella para acariciar sus pezones con las puntas de los dedos y soy recompensado con la succión de su sexo sobre mi polla, lo que me arranca un gemido. Audrey sonrío y pasa sus manos por mis brazos, mis hombros y mi pecho desnudo hasta sujetarme por las caderas para hacerme caer sobre ella. Empiezo a besarla despacio, enredo sus piernas en mi cintura y continuo moviéndome dentro y fuera de ella, tan despacio que es casi doloroso aguantar las ganas de follármela hasta reventar la cama.

Audrey clava sus uñas en mi espalda haciéndome jadear y aumento el ritmo lo suficiente para que sus pequeños gemidos se conviertan en gritos de placer.

—¡Dios sí! —gime— ¡Más fuerte! ¡Más fuerte!

No me hago de rogar demasiado y con una sonrisa me incorporo para sujetar sus piernas en el aire y empezar a moverme como quiero. Mis embestidas son rápidas y profundas y Audrey eleva las caderas para que mi polla entre mejor en ella. Estoy a mil, el sudor corre por mi espalda y siento que voy a morir en cualquier momento si no me corro pronto, así que apoyo su pierna en mi hombro y con la mano libre acaricio su clítoris lentamente mientras sigo bombeando con fuerza dentro de ella.

El cabecero de la cama hace rato que choca contra la pared mitigando nuestros gemidos, los nudillos de Audrey están blancos por la fuerza con la que sujeta la almohada y sus dientes se han clavado en su labio carnosos, haciéndome desear morderlo también. En cuanto su sexo se convulsiona a mi alrededor salgo de ella y la coloco de rodillas, con las manos apoyadas en el cabecero mirando por la ventana. Si alguien pasara ahora mismo por la playa nos vería perfectamente, así que me acerco a su oído para susurrárselo antes de enterrarme en ella de una sola estocada.

Mis manos amasan sus tetas entre los dedos aprisionando sus pezones, pellizcándolos ligeramente, logrando que Audrey arquee la espalda para acercar su boca a la mía. Muerdo suavemente su labio inferior para mitigar el dolor con el roce de mi lengua y Audrey me sujeta de la nuca para hundir su lengua en mi boca con desesperación. Estoy a punto de correrme, mis caderas se mueven incontrolablemente para que mi polla entre y salga de ella cada vez más deprisa. Mi visión se ha vuelto borrosa y solo puedo ver los ojos de Audrey velados por el deseo y el placer.

Un escalofrío recorre mi espalda, pero cuando estoy a punto de llegar al orgasmo Audrey se aparta de mí, dejándome completamente sorprendido. No tengo oportunidad de preguntarle qué ocurre porque me tumba sobre la cama y se coloca a cuatro patas entre mis piernas para meterse mi polla en la boca.

—¡Joder, nena! —gimo apretando los ojos con fuerza— Vas a matarme.

Su dulce boca acaricia mi polla con suavidad, sus dientes rozan peligrosamente mi piel y sus dedos sujetan mis huevos para volverme completamente loco. Aprieto los dientes con fuerza, la agarro del pelo y le marco el ritmo a seguir disfrutando plenamente de cada maldito segundo. Su

lengua juguetea con mi glande, su mano libre aprieta mi verga mientras se mueve arriba y abajo y yo estoy a punto de gritar incapaz de aguantarme ni un minuto más. Intento apartarla de mí cuando el orgasmo se acerca pero ella sigue lamiéndome hasta que con un grito sordo termino corriéndome entre sus labios.

Ni siquiera sé cuándo se ha levantado de la cama para ir al cuarto de baño, pero suspiro cuando se deja caer a mi lado para abrazarme. La envuelvo en mis brazos solo un minuto, lo suficiente para recuperar el aliento, pero cuando vuelvo a abrir los ojos ya es de noche y ella está completamente dormida. La cubro con el nórdico y me doy una ducha antes de ir al supermercado para comprar comida y cuando vuelvo la veo sentada junto a la chimenea encendida envuelta en una manta.

—¿Tanto frío tienes? —pregunto dejando las bolsas sobre la encimera de la cocina.

—Creo que me he destemplado.

Pongo un tronco más en la chimenea y me voy a la cocina a preparar algo de pasta para cenar.

—Esta casa es impresionante —dice acercándose a la cocina.

—¿Tanto te gusta?

—Me encantaría tener una casa junto a la playa para pasar las vacaciones. Me gusta mucho el mar, me transmite tranquilidad.

Sonríó y doy la vuelta a la isla para enlazarla por la cintura y besarla.

—¿Qué te parece si cenamos y volvemos a la cama? —susurro besándola en el cuello.

—Es una gran idea, señor Goldman —bromea ella—. ¿Vamos a ver una película?

—Yo estaba pensando más bien en hacer una. —Me acerco a su oído—. Porno.

Audrey se ríe y escapa de mi abrazo para ir a poner la mesa. Soy incapaz de dejar de mirarla. ¿Por qué coño es tan guapa? Verla así, descalza en mi casa, me hace desear más, mucho más de ella.

No puedo describir la sensación que me invade al despertarme a la mañana siguiente junto a Audrey sin preocupaciones ni prisas. Tenerla entre mis brazos mientras escucho el sonido del mar, observar cómo el sol de la mañana acaricia su pelo o besarla suavemente sin despertarla son cosas que no sabía que me proporcionarían tanto placer. Me levanto con cuidado de la cama para darme una ducha e ir a preparar el desayuno, pero el sonido de mi teléfono me detiene al momento. ¿Por qué coño no lo habré apagado?

—¿Qué pasa? —pregunto al ver que es Dominic.

—Hay problemas, tío. Deberías volver.

Cierro la puerta del dormitorio con cuidado de no hacer ruido y me dirijo a la terraza para poder hablar tranquilamente.

—¿Qué tipo de problemas, Dom?

—Tu padre nos ha convocado a todos de inmediato en la empresa, incluido tú. Esta tarde hay una reunión de urgencia.

—¿En sábado?

—Le he explicado que estabas de viaje y que volverías el lunes, pero ha ordenado que vuelvas de inmediato

—¿Tienes idea de a qué viene esta reunión de urgencia?

—Todo es por culpa de Akerman, le ha dicho que te estás haciendo cargo de la editorial y que me has dejado a mí al mando.

—¡Pero si él me dijo que todo había sido idea de mi padre!

—Al parecer te mintió para tenderte una trampa. Quiere que tu padre vuelva a la empresa y no

sabe lo que hacer para lograrlo.

—¡Maldito hijo de puta!

—Siento joderte las vacaciones, tío, pero esto es serio.

—Lo que no entiendo por qué coño mi padre no me ha llamado a mí para empezar —protesto—. ¡Se supone que soy su hijo antes que su empleado, joder!

—Ya sabes cómo es tu padre.

—Voy a despedir a Akerman en cuanto llegue. Nos vemos esta tarde, vigila el fuerte por mí.

—¿Le has dicho ya a Audrey quién eres en realidad?

—No me ha dado tiempo, pensaba decírselo esta noche.

—Deberías decírselo antes de volver, tío. Es mejor que se entere por ti a que lo haga por medio de otras personas o de la prensa.

—Se lo diré... se lo diré.

No me queda otra opción. Si mi padre vuelve a implicarse en la empresa tendré que dejar el proyecto y se descubrirá toda la verdad, y no quiero perderla por algo como esto. Me doy la vuelta con la intención de ir a despertarla pero me sobresalto al verla parada detrás de la puerta de cristal envuelta en una manta.

—¿Qué haces aquí? —pregunto besándola— Deberías estar en la cama.

—¿Hay problemas en la editorial?

—No, todo va bien.

—¿Y por qué estabas tan enfadado al hablar por teléfono?

—Porque debemos terminar nuestro viaje. Ha surgido un problema en mi empresa y debo solucionarlo.

—¿Por qué no lo soluciona el señor Renaldi?

—Porque es algo que solo yo puedo hacer.

—Muy bien, iré a cambiarme.

Se da la vuelta para marcharse pero la sujeto de la cintura para pegarla más a mí.

—No corras tanto —susurro pegando mi nariz a su cuello—, la reunión es por la tarde.

—Pero tienes trabajo que hacer...

—Puede esperar un poco más.

Uno mi boca a la suya para saborearla una última vez antes de volver a la realidad. Audrey enreda los brazos en mi cuello y se pone de puntillas para ahondar el beso, haciéndome jadear. Mis manos se pasean por su espalda aprisionándola con fuerza contra mi cuerpo, mi polla responde a su contacto y termino tumbándola sobre el sofá. Ella tira de mi camiseta y la deja caer sobre la alfombra para pasar sus manos por mi abdomen y subir hasta mi pecho. Sus caricias están volviéndome loco, sus besos me han hecho perder la razón y lo único que quiero ahora mismo es enterrarme completamente en ella.

Me separo de ella lo suficiente para poder ver su cara y aparto un mechón de pelo de su mejilla.

—¿Por qué coño eres tan guapa? —susurro, haciéndola sonreír.

—Porque tengo buenos genes, supongo —bromea ella.

Vuelvo a besarla hundiendo mi lengua entre sus carnosos labios. La suya no tarda en salirle al encuentro, tentándome, volviéndome loco. Sus manos se pasean por mi espalda desnuda y sus uñas rozan peligrosamente mi piel provocándome escalofríos. Quiero más, mucho más, así que me deshago de la manta y del camisón para dejarla completamente desnuda frente a mí. Rodeo uno de sus pechos con la mano para metérmelo en la boca y atormentar su pezón. Sus gemidos calientan

mi oído, su respiración acelerada acarician mi cuello y sus caderas empiezan a moverse en círculos buscando aliviar el ardor que siente entre las piernas.

—Tranquila, nena... poco a poco —susurro.

—No puedo esperar, Dan... Por favor...

Escuchar mi nombre de sus labios hace que algo cálido baje por mi espalda. Continúo atormentándola con mis caricias sobre sus tetas, rozando su dulce coñito con la tela de los vaqueros haciéndola gritar de placer. Me pongo de pie para deshacerme del resto de mi ropa y me coloco sobre ella para entrar poco a poco en su cuerpo hasta el fondo. Audrey suspira cuando me quedo quieto sobre ella, disfrutando tanto como yo de la sensación de estar unidos, pero necesito moverme y me retiro lentamente hasta dejar solo la punta dentro de ella.

Audrey apoya los talones en mis caderas y me impulsa de nuevo hasta el fondo, haciéndome jadear a mí también. Empiezo a moverme despacio, acariciando su cara, observando cómo sus ojos se cierran velados por el deseo, cómo sus labios entreabiertos buscan mis besos con desesperación. Estoy a punto de correrme, entierro la mano entre nuestros cuerpos para encontrar su clítoris hinchado y lo acaricio al ritmo de mis embestidas hasta que sus músculos se convulsionan a mi alrededor debido al orgasmo, arrastrándome con ella.

Permanezco tumbado sobre ella un momento, sin salir de su cuerpo, absorbiendo cada segundo esa sensación porque cabe la posibilidad de que sea la última vez que me acueste con ella. Levanto la vista para ver que ella me está mirando con una sonrisa y acerco mi boca a la suya para besarla una vez más. Ahora mismo estoy acojonado por lo que pueda pasar pero no tengo más remedio que decirle la verdad si quiero que la sepa por mí mismo. No sé qué habrá hecho Akerman en Seattle ni lo que mi padre pensará hacer al respecto, así que no me puedo arriesgar a esperar ni un minuto más.

Me levanto del sofá y tiro de Audrey para ir al cuarto de baño. Su piel está erizada debido al frío, así que lleno la bañera de agua caliente y me meto dentro con ella. Audrey suspira y apoya la cabeza en mi pecho con los ojos cerrados, dándome la oportunidad de abrazarla con fuerza. Permanecemos un rato así, simplemente disfrutando de la cercanía del otro, pero no puedo posponer la charla por más tiempo.

—Hay algo que debo contarte —susurro.

—¿Qué es?

—Prométeme primero que no te enfadarás.

—Me estás asustando.

—Prométemelo.

Ella se incorpora y se da la vuelta para mirarme. Joder, esto empieza a pintar mal... muy mal.

—No puedo hacer promesas que no sé si seré capaz de cumplir —responde.

—Joder, Audrey...

—¿Vas a decirme de una vez qué pasa?

Inspiro con fuerza y cierro los ojos un segundo. Intento atraerla de nuevo a mi cuerpo, pero ella se resiste.

—No pienso dejarte tocarme hasta que me digas qué está pasando —advierte.

—Ven aquí, por favor...

—¿Y bien?

—No soy quien crees que soy —digo al fin.

—¿Y eso qué significa?

—Soy el presidente de *CRC International*, no un simple empleado.

—¿Qué?

—Soy el hijo de Roger Goldman, el dueño de la empresa.

Audrey sale de la bañera y se envuelve en el albornoz desapareciendo por la puerta del cuarto de baño. Salgo del agua y me seco despacio antes de seguirla hasta el dormitorio, donde se ha sentado en la cama con los brazos y las piernas cruzados. No puedo permitir que su enfado vaya demasiado lejos, así que empiezo a explicarme sin dejar de hablar.

—Cuando el jefe de equipo destinado a la editorial enfermó decidí hacerme cargo de ella yo mismo —explico— pero no podía decir que era el presidente de la empresa si quería que los empleados trabajaran con tranquilidad.

—¿Por qué te hiciste cargo tú? —pregunta sin mirarme.

—Porque me dijeron que era una orden de mi padre.

—¿Quién es el señor Renaldi entonces?

—Dominic es el director general, mi subordinado inmediato.

—¿Y por qué no me dijiste la verdad cuando empezamos a salir?

—Porque tenía miedo de tu reacción.

—Me mentiste —dice volviéndose hacia mí.

—Lo siento.

—¿Qué se supone que tengo que hacer ahora, Daniel?

—Espero que me perdones.

Me acerco a ella y paso mis manos por sus brazos hasta entrelazar mis dedos con los suyos.

—Que mintiera acerca de quién soy no significa que lo hiciera respecto a lo que siento —susurro—. Sea jefe de equipo o presidente de una empresa lo que hay entre nosotros es totalmente real.

Ella se aparta de mí y se dispone a hacer su maleta sin dirigirme la palabra. Cojonudo... la he cagado pero bien.

—¿Puedes decir algo, por favor? —pregunto.

—¿Qué quieres que diga, Daniel? ¿Que me siento ridícula y traicionada?

—No te pongas así...

—¿Que no me ponga así? Si hay algo que no soporto son las mentiras. Entiendo que mintieras para poder hacer tu trabajo pero creí que tú y yo teníamos una relación.

—¡Y la tenemos, maldita sea!

—¿De verdad? Para mí las relaciones se basan en la confianza, pero tú no confiaste en mí para decirme la verdad.

—Tenía miedo de que esto pasara.

—¿Y creías que iba a ser mejor con el paso del tiempo?

—Audrey...

—Ahora mismo estoy hecha un lío, solo quiero llegar a casa y olvidarme de todo.

—¿Qué coño significa eso?

—Necesito estar sola para pensar, Daniel. Ahora mismo ni siquiera estoy segura de lo que siento.

—¿Lo dices en serio? —pregunto totalmente asombrado.

—Acabo de darme cuenta de que no te conozco en absoluto.

—Las relaciones son para conocerse.

—Esta relación está basada en mentiras.

—Estoy diciéndote la verdad ahora...

—Deberías hacer tu equipaje —responde volviendo a su maleta—. Te esperan en tu compañía.

Quiero abrazarla, quiero sujetarla hasta hacerle entender que quien soy no cambia lo que siento, pero necesito darme prisa si no queremos perder el avión. Ni siquiera nos dirigimos la palabra durante el vuelo y las veces que he intentado cogerla de la mano ella siempre me ha esquivado. Cuando salimos de la terminal me giro para ir al aparcamiento a por mi coche pero ella me sorprende deteniéndose en seco.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Voy a coger un taxi para irme a casa —responde sin más—. Nos veremos el lunes en la editorial.

—No seas tonta, te llevo a casa.

—Tienes que ir a tu empresa para una reunión.

—Tenemos que hablar sobre nosotros primero.

—No creo que haya nada de lo que hablar. Limitémonos a nuestra relación laboral, señor Goldman.

Dicho esto, se sube en un taxi dejándome completamente aturdido en mitad de la calle. ¿Acaba de dejarme y se cree que me voy a conformar? Entro en mi coche dando un portazo y me dirijo a la central de mi empresa. Tengo que solucionar el puto problema con mi padre antes de centrarme en arreglar las cosas con ella.

Capítulo 11

Dominic me espera apoyado en la pared de mi plaza de aparcamiento en el edificio de mi empresa. Me bajo del coche y caminamos deprisa hasta los ascensores para poder mitigar la situación lo antes posible.

—Cuéntame qué ocurre —ordeno.

—Akerman debe haberte estado vigilando —responde Dom—. Le ha dicho a tu padre que la empresa se está desmoronando mientras tú estás ocupado yendo tras las faldas de una mujer.

Me detengo en seco a mirarlo.

—¿Y mi padre le ha creído? —pregunto.

—Eso parece.

Sonrío sin sorprenderme demasiado. Parece que mis padres piensan que no sirvo para nada a pesar de que he aumentado el valor de las acciones de la empresa hasta casi el doble. En cuanto entro en el que ahora es mi despacho mi padre se levanta de mi silla y se acerca para enfrentarse a mí.

—¡Tú, mocoso desagradecido! —espeto— ¿Te divierte dejar que mi empresa vaya a la ruina?

—Yo también me alegro de verte, papá —respondo dejándome caer en uno de los sofás.

—¿En qué demonios estabas pensando, Daniel? ¿Cómo se te ocurre hacerte cargo de un proyecto dejando la empresa descubierta?

—Fuiste tú quien lo sugirió.

—¿Estás loco? ¡Jamás se me ocurriría sugerir tremenda estupidez!

—Pues habla con Akerman, que fue quien lo dijo en mitad de una reunión.

—Aun así deberías haber mandado a Dominic a hacer ese trabajo.

Como siempre, toma el lado de su empleado antes que el de su hijo. No me sorprende a estas alturas, pero todavía sigue doliendo.

—Podría haberlo hecho, sí, pero preferí ocuparme de ello personalmente ya que supuestamente mi padre me lo pidió —respondo.

—¿Es por esa editora?

—Es porque me gusta el proyecto, a ella la conocí después.

—¿Y piensas que voy a creerme eso? Has despreciado a todas las mujeres que tu madre te ha presentado hasta ahora por esa mujer, ¿no es verdad?

—Las he despreciado porque no voy a casarme por la fuerza. ¿Cuántas veces voy a tener que decirlo?

—¿Acaso piensas casarte con ella?

—Desde luego ella es la principal candidata, sí.

—Despierta, Daniel, el matrimonio es solo un negocio. Se utiliza para tener conexiones, las relaciones sentimentales las tienes con tu amante.

—¿Pero en qué época vives? —pregunto riendo— Las conexiones se consiguen a través de los negocios, papá. El matrimonio desde luego no es uno de ellos.

—Si sigues con esa terquedad voy a tener que reunir a la junta para destituirte del cargo.

—¿Y a quién vas a colocar en él? Mark aún no está preparado para ello.

—Mark es tu candidato, no el mío. Tu hermano conseguirá ser el director sobre mi cadáver.

—Cuida lo que dices, ahora soy yo el mayor accionista de la empresa, no lo olvides.

—¿Crees que me da miedo tu amenaza? Puede que tú poseas las acciones, Daniel, pero yo poseo las conexiones.

Sonrío con tristeza. ¿Cómo demonios hemos llegado a esto?

—Mark también es tu hijo —respondo—. ¿Cómo puedes ser así con él?

—Ese asunto es entre él y yo.

—¿Es porque se tomó un par de años sabáticos? ¡Ha vuelto a la carrera, joder! ¡Ha vuelto a estudiar y está sacándose el maldito máster solo para complacerte!

—No pienso dejar la empresa en manos de un flojo como él.

—¿Flojo? Se está dejando la piel estudiando, ¿y tú le llamas flojo?

—Debería haber terminado los estudios antes de pasarse dos años haciendo el vago.

—¡Somos personas, joder, no robots! ¡Hasta yo me habría tomado un año sabático si hubiera tenido la oportunidad!

—Déjalo estar, Daniel. Será mejor para todos.

—¿Por qué mamá y tú sois así? —pregunto— Nos tratáis como si fuéramos objetos que os pertenecen. Hacéis con nuestras vidas lo que os parece más oportuno para vuestro bien sin tener en cuenta nuestros sentimientos, y por si eso fuera poco estás dispuesto a negarle a Mark lo que siempre ha querido porque un día no pudo más y se tomó un jodido descanso.

—Tú eres el primogénito y debes ser mi sucesor.

—¡A la mierda con la sucesión, papá! ¡He dicho mil veces que no quiero la maldita empresa! ¿Por qué coño no puede heredarla mi hermano en mi lugar?

—Porque es tu derecho de nacimiento.

Miro a mi padre con una mezcla de rabia, decepción y asco. Definitivamente mis padres están tan cegados por el dinero que no ven más allá de sus narices.

—Como veo que hablar contigo es inútil me marchó —digo levantándome—. Adelante, reúne a la junta para sustituirme, a ver si tienes suerte.

—¡Aún no he terminado de hablar contigo, mocoso!

—Sin embargo, yo sí he terminado de escucharte.

Dicho esto me marchó dando un portazo. Dominic sale de su despacho en cuanto me escucha y me acompaña hasta el ascensor.

—¿Has solucionado algo? —pregunta.

—Va a reunir a los accionistas para destituirme del cargo.

—¿En serio va a llegar tan lejos?

—Quiere seguir manejando la empresa hasta que se muera.

—¿Para qué te la dio entonces?

—Para joderme porque sabía que yo no la quería. Pero si todo sale bien pronto tendrá su empresa para sí mismo de nuevo y no hará falta que vuelva a verles en lo que me resta de vida.

—Espero que cuentes conmigo.

—Estoy pensando en dejarte en tierra por haberme jodido el fin de semana —bromeo.

Mi rostro debe haber cambiado, porque mi amigo me palmea la espalda para animarme.

—Las cosas no han ido bien con Audrey, ¿Eh?

—Me ha dejado y por culpa de mi padre no he podido ir detrás de ella para arreglar las cosas.

—Era una reacción que debías esperar.

—Lo sé, pero ni siquiera quiere darme la oportunidad de enmendarme y me siento frustrado.

—Dale tiempo, de todas formas os veréis todos los días en la editorial.

—Solo por eso la he dejado escapar hace un rato. Voy a dejarla tranquila lo que queda de fin de semana, el lunes intentaré volver a hablar con ella.

—Ya sé que te gusta mucho, pero piensa que acabas de decírselo y necesita tiempo para digerirlo.

—Estoy enamorado de ella —confieso—. Aunque sea patético he tenido que perderla para darme cuenta de que estoy enamorado como un gilipollas de ella.

—¿Y se lo has dicho?

—No habría servido de nada. Está furiosa conmigo, Dom, ahora mismo debe odiarme. Le he explicado que debía mentir para que el ambiente en la editorial no fuera demasiado tenso pero no ha servido de nada.

—Deberías habérselo dicho antes de empezar a salir con ella.

—¿Crees que no lo sé? ¿Pero qué puedo hacer ahora? No tengo una máquina para volver atrás en el tiempo y hacer las cosas bien.

—Solo puedes tener paciencia y rezar porque termine perdonándote.

—Me voy a casa, necesito darme una ducha y descansar un rato, que todo lo que ha pasado hoy me ha dejado exhausto.

—¿No vas a ir a la reunión?

—¿Para qué? Mi padre ya ha dictado sentencia.

—Está bien, yo me ocupo. Llevaré la cena a tu casa cuando salga de la reunión, intenta descansar hasta que llegues. ¿Pollo frito y unas cuantas cervezas?

—Mejor pizza, seguro que eso mejora mucho más mi humor.

En cuanto llego a mi casa me desnudo y me meto en la ducha. No sé cuánto tiempo paso debajo del chorro de agua caliente sin moverme pensando en Audrey con los ojos cerrados. ¡La echo mucho de menos, joder! Solo de pensar que no voy a poder volver a besarla... Con un suspiro salgo de la ducha y cojo mi teléfono para llamarla. Por suerte responde tras cuatro tonos.

—¿Qué quieres? —pregunta.

—Solo saber si has llegado bien a casa —respondo—. No me ha hecho ni puta gracia que te vayas sola.

—He llegado perfectamente, señor Goldman.

—¿Podemos hablar de lo que ha pasado este fin de semana?

—No tengo nada que hablar contigo.

—Sé que tienes motivos de sobra para estar enfadada, pero ¿puedes ponerte un momento en mi lugar y entenderme un poco?

—Lo único que entiendo es que te lo has pasado en grande burlándote de mí.

—¿En serio piensas eso? ¿Tan poco me conoces que piensas que lo he hecho solo para divertirme?

—En realidad no te conozco en absoluto.

—Me conoces mejor que nadie, Audrey. Eres la única que me conoce de verdad.

—Permíteme dudar. Buenas noches, señor Goldman.

—Por favor, no cuelgues.

—Le agradecería que en el futuro solo me llamara para asuntos estrictamente laborales. Buenas noches.

Lanzo el teléfono contra la pared en cuanto me cuelga y me dejo caer en la cama con un suspiro. ¿Qué se supone que voy a hacer ahora? ¿Cómo voy a conseguir que Audrey vuelva conmigo?

Dominic llega en ese momento y me encuentra tumbado en pelotas sobre la cama. Se apoya en el quicio de la puerta con las piernas y los brazos cruzados para mirarme.

—Sabes que me vuelven loco las mujeres, ¿verdad, Dan? —bromea.

Le hago un corte de manga y me levanto de la cama para vestirme. Cuando la cena ha terminado me he bebido cinco latas de cerveza y empiezo a sentirme aturdido.

—Estás borracho —dice Dominic.

—Aún no lo estoy —respondo levantándome para buscar la botella de whisky— pero te aseguro que pronto lo estaré.

—¿De qué te servirá? —pregunta quitándomela de la mano— Lo único que vas a conseguir es un terrible dolor de cabeza mañana por la mañana.

—Al menos así podré olvidarme de lo patética que es mi vida.

—Necesitas descansar, tío. Mañana verás las cosas desde otra perspectiva.

—¿Es que hay otra? Mi novia me ha dejado, mi padre me trata como a un objeto y lo único que puedo hacer es sentarme con mi mejor amigo a beber. No hay otra perspectiva.

—A Audrey puedes recuperarla y a tu padre puedes mandarla a la mierda.

—Va a quitarme la empresa para que no se la dé a mi hermano. ¿Cómo puede ser tan hijo de puta?

—Parece mentira que no le conozcas.

—Eso es lo triste, que le conozco a la perfección y sé que hará hasta lo imposible por conseguirlo.

—Por eso debes estar sobrio, tío. Tienes que pensar con claridad acerca de ello.

—¿Qué tengo que pensar? Sé quiénes estáis de mi parte: mi hermano y tú. Lo único que tengo que hacer es mostrar el aumento de las ganancias a los que no lo están.

—Pues deja de preocuparte. Posees el treinta por ciento de las acciones y te aseguro que mi diez por ciento te apoya. Con el veinte por ciento de Mark ya hemos ganado.

—No es tan sencillo, mi madre es quien maneja ese veinte por ciento hasta que mi hermano termine sus estudios y ella siempre estará a favor de su marido.

—Vete a la cama y descansa. Pensaremos en esto cuando te tranquilices un poco.

—¿Crees en serio que puedo dormir? Acabo de hablar con Audrey y no ha ido nada bien, tío.

—¿Y para qué coño la llamas? Dijiste que esperarías hasta el lunes para hablar con ella.

—Solo quería saber si ha llegado bien a casa.

—Pero no te has detenido ahí, ¿o me equivoco?

—No, no te equivocas y lo único que he conseguido es que me cuelgue el teléfono.

—Déjalo estar por ahora, hazme caso. No te conviene presionarla más si quieres recuperarla.

—¿Cómo puedo hacer eso si soy incapaz de vivir sin ella?

Mi amigo me mira con lástima.

—¿Por qué coño me miras así?

—Porque no te reconozco, en serio.

—La gente cambia cuando se enamora.

Dom me palmea la espalda para intentar animarme pero su mirada me deprime aún más.

—¿Te doy lástima, Dom? —protesto— ¿Crees que no terminará pasándote a ti también cuando encuentres a la mujer adecuada?

—Sé que a mí no me pasará.

—Estás muy seguro de ti mismo.

—Yo no soy como tú.

—¿Tengo que recordarte que antes de Audrey éramos iguales?

—A mí me gustan demasiado las mujeres para atarme a una sola, Dan.

—Te recordaré esta conversación cuando estés en mi lugar.

—¿Por qué estás tan seguro de que estaré en tu lugar?

—Es una corazonada.

—Será mejor que me aleje de ti y de tus corazonadas —bromea levantándose—. Me voy a casa, te veo mañana.

No puedo pegar ojo en toda la noche pensando en Audrey y en las consecuencias de mi gilipollez. De madrugada me pongo la ropa de deporte para salir a correr porque no puedo seguir dando vueltas como un gilipollas en la cama, y sin darme cuenta termino en su puerta mirando hacia su ventana. Aunque las luces están apagadas señal de que sigue durmiendo inconscientemente quiero verla asomarse por la ventana.

Metó la mano en el bolsillo para sacar mi teléfono pero terminó hecho añicos contra la pared anoche y no puedo comprar uno nuevo hasta mañana. Con un suspiro me doy la vuelta y sigo corriendo hasta que me faltan las fuerzas. Paso el resto del día tirado en el sofá sin moverme pasando los canales de la televisión sin ver nada en realidad. Mi mente está ocupada pensando en Audrey, en los momentos felices que hemos pasado juntos, y con un suspiro echo mano de la botella de whisky que quedó anoche olvidada sobre la mesa del salón y empiezo a beber.

Ni siquiera sé cuándo me he quedado dormido. Abro los ojos y un latigazo de dolor en la sien me hace terminar en el suelo de bruces al intentar levantarme del sillón. Consigo llegar al frigorífico por una botella de agua y me tomo una pastilla para calmar el dolor, aunque sé que se trata de una resaca de cojones y no se me va a pasar así como así. Me acerco a la ventana para darme cuenta de que ya es noche cerrada y que no he tenido noticias de Dominic en todo el día, cosa que me extraña, y me dirijo a su casa con paso decidido. Él está sentado en el sofá viendo una serie y me mira con una ceja arqueada cuando me ve caer en el otro sofá.

—Por fin resucitas del mundo de los muertos —protesta—. Hay comida en el frigorífico.

—¿Has venido a casa?

—¿Que si he ido a tu casa? Me he pasado más de una hora intentando despertarte para que comieras algo pero no ha habido manera.

—Estaba demasiado borracho.

—¡Te has bebido la botella de whisky entera!

—Sí, bueno... necesitaba dormir algo, no pude pegar ojo en toda la noche.

—¿Y no te sirve una tila?

—Déjate de hierbas...

—¿Has pensado en el trabajo o en Audrey?

—¿Crees que tengo alguna intención de pensar en el trabajo? Las cifras hablan por sí solas, Dom. Si los accionistas son inteligentes basarán en eso su decisión.

—¿Por qué tienes tanto empeño en quedarte como presidente si no quieres el puesto?

—Porque tengo que conservarlo para Mark.

—¿Le has preguntado a tu hermano si eso es realmente lo que quiere?

—Tuve dudas cuando se tomó un descanso en sus estudios, pero si no es así ¿por qué ha seguido estudiando?

—Eso es verdad, él no tiene la obligación de hacerse cargo de la empresa.

—Por eso tengo que aguantar hasta que él pueda sentarse en mi silla, Dom. Después de lo que se está esforzando no puedo permitir que todo sea en vano.

Capítulo 12

Ha sido el peor fin de semana de mi puta vida. No he podido pegar ojo pensando en Audrey y en la manera de recuperarla, y tampoco he sido capaz de pensar en un plan para que no me quiten mi puesto. Los minutos me parecen horas mientras conduzco hasta la editorial. Estoy deseando verla y aunque sé que va a ser imposible poder tocarla al menos tengo el consuelo de permanecer a su lado en el horario de oficina. Con suerte podré terminarla convenciendo de que vuelva conmigo y podré concentrarme en lo que realmente importa. Hace un rato me han informado de que las obras en el nuevo edificio por fin han terminado y en cuanto el equipo de limpieza termine su trabajo se instalará el nuevo mobiliario y podremos empezar a trabajar en la nueva ubicación. Creo que será beneficioso para todos cambiar de ambiente, especialmente para Audrey y para mí.

Cuando entro en el despacho descubro con fastidio que su mesa ha desaparecido. Salgo a donde se encuentran los demás y la veo sentada junto al tal Adrián, el tío que peor me cae de todo el personal. Me acerco a ella con paso decidido y me detengo con los muslos pegados a su mesa.

—¿Necesita algo, señor Goldman? —pregunta el gilipollas.

—Señorita Wallace, venga a mi despacho, por favor.

Audrey se levanta sin pronunciar palabra y me sigue obedientemente, pero puedo notar su nerviosismo cuando cierro la puerta con cerrojo y bajo todas las persianas que dan a la otra habitación.

—¿Me puedes explicar qué coño es esto? —pregunto— ¿Por qué ha desaparecido de aquí tu escritorio y estás sentada ahí fuera?

—No creo que necesite ya mi ayuda, señor Goldman, por lo tanto he vuelto a mi puesto.

—¿Que no necesito tu ayuda?

—Ya conoce todos los entresijos de la editorial.

—¿Que ya conozco... —Me paso la mano por el mentón bastante frustrado—. ¡Yo decido cuándo termino de necesitarte, Audrey, no tú!

—Los libros que vamos a lanzar al mercado ya están decididos. Mi trabajo ahora se centrará en supervisar todos los pasos a seguir para que no haya que lamentar ningún error.

—Puedes hacerlo desde aquí como hasta ahora.

—Soy más eficiente cuando trabajo junto a mis compañeros. Muchos aún se sienten cohibidos por su presencia y evitarían venir a buscarme aquí.

—¿Esto es por lo que pasó el fin de semana?

—Su vida personal no interfiere en mi trabajo.

—¡Maldita sea, Audrey! —grito frustrado— ¿Aún sigues enfadada?

—Mi decisión no tiene nada que ver con usted.

—¿No puedes intentar entenderme?

—Evitemos mezclar el trabajo con los asuntos personales, señor Goldman.

—Como vuelvas a llamarme señor Goldman, yo...

Inspiro con fuerza para lograr recuperar la calma.

—¿Tan mal me he portado contigo como para que me hagas esto? —pregunto.

—Odio las mentiras, te lo he dicho mil veces. Has tenido innumerables oportunidades de decírmelo antes pero solo lo has hecho porque tuvimos que volver a toda prisa por un problema

en tu empresa.

—Pensaba decírtelo igualmente este fin de semana —confieso—. Por eso lo planeé todo.

—¿Y esperas que te crea?

—Pregúntale a Dominic si no me crees.

—¿Tengo que creer algo de lo que me diga tu cómplice?

—¡Joder, Audrey!

La conversación queda interrumpida cuando alguien intenta abrir la puerta. La abro bastante enfadado pero me sorprende ver a mi madre y no a algún gilipollas molestando.

—¿Mamá? ¿Qué haces aquí? —pregunto.

—¿Por qué estás encerrado en tu despacho con esta mujer? —pregunta sin apartar la mirada de Audrey.

—Es la editora jefe —explico—. Estábamos discutiendo algunos aspectos importantes de la producción.

Audrey aparta la mirada y tras una inclinación de cabeza sale de la habitación. Mi madre entra y se sienta en el sofá, así que no tengo más remedio que dejar a Audrey para más tarde.

—¿Qué te trae por aquí? —pregunto.

—Tu padre está muy enfadado con tu decisión respecto a esta editorial. Deberías volver a la sede y mandar a Dominic en tu lugar.

—Todo es culpa de Akerman. Él dijo que había sido idea de mi padre en primer lugar, pero tu marido prefiere apoyarlo a él.

—Sea de quien sea la culpa debes volver a la sede.

—No voy a dejar el proyecto a medias. Mis empleados confían ahora en mí, no puedo volver a poner la editorial patas arriba.

—Muy bien, haz lo que quieras —dice levantándose—. Te he preparado la segunda cita a ciegas. Es este sábado a las ocho donde siempre.

—¿Podrías adelantarla a esta noche? Voy a estar muy ocupado el resto de la semana y quiero aprovechar el sábado para descansar.

—¿Esta noche?

—¿Hay algún problema con eso?

—En absoluto, simplemente me sorprende que estés tan dispuesto a colaborar.

—Acordamos tres citas a ciegas para que me dejes en paz, mamá. Quiero terminar con esto cuanto antes.

—En ese caso no llegues tarde. Te he mandado la información de la joven por correo electrónico.

Inspiro con fuerza cuando la puerta se cierra detrás de ella. ¿Es que mi madre siempre tiene que complicarme aún más la vida? Salgo para volver a buscar a Audrey, pero ella no está por ningún lado... y ese tal Adrián tampoco.

—¿Dónde está la señorita Wallace? —pregunto a una de las editoras.

—Ha salido a comprar café para todos.

Tengo una máquina estupenda en el despacho. ¿Por qué coño no ha ido a por él allí?

—¿Y el diseñador? —sigo preguntando— Debemos discutir la portada de la nueva novela lo antes posible.

—La ha acompañado.

Vuelvo a mi despacho y cierro la puerta de un portazo. ¿A qué coño está jugando Audrey? Sabe de sobra que ese tipo no me gusta ni un pelo y se va con él como si nada. Busco mi teléfono para

llamarla pero recuerdo que terminó hecho añicos el sábado, así que salgo para comprar uno nuevo. Me detengo en la cafetería de la esquina cuando les veo a través del cristal. Audrey está riendo ante algo que el subnormal ese ha dicho y siento la ira bullir en mis venas. Entro con paso decidido y me coloco entre ellos dos para mirar los tipos de café que tienen.

—¿Señor Goldman! —exclama Adrián— ¿Qué le trae por aquí?

—Quería tomar un café, supongo que igual que vosotros —respondo.

—Tiene cafetera en su despacho —protesta Audrey.

—Se ha averiado.

—No tenía que venir, señor —dice el subnormal—. Si me hubiera llamado le habría llevado el café yo mismo.

—Se me rompió el teléfono el sábado —contesto mirando intencionadamente a Audrey—, tengo que ir a comprarme otro.

—A partir de ahora le preguntaré si quiere café cuando salga a por el mío, señor Goldman —dice Adrián.

Encima de gilipollas, lameculos. Sonrío y pido mi café. Cuando los han servido todos cojo el mío y me vuelvo hacia la salida.

—Cuando vuelva a la oficina venga a mi despacho, señorita Wallace —ordeno—. Hay algo que debemos discutir.

—Muy bien, señor Goldman —responde ella apretando los labios.

Salgo de allí más animado al haberles jodido el momento. En cuanto me hago con un nuevo teléfono vuelvo a la oficina y repaso el currículum de la chica a la que conoceré esta noche. Audrey entra poco después y cierra la puerta con determinación.

—¿Qué quieres ahora? —protesta— Te dije que solo me llamas para asuntos de trabajo.

—¿Quién dice que no lo es? Tenemos que posponer la reunión de esta tarde, tengo que salir temprano.

—Muy bien.

Ella se da la vuelta para marcharse, pero la sujeto por la muñeca para impedirlo.

—He hecho un trato con mi madre —explico—. Si acudo a tres citas a ciegas más me dejará en paz con el tema de casarme. Esta noche iré a la segunda de ellas.

—Es usted libre de hacer lo que quiera con su vida —responde—. Ya nada de eso me incumbe.

—¿Seguro? —susurro acercándome— ¿Y por qué siento que vas a asesinarme con la mirada?

—Suéltame.

—Jamás —digo con los dientes apretados.

Coloco mi mano abierta sobre la base de su espalda y la empujo hasta que su cuerpo choca con el mío. Su respiración se ha acelerado tanto como la mía y sus pupilas se han dilatado. Acercó mi boca a la suya para besarla, pero ella me empuja con las manos apoyadas en mis hombros para impedirlo.

—¿Qué crees que estás haciendo? —protesta— ¿Es que no me escuchaste cuando dije que se acabó?

—Me importa una mierda lo que dijeras, Audrey. Estás enfadada y lo entiendo pero no he cometido ningún pecado.

—Para mí lo es.

—Pienso seguir intentándolo hasta que me perdones.

—Perderás tu tiempo.

—No has podido dejar de quererme en un fin de semana, Audrey.

—Al parecer tú sí lo has hecho. Que te diviertas en tu cita a ciegas, a lo mejor la mujer es perfecta para tu adinerada familia y podéis llegar a un acuerdo.

—Ya te lo he dicho, debo hacerlo para que mi madre me deje en paz.

—No tienes doce años para que tu madre te controle.

—¿Estás celosa? —pregunto sonriendo.

—¡No digas tonterías! —protesta alejándose de mí— Lo que hagas con tu vida privada me trae sin cuidado.

Ella se da la vuelta de nuevo pero la intercepto y cierro la puerta con cerrojo. Ella eleva los ojos al cielo y se cruza de brazos.

—Esto puede ser considerado acoso —advierde.

—Denúnciame.

Me acerco lentamente a ella, que va alejándose hacia atrás hasta que su huida queda interrumpida por el escritorio. Apoyo mis manos a ambos lados de su cuerpo dejando mi boca a escasos centímetros de la suya. La observo detenidamente un momento intentando descifrar sus emociones.

—Si quiero salir contigo abiertamente tengo que hacer esto —explico—. La cena es a las ocho en el *Four Seasons*.

—¿Y a mí por qué me lo dices?

—Por si quieres ir.

—¿Por qué querría hacer tal cosa?

—Porque ahora mismo no confías en mí y tengo que demostrarte que estás equivocada.

Uno mis labios a los suyos pillándola por sorpresa. Esta vez no me aparta, apenas se mueve y puedo disfrutar de su boca una vez más. Sus labios se amoldan a los míos a la perfección y una oleada de placer sube por mi estómago haciendo que la aprisione entre mis brazos y la apriete con fuerza contra mí. Sus manos han quedado atrapadas entre nuestros cuerpos impidiéndole moverse para apartarse, pero en vez de hacerlo Audrey se rinde cerrando los ojos. Acaricio su mejilla con la yema de los dedos enredándolos después en su cabello. Pierdo la noción del tiempo y del lugar, para mí ahora mismo solo existe ella. Rompo el beso con suavidad y la miro de nuevo a los ojos. Aún está aturdida y me devuelve la mirada como siempre pero pronto recupera el sentido y levanta la mano para abofetearme, así que la intercepto agarrándola de la muñeca.

—Dicen que cuando una mujer abofetea a un hombre por un beso es porque quiere que lo repita —advierde.

—Eres un cabrón —protesta apartándose—. No vuelvas a intentar besarme en la vida.

—Siento decepcionarte, pero pienso hacerlo cada vez que me apetezca. Ten cuidado, puede que quiera hacerlo delante del gilipollas ese que te ha acompañado por el café.

—No eres mi dueño, así que si vuelves a intentarlo la bofetada será sustituida por un rodillazo en los huevos.

Dicho esto, sale de la habitación dando un portazo, pero a mí me deja con una sonrisa de oreja a oreja. Si aún se rinde así cuando la beso sigo teniendo esperanza.

Llevo un cuarto de hora esperando a mi cita a ciegas y aún no hay ni rastro de ella. En cuanto me termine la copa de vino pienso marcharme, no voy a esperar hasta que a ella le dé la gana aparecer. Audrey no ha venido tampoco y la verdad es que no sé si sentirme satisfecho o decepcionado. Satisfecho porque confía en mí, decepcionado porque no puedo verla. Miro el reloj

por última vez antes de soltar mi copa para marcharme pero la candidata de mi madre aparece moviendo las caderas excesivamente.

—Siento el retraso —explica—. He sufrido un pequeño contratiempo.

Joder... es el tipo de mujer que más detesto. Maquillada en exceso, con un vestido demasiado corto, demasiado escotado y demasiado ceñido para mi gusto. Extiendo mi mano para saludarla, pero ella se lanza a mi cuello e intenta besarme, así que levanto el cuello para impedirselo y la empujo levemente para apartarla de mí.

—¿Qué demonios está haciendo? —pregunto.

—Uy, perdón —se disculpa—. Ha sido la emoción del momento.

Puede que sus padres tengan mucho dinero pero ella no tiene ni pizca de modales. Se sienta y extiende la servilleta sobre su regazo (menos mal, porque podía verle las bragas) antes de llenarse la copa de vino hasta el borde y vaciarla en su garganta.

—Mi padre no me había dicho que eras tan guapo —dice apoyando la barbilla sobre sus manos.

—Gracias —atino a decir.

—Deberíamos discutir los términos de nuestro acuerdo.

—Creo que está un poco confundida, señorita Mathews —respondo—. Acabo de decidir que no voy a casarme con usted.

—Entiendo que esté un poco aturdido, pero en cuanto me conozca mejor entrará en razón.

—No estoy aturdido en absoluto, es simplemente que no hay nada que me guste de usted hasta el momento. No tiene modales, viste de forma estrafalaria y su forma de maquillarse es poco menos que ridícula.

—Estamos hechos el uno para el otro —dice sacudiendo la mano—. No hay que ser muy listo para darse cuenta de ello.

—¿Me está llamando imbécil?

—¡Por supuesto que no! —exclama avergonzada al fin— No pretendía sugerir tal cosa.

—En ese caso, vamos a limitarnos a terminar la cena y a seguir cada cual por su camino.

Apenas abro la boca durante toda la cena. No me apetece hablar con ella porque no creo que tenga nada interesante que contarme. Al menos sabe comer correctamente, porque después de ver su despliegue de malos modales esperaba que lo hiciera con la boca abierta o algo por el estilo. Tras el postre me pongo de pie y retiro su silla.

—Vamos, la llevaré a casa —sugiero.

—¡Oh, no hace falta! Mi chófer me estará esperando fuera.

—¿Ha estado esperándola durante todo el tiempo que ha durado la cena? —pregunto sorprendido.

—¿Por qué se sorprende? Es mi empleado, al fin y al cabo.

Ella se levanta y me mira con una sonrisa antes de pasar su dedo de manicura recargada sobre la solapa de mi chaqueta.

—Le llamaré para ultimar los detalles de la boda —ronronea.

—Creo que no me he explicado bien, no tengo la más mínima intención de casarme con usted.

—Eso son tonterías —responde poniendo las manos abiertas sobre mi pecho—. Nos gustamos, es evidente.

Sonrío sorprendido porque no sé si es tonta o pretende serlo. La sujeto de las muñecas y aparto sus manos de mi cuerpo.

—Detesto repetirme, señorita Mathews —respondo—, pero con usted haré una excepción. No

hay absolutamente nada en su persona que pueda considerar atrayente, así que no voy a casarme con usted por mucho dinero e influencias que posea su familia.

Me giro para marcharme pero ella me sorprende cogiéndome del brazo y besándome. Estoy tan sorprendido que tardo un par de segundos en reaccionar y apartarla de mí, pero todo se viene abajo cuando veo a Audrey parada en la puerta del restaurante mirándome con los ojos anegados en lágrimas.

—¡Maldita sea!

Salgo a correr detrás de ella pero entra en un taxi antes de que logre atraparla. No pierdo el tiempo en pedir una explicación o una disculpa a la heredera, corro hacia el aparcamiento para buscar mi coche e ir detrás de Audrey. Ni siquiera logro atraparla en el portal, así que subo a su apartamento para aporrear la puerta.

—Audrey, sé que estás ahí, así que ábreme —pido.

—No tengo nada que hablar con usted, señor Goldman. Debería marcharse.

—Ha sido un malentendido, nena... Déjame explicártelo, por favor.

—No tiene que explicarme nada.

—¡Maldita sea, Audrey, abre la puta puerta! —grito golpeándola con fuerza.

—¿Quieres que los vecinos llamen a la policía? —protesta obedeciendo.

—Déjame entrar.

—Puedes decirme lo que sea desde ahí.

Empujo la puerta con la mano abierta y entro en la casa cerrándola de un portazo.

—¿Se puede saber por qué coño te has ido? —pregunto.

—¿Es que no ha sido lo suficientemente bochornoso verte besar a otra mujer?

—¡Yo no la he besado!

—Tampoco te has apartado.

—¡Claro que lo he hecho! —grito— ¡Si no te hubieras ido lo habrías visto!

—A mí me ha parecido que estabas disfrutándolo.

—¿Disfrutándolo? —bufo— ¿Estás intentando enfadarme?

—Parecía que os llevabais muy bien. Deberías casarte con ella y hacer feliz a tu mamá.

—¡Maldita sea, Audrey, déjalo ya!

Me acerco lentamente hasta dejarla aprisionada contra la pared y pongo mis manos a ambos lados de su cabeza impidiéndole moverse.

—Aparta —protesta empujándome.

—No me da la gana.

—He dicho que te apartes, Daniel. No estoy de humor para bromas.

—No pienso apartarme hasta que me escuches.

Ella forcejea para soltarse pero la sujeto con más fuerza. Permanezco en silencio hasta que termina por calmarse y aunque aflojo mi agarre no aparto mis manos de sus muñecas.

—¿Me vas a escuchar de una puta vez? —pregunto.

—Habla.

—Esa tía se cree que todo el mundo cae rendido a sus pies por el simple hecho de ver su cara —explico—. Le he dicho varias veces a lo largo de la cena que no tengo la más mínima intención de casarme con ella y me ha besado en un intento desesperado de hacerme cambiar de opinión.

—Lo que tú digas.

—¿En serio no vas a creerme?

—Ya me has mentado antes, ¿por qué ibas a estar diciéndome la verdad ahora?

Me alejo de ella con las manos en alto y la decepción dibujada en mi cara. ¿Por mentir sobre mi identidad hemos llegado a esto?

—Piensa una cosa, Audrey —digo derrotado—. ¿Por qué te habría dicho dónde y cuándo sería la cena si pensaba engañarte? ¿En serio me crees tan estúpido para hacer algo así sabiendo que podías aparecer en cualquier momento?

Me marcho sin dejarla responderme. Sé que tiene motivos para estar dolida, yo me habría sentido igual si la situación hubiera sido al contrario, pero no puedo dejar que piense que la he engañado de esa manera cuando no es verdad. Cuando llego a casa lanzo las llaves del coche sobre la mesa y me dejo caer en el sofá con un suspiro. Esta situación me está volviendo loco y no sé cómo arreglarlo todo. Debería haberle contado la verdad antes de haber intentado nada con ella.

Me meto en la ducha y escucho la puerta de la calle abrirse. Cuando salgo del cuarto de baño Dominic está sentado en la mesa con una caja de pollo frito y unas cervezas esperándonos.

—Ya he cenado —informo.

—No es para ti.

—¿Y por qué no comes en tu puñetera casa?

—Porque sabía que estarías hecho mierda después de encontrarte con ella hoy, por eso.

El capullo tiene razón, como de costumbre. Me siento a su lado y vacío una cerveza de un trago.

—¿Tan mal ha ido la cosa entre vosotros? —pregunta.

—No podría haber ido peor.

—¿Qué ha pasado?

—Hoy tenía la segunda cita a ciegas y me he asegurado de que Audrey supiera la hora y el lugar para demostrarle que estoy siendo sincero con ella.

—¿Y ha aparecido?

—Sí, y la mujer de la cita me ha besado delante de ella —reconozco—. Está muy enfadada y no sé qué hacer para que me perdone por todo lo que le estoy haciendo.

—¿Se lo has explicado? ¿Que tú no la besaste?

—Claro que lo he hecho, pero cree que le estoy mintiendo de nuevo. —Me paso las manos por el pelo—. No dejo de cagarla con ella, tío... no importa lo que haga siempre termino fastidiándola.

—Tal vez es hora de darse por vencido.

—¿Estás loco? No pienso hacer eso, Dom, no voy a perderla.

—Deberías pensar más en sus sentimientos que en los tuyos, Dan. ¿Crees que todo será perfecto cuando hayas ido a las tres citas a ciegas? ¿Es que crees que tu madre te va a permitir casarte con ella así, por las buenas?

—Voy a renunciar a mi herencia, no tendrá nada con lo que atacarme.

—Eres un ingenuo, Dan. Ella sabe que tu hermano es tu debilidad, tío. Si no haces lo que quiere te atacará con todo lo que tiene, incluido él.

—Lo solucionaré.

—¿Cómo? Tu hermano sueña con dirigir la empresa y se está esforzando mucho para formarse. Si tu madre le impide heredarla le haría pedazos.

—¿Y quién la heredaría entonces? Mi padre no permitirá que un capricho de mi madre termine su preciado legado familiar. Su venganza con mi hermano no llegará hasta tal punto.

—También puede hacerle daño a Audrey. ¿Lo has pensado?

Las palabras de mi amigo son como un cubo de agua helada para mí. Tiene razón, mi madre es como un escorpión acorralado cuando no consigue lo que quiere: pica sin descanso con tal de salir con vida.

—Déjalo, Dan —aconseja Dominic—. Confórmate con ser su amigo, al menos eso puedes tenerlo.

—Todo esto es una puta mierda —susurro tirándome del pelo con frustración—. Me voy a volver loco, tío...

—Cuando tu madre se muera podrás hacer lo que te dé la gana —intenta consolarme.

—¿Estás insinuando que la asesine? —bromeo.

—No creo que debas llegar a esos extremos, con lo mala y perra que es seguro que tiene muchos enemigos que harán el trabajo por ti sin pensarlo.

—Gracias por los ánimos, tío —reconozco—. Reconozco que me ha venido bien hablar contigo.

—Para eso están los amigos —responde él con un guiño.

Mi amigo se marcha y me tumbo en la cama con el teléfono en la mano. Quiero llamar a Audrey pero sé que no responderá. Abro Whatsapp y escribo innumerables veces todo lo que quiero decirle, pero ni una sola vez le doy a enviar. No soy capaz de terminar con ella, no puedo imaginarme el darme por vencido. Con un suspiro pongo el teléfono sobre la mesita de noche y cierro los ojos para dormirme, pero no consigo hacerlo.

—¡Joder!

Salto de la cama y salgo a correr un rato, espero que el aire frío de la noche calme un poco mi estado de ánimo, y una vez más termino parado frente a su casa, una vez más mi corazón se ha impuesto sobre la razón. Observo que aún hay luz tras su ventana y doy un par de pasos en dirección al portal, pero me detengo de inmediato. ¿Qué demonios estoy haciendo? ¿En serio creo que me abrirá la puerta después del numerito de antes?

Me apoyo en un coche y saco mi teléfono para mandarle un único mensaje. “Duerme bien” es todo lo que escribo. Ni “te quiero”, ni “te echo de menos”, ni siquiera “estoy deseando que nos veamos mañana”. Voy a dejar las cosas como están... por ahora. Ella necesita tiempo para superar el daño que haya podido causarle y yo lo necesito para averiguar cómo puedo estar con ella sin temer que mi madre se meta en mi relación.

Capítulo 13

Trabajar hoy está siendo un maldito infierno. Llevo lo que va de mañana observando a Audrey desde la distancia sin atreverme siquiera a dirigirle la palabra y ella no se ha dignado a mirarme ni una maldita vez. He pensado mucho en lo que dijo ayer Dominic y la verdad es que hacerle caso sería lo más razonable, pero ¿cómo voy a hacer eso si no puedo pasar ni un solo minuto sin ella? Para colmo de males el diseñador está aprovechando la oportunidad para escalar puestos con Audrey y me duele la mandíbula de apretar los dientes cada vez que el gilipollas acerca su cara más de la cuenta a la de ella.

Me levanto de mi silla y cojo la chaqueta para marcharme a casa porque no tengo fuerzas para estar aquí de brazos cruzados observando el espectáculo. Me encuentro a Dominic en la puerta de la editorial, le lanzo las llaves de mi coche y me recuesto en el asiento del copiloto con los ojos cerrados.

—¿A dónde se supone que vamos? —pregunta poniéndose al volante.

—A mi casa, no me encuentro bien.

Él intenta ponerme la mano en la frente pero la aparto de un manotazo.

—¿Qué coño haces? —protesto.

—Ver si tienes fiebre para llevarte al hospital.

—No he podido dormir en toda la noche, gilipollas, no estoy enfermo.

—¿Has hablado con Audrey?

—No me he atrevido, voy a dejar que las cosas se calmen un poco antes de intentarlo de nuevo.

—Es lo mejor, tío. Ella debe sentirse mal por lo que ha pasado y que insistas tanto no creo que ayude demasiado a que volváis.

—Pero tengo miedo de que la cosa se enfríe entre nosotros si la dejo en paz demasiado tiempo.

—Es un riesgo que tienes que correr.

—Como si fuera tan sencillo...

—Si la atosigas la perderás igualmente, tío. Dándole espacio al menos tienes una oportunidad.

—¿A qué has venido a la editorial, por cierto? —pregunto.

—Me aburría en la oficina y pensaba tomarme un café contigo.

—¿Así es como trabajas? —protesto.

—Yo también tengo derecho a tomar café de vez en cuando —responde riendo.

—Pues arranca y tómatelo en casa.

Cuando abro la puerta de mi ático ambos nos detenemos en seco. Hay alguien dentro, estoy seguro. Puedo oír el sonido del agua de la ducha al caer pero ¿quién coño sería tan estúpido de colarse en una casa ajena para tomar una ducha? Después de mi secuestro todos estamos un poco susceptibles y Dominic saca de inmediato su móvil para llamar a la policía, pero le detengo cuando veo el reloj de mi hermano sobre la mesa. ¿Qué coño hace Mark aquí?

Le hago señas a Dom para que guarde silencio y entro sin hacer ruido al cuarto de baño. Mark está cantando a pleno pulmón mientras se enjabona la cabeza, así que es imposible que me haya oído entrar. Me apoyo en el lavabo con los brazos cruzados esperando que se dé la vuelta y cuando lo hace un grito nada masculino escapa de su boca y de un salto se planta en la otra punta

de la ducha apretando las manos contra la pared.

—¡Joder, Dan! —grita llevándose la mano al pecho— ¿Es que quieres matarme?

—¿Se puede saber qué coño haces aquí? Deberías estar en la universidad, enano.

—Sí, bueno... necesitaba ver a mi hermano mayor después de enterarme por los putos periódicos de que ha sido secuestrado.

—No te lo he dicho porque sabía que vendrías de inmediato y estoy perfectamente.

—¿Han logrado atrapar al culpable?

—No, y haz el favor de salir y vestirme que no es nada agradable hablar contigo en pelotas.

Mi hermano tiene veintiocho años y demasiada testosterona, razón por la cual hace cosas sin pensar, como cuando se dio el lujo de tomarse dos años sabáticos a mitad de carrera. Cuando sale del cuarto de baño coge una cerveza del frigorífico y se tira en el sofá con un suspiro.

—Tú, enano, ¿qué haces que no estás estudiando? —pregunta Dominic dándole una colleja al pasar por su lado.

—Necesitaba un respiro, tío. Llevo tres años estudiando como un cabrón separado de mi familia. ¿No crees que ya era hora de hacerlo?

—Luego no quieres que tu padre diga que eres un flojo...

Le hago una señal a mi amigo para que se calle esa puta boca que tiene. No creo que sea lo más adecuado levantar ampollas referentes a su relación con mi padre en este momento.

—¿Cuándo vas a volver a Nueva York? —pregunto.

—La temporada de exámenes ha terminado y he pedido un permiso de una semana —explica Mark.

—¿Y vas a esquivar a papá todo este tiempo?

—Puedo quedarme en tu casa —responde sonriendo—. Aquí seguro que no me encontrará.

Voy a responder pero el sonido del móvil me lo impide. Debo haber puesto cara de gilipollas cuando he visto que es Audrey, porque mi mejor amigo alza una ceja con cara de suficiencia.

—¿Es Audrey? —pregunta.

—¿Quién es Audrey? —pregunta mi hermano a la vez.

—Sí, es ella —respondo.

—¿Y a qué esperas para contestar? —protesta Dom.

—¿Quién es Audrey? —repite Mark.

Dominic le da una colleja para que se calle de una vez y cuando centro mi atención en el teléfono ella ya ha cortado la llamada, así que se la devuelvo.

—¿Ocurre algo? —pregunto cuando descuelga.

—Tienes que venir, Dan —responde ella—. Hay un problema muy serio que debemos resolver de inmediato.

—Voy para allá.

Me pongo de pie de inmediato sin olvidar que me ha llamado por mi nombre y no señor Goldman. ¿Qué está pasando para que haya olvidado su enfado por culpa de eso?

—¿Dónde vas? —pregunta Mark.

—A trabajar.

—¿No vas a decirme quién es Audrey?

—Nadie que te importe.

—En ese caso te acompaño —responde poniéndose de pie.

—Quédate aquí —ordeno.

—Va a ser demasiado aburrido, así que mejor te acompaño.

—¿No decías que querías evitar a papá?

—¿Acaso crees que no sé que estás trabajando por tu cuenta en una editorial?

Con un suspiro le hago señas para que me siga. En cuanto entro por la puerta de la editorial Audrey se acerca a mí con unos documentos visiblemente preocupada.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—El libro de suspense se ha filtrado en internet —informa—. Alguien lo ha publicado en línea con otro seudónimo.

—¿Cómo puede ser eso posible?

—La autora se lo pasó a varias amigas para que le dieran su opinión antes de enviarlo a la editorial —explica Adrián, que está parado detrás de Audrey.

—¿Hay forma de denunciar a la autora online por plagio? —pregunto.

—Ha cambiado suficientes cosas como para que no se pueda considerar plagio —responde Adrián.

—Si sacamos este libro ahora nos acusarán de copiarla aunque haya sido al contrario —se queja Audrey—. Tenemos que descartarlo.

—¡Maldita sea! —grito frustrado.

—¿No hay otro libro que podáis publicar? —pregunta mi hermano señalando el cartel con las características esenciales que buscamos en un buen libro.

Mis empleados enmudecen de inmediato al percatarse de la presencia de una persona ajena a la editorial.

—Oh, lo siento —susurro—. Él es mi hermano Mark, podéis hablar cómodamente.

—Cuando revisé las novelas de suspense hubo un par de ellas que llamaron mi atención —explica Audrey—, pero ninguna tan innovadora como esta.

—Pon a la escritora a trabajar en esta novela —pido—. Que la cambie lo suficiente como para poder publicarla sin miedo a que nos acusen de plagio. En cuanto a la nueva novela que vamos a publicar, tráeme las que llamaron tu atención y estudiémoslas juntos. Algo habrá que podamos salvar.

—Muy bien, señor Goldman —susurra Audrey marchándose.

—Tú céntrate en modificar la portada de la novela romántica, tenemos que poner toda nuestra esperanza por ahora en esa novela —ordeno a Adrián.

—Tengo ya algunos bocetos para que les eche usted un vistazo.

—Tráelos a mi despacho también.

Mi hermano me sigue hasta mi despacho y se pone a mirar por las rendijas de las persianas que dan a la sala principal.

—Es muy guapa —dice de repente.

—¿Quién? —pregunto sin apartar la mirada del ordenador, donde tengo abierta la maldita novela online.

—La famosa Audrey.

—¿Crees que tengo tiempo ahora mismo de esto, Mark? —protesto.

—Puedo echarte una mano si quieres.

—¿Cómo?

—Estuve tonteando un poco con el diseño gráfico en mis dos años sabáticos —explica—. Papá cree que derroché su dinero pero hice algunos cursos para poder diseñar videojuegos.

—¿No querías dirigir la empresa?

—Cuando empecé a estudiar me di cuenta de que no estoy hecho para un trabajo de oficina

como el tuyo.

—¿Eso es lo que realmente quieres hacer, Mark? —pregunto con curiosidad— ¿Diseñar videojuegos?

—La verdad es que ahora mismo no sé qué quiero hacer con mi vida. Los videojuegos tienen una parte que me gusta, pero también hay cosas que me aburrían hasta el punto de dormirme.

—¿Y qué coño haces estudiando para heredar la empresa?

—Hasta que descubra lo que quiero hacer con mi vida mantengo contento a papá estudiando lo que él quiere.

— Deberías habérmelo dicho, tío, si lo hubiera sabido no me habría preocupado tanto por mantener la empresa en mi poder para cedértela a ti.

—Tú odias *CRC International* tanto como yo, Dan. No quiero que sigas haciendo algo que odias.

Sonrío y me dejo caer a su lado para palmearle la espalda. Ambos somos gilipollas por pensar más en la felicidad del otro que en la nuestra propia, pero ahora que sé que él tampoco quiere heredar la maldita empresa familiar lo que tengo en mente hacer con mi futuro es mucho más sencillo.

Tras revisar los bocetos de varias portadas y darle al diseñador los detalles que quiero que cambie le pido a mi hermano que vaya con él a echarle una mano. Necesito tener tranquilidad para centrarme en las novelas que me acaba de traer Audrey para elegir algo que se amolde a mi idea. Por suerte ella ha traído una silla y se ha sentado a mi lado para que podamos discutir nuestro siguiente movimiento. Es una suerte que sea tan jodidamente profesional.

—¿Hay alguna que te guste más que otra? —pregunto mientras leo las sinopsis.

—Ninguna en especial, la verdad. Todas son bastante buenas y están bien escritas, pero los temas que tratan son los mismos que se repiten una y otra vez en el mercado.

—Pues dentro de eso elijamos algo que destaque.

Audrey deja solo dos manuscritos sobre mi mesa.

—Creo que estas son las dos únicas que difieren de las demás, aunque solo por algunos detalles sin importancia.

—Es suficiente para que podamos sacarlas al mercado con confianza.

Paso el resto de la tarde con Audrey leyendo ambas novelas y no salimos a comer. Si no llega a ser porque mi hermano nos ha traído unos bocadillos ni siquiera nos habríamos acordado de hacerlo. Cuando termino de leer el último manuscrito tengo que apretarme el puente de la nariz porque me duelen los ojos y me doy cuenta con sorpresa de que se ha hecho de noche. Miro el reloj y descubro que son las once, pero al fijar la vista en la sala común observo con satisfacción que nadie se ha ido a casa aún.

—Vamos a publicar las dos novelas porque las dos son bastante buenas —explico a Audrey—. Empezaremos con esta, es más corta y creo que seremos capaces de publicarla en la fecha en la que teníamos programada la otra.

—Se la llevaré a los correctores ahora mismo —responde ella asintiendo.

—No, vete a casa —la interrumpo—. Es demasiado tarde para seguir trabajando, seguiremos por la mañana.

Salgo a la oficina común y les mando a todos a casa. Mi hermano se estira en su silla con una sonrisa y me mira bastante satisfecho.

—¿A qué me vas a invitar a cenar? —pregunta.

—No sé... ahora mismo lo que quiero es darme una ducha y tirarme en el sofá.

—¿Comida china? —propone.

—Lo que quieras.

Cuando salgo del aparcamiento encuentro a Audrey caminando por la acera hasta la parada de autobús. Es demasiado tarde para que vaya sola, así que me detengo y toco el claxon para llamar su atención.

—Sube —pido—, te llevo a casa.

—No hace falta, señor Goldman. Puedo ir en autobús.

—Es muy tarde y puede que ya hayan terminado su recorrido —protesto—. No seas cabezota y sube.

Aunque reticente, al final accede a dejarme llevarla a casa. Mi hermano la mira un par de veces por el espejo retrovisor antes de volverse hacia ella con una sonrisa que borraría ahora mismo de un puñetazo.

—¿Dónde vive, señorita Wallace? —pregunta.

—Sé dónde vive —protesto sin apartar la vista de la carretera.

—¿Cómo es que una mujer bonita como usted no tiene un novio que la venga a recoger al trabajo?

Ahora sí, le suelto la colleja que me he aguantado antes. ¿Por qué coño se mete en donde nadie le llama?

—¿Qué? —protesta Mark pasándose la mano por donde le he dado— ¿Es que no puedo preguntar?

—No tengo novio —responde ella impidiéndome hacerlo yo.

—Porque eres una rencorosa —susurro.

—Hay gente que no entiende que ocultar información sigue siendo mentir —protesta ella—. Creen que con decir lo siento todo está solucionado.

—Y hay personas que tienden a no ponerse en el lugar del otro antes de juzgar —contraataco.

—No se trata de ponerse en el lugar del otro, se trata de que para tener una relación hace falta confianza en primer lugar.

—¡Maldita sea, Audrey! ¿Quién coño dice que no confío en ti?

—¡Venga ya! —exclama mi hermano mirándonos con los ojos como platos— ¿Vosotros dos estáis saliendo?

—¡Sí! —protesto.

—¡No! —responde Audrey a la vez.

—Creo que voy a venir a ayudarte todos los días mientras esté en Seattle, hermanito —ríe—. Seguro que estaré muy entretenido.

Después de varios días trabajando a contrarreloj debido al maldito contrat tiempo al fin tenemos la primera novela lista para salir al mercado. Hoy es el día de la mudanza, así que todos los empleados están muy ocupados empacando sus pertenencias para cambiarnos de edificio. He contratado un camión de mudanzas para trasladar todas las cajas porque los muebles han quedado descartados.

En cuanto llegamos a la nueva editorial los empleados se quedan con la boca abierta. Para empezar hay un enorme cartel con el nombre de la empresa en la entrada. Nuevos puestos de trabajo, nuevos equipos electrónicos y grandes ventanales que dejan pasar la luz del sol son algunos de los cambios respecto a la antigua ubicación. Audrey me mira con una sonrisa cuando ve su nombre en la puerta del despacho frente al mío haciendo que mi corazón se salte un latido.

¿Por qué coño una simple sonrisa puede afectarme tanto?

—¿Ya soy editora jefe? —pregunta.

—Te lo has ganado con creces —respondo sonriendo.

—Gracias por cumplir tu palabra.

—¿Creías que no iba a hacerlo porque nos hemos peleado?

—No —reconoce—, sabía que no ibas a mezclar nuestra vida personal con la profesional.

Asiento bastante satisfecho con su respuesta y entro en mi despacho para seguir trabajando. Me paso gran parte de la tarde colocando mis cosas en mi oficina pero me detengo en seco al caer en la cuenta de que pronto la abandonaré. Un pensamiento repentino cruza mi mente y llamo a mi hermano, que está ayudando a una de las correctoras más jóvenes a colocar sus cosas.

—No estoy ligando con tu empleada —advierde riendo—. Solo la ayudo a acomodarse.

Levanto una ceja y él se deja caer en el sofá con una sonrisa.

—Vale, sí... estaba ligando con ella —reconoce—. ¿Eres el único con derecho a tener un ligue de oficia o qué?

—Yo voy muy en serio con Audrey.

—¿Y quién dice que yo no voy en serio con...?

Se queda mirando al aire intentando recordar el nombre de la muchacha, haciéndome sonreír con suficiencia.

—Tú mismo acabas de decirlo, así que olvídate de mis empleadas —advierde.

—¿Para qué me has llamado?

—¿Qué dirías si te dijera que estoy pensando en quedarme con la editorial para dejar la empresa de papá? —pregunto.

—Que estás como una puta cabra.

—¿Por qué?

—Porque no tienes el dinero para hacerlo.

—Tengo mi herencia.

—¿Y crees que papá te dejará gastarla en esto?

—O puedo vender mis acciones.

—¿Y a quién se las vas a vender? ¿Tienes algún comprador en mente?

—También puedo pedir un préstamo utilizándolas como garantía —explico—. Aún no sé los detalles porque acabo de decidirlo.

—¿Es por ella?

—No tiene nada que ver con ella, me he dado cuenta de que me gusta trabajar en una editorial.

—Aún no sabes si vas a lograr reflotarla como editorial.

—A día de hoy he reflotado todos los negocios que han caído en mis manos. ¿Por qué iba a ser diferente ahora que quiero quedármelo?

—¿Estás completamente seguro de eso?

—Llevo tiempo pensando en dejar la empresa y ahora que sé que tú tampoco la quieres no voy a andarme con rodeos. Esta es una gran oportunidad de hacer algo que realmente me gusta.

—Muy bien, cuenta conmigo entonces.

—¿Cómo que cuenta contigo?

—Trabajando con Adrián he recordado cuánto me divertía diseñando videojuegos. Esto es lo mismo pero sin la parte de programación, que es la que me aburre.

Me quedo mirándole un momento porque acabo de darme cuenta de que mi hermanito ya se ha convertido en un hombre.

—He madurado mucho en estos años, hermano —dice adivinando mis pensamientos—, ya no soy el niño que era hace cuatro años.

—Has estado tanto tiempo fuera que no me había dado cuenta —reconozco—. Ahora tengo que averiguar cómo puedo hacer todo esto.

—No quiero ni imaginarme la reacción de mamá cuando se entere de que los dos dejamos su adorada empresa —dice mi hermano.

—Yo tampoco —respondo con un escalofrío.

—Seguramente le dará un ataque de histeria —ríe Mark—. Porque sigue siendo tan teatrera como de costumbre, ¿verdad?

—Peor —suspiro—. Ahora le ha dado por enviarme a citas a ciegas porque dice que tengo que casarme de una puta vez.

—¿Por eso has roto con Audrey? ¿Porque te cazó en una cita a ciegas?

—No, no fue por eso... aunque tampoco es que la última cita a ciegas ayudase mucho a nuestra reconciliación.

—¿Se lo dijiste?

—Por supuesto que se lo dije. Ya estaba bastante enfadada conmigo porque no le dije quién soy en realidad, no podía arriesgarme a mentirle de nuevo.

—¿Y qué vas a hacer con ella?

—Recuperarla a cualquier precio. Me he dado cuenta de que no puedo vivir sin ella.

Mi madre entra en el despacho en ese momento y parece que el tiempo transcurre a cámara lenta. Mira primero a Mark, luego a mí y por último de nuevo a mi hermano antes de acercarse a él y tirarle de la oreja como si fuera un crío de diez años.

—¡Joder, mamá! ¿Quieres soltarme? —protesta mi hermano.

—¿Otra vez estás saltándote las clases? —pregunta ella.

—¡He pedido un permiso de una semana después de los exámenes! —explica— Me enteré de que habían intentado secuestrar a Daniel y quise venir a ver cómo estaba.

—¿Seguro?

—¡Llama a la universidad si no me crees!

Al final mi madre le suelta y se sienta en el sofá evitando mirar a mi hermano.

—¿Y ahora por qué te enfadas? —protesta Mark suspirando.

—Has vuelto a Seattle y no has sido capaz de venir a ver a tu madre.

Como si a ella le importase algo su hijo... Tengo que reprimir las ganas de soltar un bufido y en vez de hacerlo me vuelvo hacia la estantería para seguir colocando mis libros.

—No quería cruzarme con papá —explica Mark—. No tengo ganas de discutir de nuevo con él.

—Podías haberme llamado y habría venido a verte —le reprocha ella.

—Se lo habrías contado a papá en cuanto colgases el teléfono —protesto.

—¿Cómo fue la cita del otro día? —me pregunta de repente.

—No vuelvas a presentarme a una mujer como esa —ordeno—. No he visto a una mujer más ordinaria y carente de modales en toda mi vida.

—Pues sus antecedentes son impecables...

—¿Es que no te reúnes con ellas antes de enviarme a mí? —pregunto sorprendido.

—Me reúno con sus padres. ¿Para qué tengo que reunirme con ellas?

—¡Para comprobar que no son estafalarias, por ejemplo! Por si no fuera suficiente su modelito, con el que casi le veo las bragas, se atrevió a meterme la lengua hasta la garganta sin mi

consentimiento en medio del hotel.

Como esperaba, mi madre me mira horrorizada porque lo que más detesta en este mundo es la falta de modales y decoro.

—A partir de ahora me encargaré de reunirme personalmente con ellas antes de concertarte una cita —promete.

—Con ella, mamá —la corrijo—. Te recuerdo que solo me queda una cita más para que me dejes elegir a la mujer con la que casarme por mi cuenta.

—¿A qué viene ese interés repentino en elegir a la mujer tú mismo? —pregunta con curiosidad.

—Tal vez porque quiero casarme por amor como una persona normal —protesto.

—¿Acaso tienes a alguien en mente?

—Puede ser.

Mi hermano mira a mi madre divertido y asiente, ganándose una colleja de mi parte.

—¿Tienes novia? —pregunta mi madre— ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Porque no me gusta que te metas en mis asuntos, mamá. Te lo he dicho mil veces.

—Si tienes novia me gustaría conocerla. Hay muchas cosas que preparar antes de la boda.

—¿Pero en serio crees que voy a casarme con ella cuando a ti te dé la gana? —río— Parece que no me conoces en absoluto, mamá.

—Eres el heredero de los Goldman, Daniel, y eso conlleva unos cuantos sacrificios.

—¿Papá se casó contigo por contrato? —pregunta mi hermano de repente— Tiene que ser muy triste vivir toda tu vida con alguien a quien no le importas en absoluto.

Mark se ha pasado tres pueblos. Puedo ver el brillo de las lágrimas en los ojos de mi madre y tiembla como una hoja. Doy un paso para acercarme a ella pero recobra la compostura y se pone de pie mirándole con reproche.

—Hay muchas otras cosas que compensan la pérdida del amor, Mark —contesta.

—¿Sí? —pregunta mi hermano— ¿Qué cosas?

—Entre otras el dinero y el poder.

—Lo siento mucho por ti, mamá —susurra Mark—. Has debido tener una vida de lo más miserable.

—¿Eso crees? Cuando sea tu turno de casarte comprobarás por ti mismo que estás equivocado.

Mark se ríe negando con la cabeza.

—A diferencia de mi hermano yo no pienso hacer lo que quieras con tal de no darte un mal rato, mamá. Me casaré cuando me dé la gana, con quien me dé la gana... y si es que me da la gana casarme, que lo mismo me paso al amor libre y monto un harén.

Mi madre abre la boca para hablar, pero en vez de eso coge su bolso y sale por la puerta sin mirar atrás.

—¿No crees que te has pasado un poquito? —pregunto sin apartar la mirada de la estantería.

—Al contrario, Dan, tú eres demasiado complaciente con ella.

—Eso no significa que puedas hacerle daño a sabiendas.

—¿Crees que ella no me lo ha hecho a mí? —protesta— ¿Sabes lo mal que me lo hizo pasar cuando decidí dejar la universidad hace cinco años?

No... la verdad es que no lo sé porque estaba demasiado ocupado aprendiendo a manejar la empresa como para prestar atención a los asuntos de mi hermano pequeño. Con un suspiro, dejo las cosas sobre la mesa y me dejo caer en mi sillón.

—En cualquier caso no debes ser como ella, Mark... —susurro— Tú y yo somos mejores que eso.

Capítulo 14

Después de estar horas buscando la manera de poder seguir adelante con mi idea de quedarme con la editorial levanto la cabeza del ordenador para darme cuenta de que ya son más de las once. La oficina está en absoluto silencio, debo ser el único aquí a excepción del guardia de seguridad. Me estiro en mi silla para calmar los músculos de mi espalda y apago el ordenador para irme de una vez a casa. Los empleados han ido a cenar juntos para celebrar la inauguración de la nueva ubicación y aunque me han invitado a acompañarles no he querido ir para no aguarles la fiesta. Nadie se divierte si el jefe está delante, ¿verdad?

Entro en el ascensor y espero pacientemente a llegar a la última planta del edificio. Cuando las puertas se abren entra en mi teléfono una llamada de mi hermano.

—¿Has bebido demasiado y quieres que te recoja? —pregunto.

—No soy yo quien ha bebido, Dan. Audrey está como una cuba ahora mismo.

—¿Audrey?

—Se ha bebido más de seis cervezas y te aseguro que no tiene buen beber, tengo demasiada información sobre vuestra relación en mi cabeza como para seguir cuerdo.

—¿Por qué no la has detenido?

—¿Crees que no lo he intentado?

—Llévala a casa, te paso la dirección por whatsapp.

—No puedo conducir, Dan.

—Pues coge un taxi.

—En serio, no sé si es que eres tonto o te lo haces. ¿Crees que te he llamado porque no soy capaz de llevar a una chica a su casa después de una borrachera? Adrián ha intentado varias veces llevársela, capullo.

—¿Ese gilipollas también está allí?

—Estamos todos menos tú, imbécil.

—Como vaya a recogerla va a cabrearse más...

—Está demasiado borracha para pensar en esas cosas, créeme.

—Muy bien, voy para allá.

—No tardes, quiero irme a casa ya.

Cuando llego al pub mi hermano está en una sala aparte con Audrey, que tiene la camisa abierta dejando su sujetador al descubierto. Miro a Mark con una ceja arqueada y me apresuro de cerrarle la ropa.

—¿Has disfrutado de las vistas? —protesto.

—¡A mí no me digas nada que ha sido ella solita la que se ha desnudado porque tenía calor! La he traído aquí porque estaba haciéndolo delante de todos.

—Ya estoy yo aquí, así que te puedes largar.

—¿No me vas a llevar a casa?

—No vas a dormir en mi casa esta noche, Mark.

—¿Y por qué no?

—Porque voy a llevarme a Audrey allí y no te quiero merodeando a su alrededor.

Mi hermano se pone en cuclillas a mi lado mirándome con una sonrisita de suficiencia que

borro de un empujón, haciéndole caer de culo al suelo.

—¡Vaya! —exclama— ¡Mi hermano realmente está celoso!

—¿Tú también estás borracho? —protesto— No dices nada más que gilipolleces.

—Sabes de sobra que jamás tocaría a tu mujer, tío. Además, por desgracia me ha contado con pelos y señales gran parte de vuestros encuentros sexuales y he sido yo quien ha estado a punto de vomitar.

Me río e incorporo a Audrey para ponerle la chaqueta antes de sacarla de aquí.

—No te rías, no ha sido nada agradable —protesta.

—Gracias por sacarla de allí, Mark, te debo una.

—Audrey te sigue queriendo aunque lo hayáis dejado. Lo sabes, ¿verdad? —Asiento—. Aunque se ha pasado más de una hora despotricando contra ti por haberla engañado...

—No soporta las mentiras —respondo mirándola con una sonrisa.

—Aprovecha para hablar mañana con ella sobre esto. Es sábado, así que no tendréis que ir a la oficina y tendréis tiempo de sobra de arreglar lo vuestro.

Asiento y mi hermano se marcha dejándome a solas con ella. Me está costando la misma vida acomodarle la ropa para llevármela a casa pero logro hacerlo y la cojo en brazos para acompañarla hasta el coche. Ella abre los ojos en cuanto doy un par de pasos y me mira con una sonrisa.

—¡Daniel! —exclama ella enterrando la cara en mi cuello.

—¿Pensabas beberte toda la cerveza del bar? —pregunto.

—Eres idiota... también eres guapo, pero eres idiota.

—¿Soy guapo? —sonrío.

—Mucho. Todas las chicas de la editorial me tienen envidia porque creen que seguimos juntos.

—¿Y por eso soy idiota?

—No, porque le sonríes a todas. No puedes sonreírle a todas, ¿sabes, Daniel?

—¿Y eso por qué?

—Porque eres mío.

—Te recuerdo que me dejaste.

—Es cierto, te dejé... pero eres mío.

La verdad es que la Audrey borracha es bastante divertida y me está dando bastante material para burlarme de ella durante todo el fin de semana... porque no pienso dejarla marcharse hasta que reconozca que me quiere y vuelva conmigo.

Cuando llegamos a mi coche logro meterla en el asiento del copiloto y le abrocho el cinturón de seguridad. Ella tarda en dormirse el tiempo que yo tardo en dar la vuelta para subirme al coche. Con una sonrisa aparto el pelo que le ha caído sobre los ojos y le doy un beso en la mejilla antes de arrancar.

—Daniel... —susurra ella entre sueños.

Cuando llego a mi casa la cojo de nuevo en brazos para subirla al apartamento, pero en el ascensor termina vomitándome encima. La ayudo a ducharse y a cambiarse de ropa antes de meterla en la cama y hacer lo mismo. Cuando salgo del cuarto de baño ya se ha quedado dormida pero inconscientemente se ha pasado a mi lado de la cama y abraza la almohada como si fuera su tesoro más preciado, haciéndome sonreír. Con cuidado sustituyo la almohada por mi cuerpo y me meto bajo las mantas con un suspiro.

—Dan... —susurra ella en sueños.

—Sí, cariño... ya estoy aquí.

Ella abre los ojos y me sonrío antes de pegar sus labios a los míos. La aparto con suavidad pero ella enlaza los brazos en mi cuello y hunde de nuevo la lengua en mi boca.

—Audrey —digo apartándola de nuevo— ¿Qué haces?

—Dan, por favor... te necesito —susurra volviendo a besarme.

En cuanto su cuerpo se pega al mío mi polla reacciona, pero no pienso hacer nada en su estado. Intento apartarla de nuevo empujándola suavemente por los hombros y ella entrelaza las piernas con las mías buscando de nuevo mi boca. ¿Cómo voy a ser capaz de resistirme a esto si llevo deseándola semanas?

—Audrey, para —pido manteniendo la distancia entre nosotros.

—¿Ya no me quieres? —ronronea ella.

—Claro que te quiero, nena... pero no así.

Con un esfuerzo sobrehumano me levanto de la cama y me voy a dormir a la habitación de Mark, aunque me cuesta la misma vida conciliar el sueño. Cuando me despierto por la mañana Audrey está sentada en la cama mirándome fijamente y sujeta mi mandíbula con la mano para besarme. ¿Qué coño está haciendo? Ya no está borracha... ¿o sí? Audrey enreda los dedos en mi pelo cuando le devuelvo el beso y se tumba sobre mi cuerpo acunando mi polla entre sus muslos. Aunque lo intento con todas mis fuerzas no soy capaz de volver a resistirme a ella. La atraigo contra mi cuerpo con un suspiro sin separar mi boca de la suya. Sus curvas se ajustan a las mías y mi polla queda encajada entre sus muslos arrancándome un gemido. Paseo mis manos por su espalda y por su culo y aprieto mis dedos con fuerza contra su carne cuando sus manos bajan por mi estómago.

—¿Estás segura de esto? —pregunto cuando libera mi boca.

Ella sube mi camiseta y lame una de mis tetillas por respuesta, haciéndome gemir. Sus dedos atormentan uno de mis pezones mientras su lengua acaricia el otro y mi polla se pone dura de inmediato. Estoy a mil, la echaba tantísimo de menos que apenas soy capaz de hilar dos pensamientos seguidos mientras su pelvis se roza contra mi polla. Debería detenerla para hablar con ella primero pero por Dios que soy incapaz de hacerlo. De un solo movimiento la dejo tendida sobre la cama y me coloco a cuatro patas sobre su cuerpo sujetándole las muñecas contra el colchón.

Su mirada cargada de deseo se fija en mis ojos y levanta la cabeza para buscar mi boca eliminando cualquier atisbo de lucidez que pueda quedarme ahora mismo, en cuanto mi lengua roza la suya pierdo toda capacidad de pensar. Desabrocho lentamente los botones de la camisa que lleva puesta sin apartar mi boca de la suya y dejo sus pechos al descubierto. Me meto un pezón en la boca para atormentarlo e inspiro con fuerza al sentir su mano apretar mi polla a través de los pantalones de deporte.

Me pongo de rodillas para deshacerme de la camiseta volviendo a lamer sus pezones, que florecen a mi más mínima caricia. Bajo mi lengua caliente por su estómago hasta toparme con el raso de sus braguitas, abro sus piernas lo suficiente como para poder encajar mis hombros al tumbarme entre ellas y humedezco la tela con mi lengua, apretándola contra su sexo para que pueda sentir la caricia en su clítoris. Me deshago de ellas e introduzco un dedo en su interior para acariciarla lentamente mientras mi lengua lame su pequeño botón hinchado. Los gemidos de Audrey inundan mis oídos y el olor almizclado de su sexo me deja embriagado y aturdido.

No puedo más, estoy a punto de perder el control por completo, así que me pongo de pie y me deshago del pantalón dejando mi polla libre al fin. En cuanto la ve Audrey se incorpora y se la mete por completo en la boca, logrando que mi cabeza caiga hacia atrás con un gemido. Su lengua

acaricia mi polla cada vez que la engulle y sus dedos juegan con mis huevos provocándome escalofríos. Ella se pone de pie para hacerme caer sobre la cama y se arrodilla entre mis piernas para seguir comiéndome la polla. Tengo los pantalones a la altura de las rodillas y no puedo moverme con facilidad, pero Audrey continúa con su asalto hasta casi hacerme llegar al orgasmo.

—Para, nena... —gimo— que me corro.

Ella deja un reguero de besos desde mi estómago hasta el cuello y se monta a horcajadas sobre mi polla. Centímetro a centímetro me clava en su interior hasta el fondo y cierro los ojos para disfrutar de esta sensación que tanto echaba de menos. Audrey pega su boca a la mía y empieza a moverse sin dejar de besarme, hundiendo su lengua en mi boca, mordiéndome el labio inferior y succionando mi lengua dentro de la suya. Estoy a mil... cada vez que me hace salir de ella casi por completo aprieto mis dedos en sus caderas para animarla a bajar de nuevo. Sus tetas se restriegan contra mi pecho y me siento en la cama porque me muero de ganas de atraparlas con la boca mientras botan delante de mi cara.

Los gemidos de Audrey se han convertido en gritos de placer, sus uñas se clavan en mi espalda y sus movimientos se vuelven erráticos. La sujeto con fuerza y muevo mis caderas para marcarle de nuevo el ritmo a seguir. Nuestros cuerpos están empapados en sudor, mi boca juega con la piel de su cuello y sus dientes acarician el lóbulo de mi oreja haciéndome jadear. No puedo más... estoy a punto de correrme y necesito moverme con desesperación.

La tumbo de lado en la cama y me coloco a su espalda para volver a penetrarla. Su cabeza descansa sobre mi hombro y doblo la mano sobre su pecho para pellizcar su pezón mientras que con la otra rozo innumerables veces su clitoris hinchado. Los gemidos de mi chica inundan mis oídos y su respiración acelerada acaricia mi antebrazo, el placer sube por mi espalda lentamente, los músculos de Audrey se contraen a mi alrededor por el orgasmo arrastrándome a mí con ella y dejándonos caer rendidos sobre la cama.

No sé cuánto tiempo hemos pasado así, pero mi respiración se ha calmado por completo y siento el cuerpo frío debido al sudor. Audrey aprieta aún mi brazo entre sus manos y yo sigo enterrado por completo dentro de ella. Paso el brazo por su cintura y la atraigo con fuerza hacia mi cuerpo para saborear este momento un segundo más porque tengo la sensación de que en cuanto me separe de ella se va a alejar de mí de nuevo.

—Tomemos una ducha juntos, ¿mmm? —susurro besándola en el hueco que tiene debajo de su oreja.

Ella asiente, se separa de mí y tira de mi mano para llevarme al cuarto de baño. No necesitamos palabras, simplemente nos limitamos a enjabonarnos mutuamente para deshacernos del sudor y el olor a sexo de nuestros cuerpos. Envuelvo a Audrey en una toalla, le seco el pelo con cuidado y volvemos a meternos bajo las sábanas porque al menos yo vuelvo a estar destrozado. Con un bostezo abrazo a Audrey para volver a dormir, ya habrá tiempo de hablar de ello cuando hayamos descansado.

Cuando me despierto a mediodía Audrey ha vuelto a desaparecer. ¿Pero es que esta tía es la reina del escapismo o qué? Me levanto de la cama y cojo el teléfono para llamarla inmediatamente, pero no responde. ¡Si me la echara a la cara ahora mismo la mataba por hacerme esto una y otra vez! Me visto y cojo las llaves del coche para presentarme en su casa. Las persianas están bajadas y no parece haber nadie, pero aun así aporreo la puerta hasta que su vecina sale para llamarme la atención.

—Ha salido esta mañana —me informa—, ha dicho que iba a visitar a sus padres.

—Gracias, y perdone por el escándalo.

Con un suspiro vuelvo a mi edificio y entro en casa de Dominic en vez de irme a la mía porque no tengo ganas de estar solo todo el fin de semana.

—¿Qué haces aquí? —pregunta nada más verme aparecer por la puerta.

—Me aburro.

—¿No estabas con Audrey?

—¿Audrey? Esa mujer está terminando con mi paciencia, te lo juro. ¿Crees que es normal que echemos un polvo y desaparezca antes de que abra los ojos?

—¿Te acostaste con ella en el estado en el que estaba? —pregunta mi hermano saliendo del cuarto de baño.

—¿Crees que soy imbécil? —protesto— Ha sido esta mañana.

—¿Habéis aclarado las cosas? —pregunta Dominic.

—Eso pretendía cuando me he despertado pero ya no estaba.

—¿Te la has follado sin hablar primero con ella? Deberías haberte controlado —insiste Mark negando con la cabeza.

—¿Por qué? Ha sido ella quien me ha buscado.

—Aun así no está bien, deberíais haber hablado primero.

—¿Ahora soy el malo por no haberme podido resistir a sus caricias?

—No estoy diciendo eso, simplemente digo que el haberos acostado no significa que volváis a estar juntos.

—¿Crees que no lo sé?

—No tienes autocontrol —bufa mi hermano.

—¿En serio crees que esto tiene algo que ver con el autocontrol? Espera a enamorarte y me cuentas si eres capaz de resistirte a un beso o una caricia de esa mujer.

—Haya paz, chicos —interrumpe Dominic—. No es como si tu hermano hubiera cometido un delito.

Miro a mi hermano con las cejas arqueadas y una sonrisa, pero él me saca el dedo y se tumba en el sofá.

—¿Se lo has dicho? —pregunta.

—¿El qué?

—Que estás enamorado de ella.

—Todavía no.

—¿Y a qué esperas para hacerlo? —pregunta Dom.

—A que vuelva conmigo.

—Eres un auténtico gilipollas, en serio —protesta Mark—. Si no le dices que la quieres, ¿cómo pretendes que vuelva contigo?

—Si se lo digo y ella no me corresponde voy a quedar como un imbécil.

—Has cambiado mucho, Dan —dice mi amigo—. Antes eras como yo, no perdías la oportunidad de follarte a toda la que se te pusiera por delante, y ahora tienes miedo de confesarte a una mujer.

—¿Crees que es lo mismo, capullo? —protesto— Espera a enamorarte tú también, que ya me dirás lo fácil que se ven las cosas desde dentro.

—Yo no voy a enamorarme nunca, me gustan demasiado las mujeres como para atarme a una sola de ellas —ríe Dom.

—Eso decía yo y me secuestraron.

—¿Y qué tiene que ver el secuestro con lo que estamos hablando? —pregunta mi hermano.

—Que gracias a él me enamoré de la mujer que me salvó de morir desangrado en mitad de la calle.

Cuando vuelvo a la oficina el lunes Audrey está charlando con Adrián mostrándole una sonrisa. ¿Me pide que yo no le sonría a las mujeres de la oficina y es lo primero que ella hace al llegar? Me acerco con paso decidido a ellos y sujeto a Audrey de la muñeca para arrastrarla hasta mi despacho. Sin soltar su mano bajo las persianas de las cristaleras que dan a la oficina principal y la aprisiono contra la pared acercando mi cara a la suya.

—¿Es que te has vuelto loco? —protesta intentando abrir los dedos que sujetan su muñeca.

—¿Por qué cojones te fuiste de mi casa el sábado, Audrey? ¿Es que te gusta ponerme de mala leche?

—Tenía que ir a ver a mis padres.

—¿Y no pudiste esperar a que nos despertásemos para hacerlo? O despertarme si es que tenías tanta prisa. ¡O cogeme el puto teléfono al menos!

—¿Para qué?

—¿Cómo que para qué? ¡Dijiste que no volverías a desaparecer mientras duermo!

—Eso era cuando salíamos juntos. Ya no estamos saliendo, ¿recuerdas?

—Ah, ¿no? ¿Entonces a qué vino lo que pasó por la mañana?

—Eso fue...

—Como se te ocurra decir que fue un error te juro por Dios que no respondo —advierto con los dientes apretados.

—Es que eso es lo que fue, Daniel. Creo que aún estaba borracha y tú estabas ahí.

—¿Que yo estaba ahí? ¿Qué quiere decir eso, que te habrías acostado con cualquiera?

Ella agacha la cabeza avergonzada. Puede estar hablando en serio... ¿o sí?

—Me utilizaste, ¿es eso? —susurro sin querer escuchar la respuesta— Estabas cachonda y utilizaste al gilipollas de tu ex para saciarte.

—No he querido decir eso.

—¡Uau, Audrey! —exclamo soltándola y alejándome un paso de ella— Me estado sintiendo todo el fin de semana como una mierda por haber sido incapaz de resistirme a ti pero no tenía por qué, ¿verdad?

Me alejo de ella todo lo que puedo y me paso las manos por el pelo. ¿Es así como se han sentido las mujeres con las que me acosté en el pasado? No, porque ninguna de ellas estaba enamorada de mí.

—Ponte a trabajar —susurro sin mirarla.

—Daniel...

—¡Vuelve al puto trabajo!

No me vuelvo a mirarla porque no quiero que vea lo dolido que me siento en este momento. Escucho el sonido de sus tacones al alejarse y me siento en mi escritorio para centrarme el resto de la mañana en leer nuevos manuscritos para próximas publicaciones. Mi hermano entra varias horas más tarde para enseñarme las portadas que Adrián y él están diseñando y cierra la puerta al ver mi expresión.

—¿A qué viene esa cara? —pregunta.

—A que me siento como una puta mierda, a eso viene.

—¿Has vuelto a discutir con Audrey?

—Me he pasado la vida acostándome con mujeres por las que no sentía absolutamente nada solo para calmar mis ganas de sexo y si alguna de ellas se ha sentido la mitad de mal de lo que me

estoy sintiendo yo ahora mismo merezco ir de cabeza al infierno.

—¿Por qué dices eso?

—Audrey acaba de reconocer que me utilizó.

—¿Cómo que te utilizó?

—Lo que estás oyendo, estaba cachonda y como sabía que yo no iba a negarme me utilizó.

—No creo que sea eso lo que haya hecho.

—Pues es lo que ha dicho.

—De todas formas tampoco es para tanto, a fin de cuentas te acostaste con la mujer a la que amas.

—¡Y se marchó por la mañana como si fuera un polvo de una noche!

Mi hermano sofoca una sonrisa con la mano y se sienta en el sofá a mi lado.

—No te rías —advierto— que no tiene ni puta gracia.

—Es gracioso verte en este estado. Y yo que creía que eras un cabrón sin sentimientos...

—¿Yo? ¿Y se puede saber por qué pensabas eso?

—Porque nunca te preocupaste por mí en el pasado, siempre estabas demasiado ocupado como para perder un par de minutos con tu hermano pequeño.

—No era porque no me preocupara por ti, Mark, papá no me dejaba hacerlo. Decía que el heredero de los Goldman no puede tener debilidades por nadie porque los enemigos podrían utilizarlo en su contra.

—Después de tu secuestro hemos comprobado que al menos en eso tenía razón. ¿Se sabe algo sobre el tema? No hemos vuelto a hablar de ello.

—La policía está investigando pero no tiene muchas esperanzas de encontrar al culpable. Tengo demasiados enemigos y en el almacén no hay ninguna pista que puedan utilizar para encontrarlo.

—¿Lograste verles la cara?

—Sí, pero es como buscar una aguja en un pajar. Eran empleados de alguna empresa que reestructuré pero esta es la primera vez que me involucro directamente en una de ellas y conozco a sus empleados.

—¿Crees que volverán a intentarlo?

—La verdad es que no, de ser así ya lo habrían hecho. Más bien creo que fue un intento desesperado por conseguir dinero y como salió mal habrán dejado la ciudad para no ser descubiertos.

—Aun así no puedes bajar la guardia todavía.

—No va a pasarme nada malo.

—¿Te has reunido con los bancos para solucionar lo del préstamo?

—He pensado algo mejor. ¿Qué te parece si le vendemos nuestras acciones al resto de inversores?

—¿A Akerman y compañía? —Asiento.

—Ellos están deseando hacerse con la empresa y estoy seguro de que harán un gran trabajo dirigiéndola. Son unos capullos, pero saben hacer muy bien su trabajo.

—Pero no podemos venderle las acciones que nos dejó el abuelo, ya lo sabes.

—No, pero sí las que hemos comprado nosotros mismos.

—¿Sabes lo que va a cabrear eso a papá? Nos va a desheredar.

—Estoy cansado de hacer siempre lo que él quiere, Mark. Es hora de que viva mi vida por mi cuenta.

- Hagámoslo —dice levantándose—. Reúnete con ellos en secreto y proponles tu plan.
- Concertaré una cita con ellos lo antes posible.
- Muy bien, vuelvo al trabajo.

Asiento y mi hermano se marcha dejándome a solas con mis pensamientos. Fijo mi mirada en Audrey, que trabaja sentada en la mesa de su despacho concentrada en el ordenador. Hoy se ha puesto un sencillo vestido negro por las rodillas que dibuja muy bien sus curvas y cuando la he tenido entre mis brazos hace un momento he querido arrastrarla conmigo hasta una habitación con una enorme cama para desnudarla lentamente y hacerle de nuevo el amor.

Dejo caer la cabeza en el escritorio con un gemido. ¿Cómo voy a conseguir que Audrey vuelva conmigo? Siento que cada vez que hablo con ella meto la pata un poco más y a este paso no va a haber reconciliación posible entre nosotros. Necesito una excusa para poder pasar tiempo a solas con ella sin el temor de que huya en cuanto cierro los ojos, pero no sé cómo voy a convencerla de algo así.

Fijo mi atención en el calendario. La fecha de publicación del primer libro se acerca y deberíamos hacer una presentación en la ciudad natal del escritor, ¿verdad? Tal vez la editora jefe y yo deberíamos estar presentes en dicha presentación... Con una sonrisa triunfal cojo el teléfono para hacer los preparativos pertinentes. No sé por qué me da que el hotel va a cometer un terrible error...

Capítulo 15

Todo está saliendo mal desde el primer momento. ¿Se puede saber en qué coño piensa Audrey al sugerir que otro editor me acompañe a la presentación?

—He dicho que quiero que seas tú quien venga —protesto de brazos cruzados.

—Tengo trabajo que hacer aquí —responde ella sin apartar la mirada de su ordenador.

—Este viaje también es trabajo.

—Un trabajo que cualquiera puede hacer por mí.

—Tu jefe te ha ordenado que vayas.

—¿Ahora vas comportarte conmigo como el jefe?

—No te confundas, Audrey, que haya tenido una relación contigo no significa que puedas hacer lo que te dé la gana.

—¿Crees que me niego a ir porque tú me lo estás pidiendo? Si tan poco profesional crees que soy, ¿por qué me diste este maldito puesto?

—¡Eso no es lo que estoy diciendo, maldita sea!

—¡Es precisamente lo que acabas de decir!

—¡Muy bien! ¡Pues como soy el puto jefe vas a hacer lo que yo te diga! Mañana te quiero ver a las seis en punto en la puerta de la editorial con la maleta preparada, ¡y como se te ocurra mandar a Thomas estás despedida!

Me paso toda la noche sin pegar ojo debido al cabreo monumental que tengo encima. ¿Por qué tiene que ser tan cabezota? La verdad es que me arrepiento un poco de haberla amenazado con despedirla... ¡pero es que me ha sacado de mis casillas!

El día de trabajo tampoco es un camino de rosas. Audrey no ha salido de su despacho en todo el día y cuando tiene que informarme de algo envía a alguno de sus subordinados para hacerlo. Pero que no piense ni por un solo momento que voy a ir a buscarla, porque va de culo y cuesta abajo si piensa eso. Esta vez soy yo el agraviado, no ella. ¿Por qué no puede ceder aunque sea un poquito? ¿Por qué no puede entender que el viaje es de negocios y que tenemos que hacerlo? “Cabrón mentiroso, lo has planeado todo para poder seducirla y recuperarla” me dice una voz en mi cabeza. ¿Acaso es un delito intentar volver con la mujer a la que quiero? ¡Me dejó por una gilipollez, maldita sea! ¿Por qué no me da la oportunidad de arreglar las cosas? Apago el ordenador con más fuerza de la que necesito y salgo de la oficina para alejarme de todo, estoy hasta los cojones de sentirme como un gilipollas.

Como esperaba Audrey está puntualmente esperando en la editorial al día siguiente aunque no se digna a dirigirme la palabra, y la verdad es que yo tampoco tengo ganas de hablar con ella así que todo el viaje lo estamos haciendo en silencio. No quiero ni imaginarme la que formaría si llegamos a *Mansfield* y ve que solo tenemos una habitación, así que le he pedido a Dom que reserve una más para evitar otro enfrentamiento con ella. Mi amigo me llama en ese momento salvándome de la incomodidad y me pongo el auricular del manos libres para hablar con él.

—Dime, tío. ¿Qué pasa? —pregunto.

—He intentado conseguir otra habitación como me pediste pero el hotel está completo.

—¿Cómo va a ser eso?

—A ver si te crees que es el Ritz... que solo es un hotelucho de mala muerte con ocho

habitaciones.

—¿Has mirado en otros?

—No hay otros, Dan, es un pueblo de trescientos habitantes.

—¿Estás seguro de que no hay otro?

—Completamente, he mirado en todas las páginas de hoteles que conozco y solo aparece ese.

—Pues nada, a joderse.

—¿Quieres que vaya a rescatarte de morir a manos de Audrey?

—Muy gracioso.

—¿Pero a quién se le ocurre hacer una presentación de un libro en un pueblo como ese? — pregunta mi amigo.

—Piénsalo bien, en un pueblo tan pequeño todos los vecinos se conocen y lo más seguro es que la mayoría de ellos compren el libro.

El bufido de Audrey me hace girar la cabeza hacia ella.

—¿Qué? —pregunto.

—Que eso es una tontería —responde ella.

—¿Porque tú lo dices?

—Porque es la realidad. Das por hecho que todos se llevan bien y que son buenísimos amigos como en las películas, pero en realidad normalmente las personas se llevan bien con unos pocos vecinos, no con todos.

—Lo dice la chica de ciudad...

—Haz lo que te dé la gana.

—Es lo que pienso hacer.

La risa de Dom me recuerda que aún lo tengo al teléfono.

—Tú no te rías, capullo —protesto.

—¿Otra vez estás discutiendo con ella?

—¿Y cuando no es Pascua?

—Parecéis un matrimonio. ¿Podéis centraros en reconciliaros y dejar de discutir?

—Díselo a ella, a ver si te hace caso.

—¿Que me diga qué? —pregunta Audrey, que no está oyendo la conversación.

—¿Quién está hablando de tí? —protesto.

—Por si acaso.

—¿No ibas a aprovechar el viaje para reconciliarte con ella? —pregunta Dominic— El inconveniente de la habitación te va a venir bien después de todo.

—Esa era la idea pero cada vez dudo más que se pueda hacer eso.

—Pon un poquito de tu parte y deja atrás tu orgullo.

—No es orgullo, es sentido común.

—Los cojones. Eres un puto orgulloso que no acepta que ella tiene razón y que tú estás equivocado. ¿Le has pedido perdón siquiera una vez?

—¿Pues claro que lo he hecho! ¿Por quién me tomas?

—No habrás sido todo lo sincero que debías.

—Lo que tú digas.

—Hablo en serio, Dan. Esta es la última oportunidad que tienes para recuperarla así que haz el favor de no cagarla.

—Sí, señor.

—Y ahora habla con ella. No importa de qué, solo háblale y deja de ser un capullo.

Mi amigo cuelga después de echarme el sermón y me quedo mirando al frente sorprendido de esta nueva faceta suya. ¿Desde cuándo Dominic se ha vuelto tan maduro? Suspiro antes de desviarme hasta la estación de servicio para estirar un poco las piernas porque el viaje es bastante largo.

—Vamos a comer algo en el restaurante —sugiero.

—No tengo hambre —responde ella sin bajarse del coche.

—Tenemos que comer algo, cuando llegemos allí serán más de las dos de la tarde.

—Ve a comer tú, yo te espero aquí.

¡Y vuelve a su cabezonería acostumbrada! Me dan ganas de sacarla del coche de un tirón y empujarla contra el capó para besarla hasta que deje ese comportamiento inútil e infantil.

—Al menos sal del coche y pon la gasolina mientras como —protesto—. Así estirarás las piernas.

—Sí, señor Goldman.

Y dale con el señor Goldman de los cojones... ¿A que termino por cambiarme el apellido? Aprieto los dientes y voy a la tienda a comprar sándwiches y bebidas para comer los dos, porque no pienso consentir que se muera de hambre por cabezota. Cuando salgo ella ha apartado el coche del dispensador de gasolina y lo ha aparcado cerca de un pequeño jardín con bancos de madera. Está sentada en uno de ellos con la cara levantada hacia el sol y una sonrisa en los labios, nunca la he visto tan guapa. Me acerco lentamente y me apoyo en el capó de mi coche para observarla un momento, pero ella abre los ojos y borra la sonrisa de inmediato al verme.

—¿Podemos firmar una tregua, por favor? —pido— Estoy cansado de pelear contigo.

—No pelearíamos si no fueras tan cabezota. —¿Yo soy el cabezota?—. Podría estar trabajando en nuestro próximo libro en vez de perder el tiempo en este viaje.

—El editor al que querías mandar conmigo puede hacerlo igual de bien que tú.

—Si pensaras eso no me habrías nombrado editora jefe.

—Los jefes supervisan el trabajo de los demás, Audrey, no lo hacen todo.

—Pero a mí me gusta mi trabajo.

—¿Y quién ha dicho que dejes de hacerlo? Solo te he relegado de ese trabajo durante un par de días.

Ella agacha la cabeza y permanece callada, un grandísimo avance desde que empezó todo el asunto del viaje.

—Audrey, nuestro trabajo también es supervisar las presentaciones de nuestros autores —explico—. Sé que piensas que no tiene sentido hacer una presentación en *Mansfield*, pero la hacemos por el bien de nuestro escritor.

—¿Cómo que por su bien?

—Todos queremos el reconocimiento de nuestros amigos y conocidos cuando realizamos un trabajo del que nos sentimos orgullosos. Vamos a darle a nuestro autor su momento de gloria aunque las ganancias no sean las mejores.

—Si me lo hubieras explicado así en la oficina no se me habría ocurrido sugerir que te acompañara Thomas en mi lugar.

—¿Me dejaste hablar acaso?

—¡Es que tú no hablaste! ¡Te pusiste como una fiera cuando te lo comenté!

—Porque siempre buscas cualquier excusa para huir de mí.

—¡Y tú siempre estás intentando seducirme!

—¡Porque te quiero, maldita sea!

Ella me mira con los ojos como platos antes de levantarse y acercarse lentamente hacia mí.

—¿Qué acabas de decir? —susurra.

—Lo que has oído.

—Es que creo que no lo he escuchado bien.

Elimino la distancia que nos separa tirando de su muñeca hasta que la tengo encajada entre mis piernas.

—Estoy enamorado como un imbécil de ti, Audrey —reconozco—. Sé que me equivoqué al no decirte quién era desde el principio, pero eso no significa que no te quiera o que no confíe en ti.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Porque tenía miedo de tu respuesta —respondo sinceramente—. Aún lo tengo.

—¿Y qué pasa con las citas matrimoniales?

—Aún me queda una más, si quiero que mi madre se rinda tengo que ir.

—No creo que sea capaz de aguantar eso después de lo que pasó la última vez, Dan —reconoce ella de repente—. No puedo quedarme sentada de brazos cruzados mientras tú vas a ver a una mujer que quiere casarse contigo.

—Lo de la última vez no se repetirá, te lo prometo.

—No puedes prometer tal cosa, no eres adivino para predecir el futuro.

—Siempre puedes acompañarme, le prometí a mi madre que lo haría pero no dije nada sobre ir acompañado.

—¿No puedes simplemente negarte a hacerlo?

Desvío la mirada porque sé que no puedo hacerlo. Si me niego mi madre se pondrá más difícil y no seré capaz de lidiar con ella.

—Ya veo —susurra ella alejándose de mí.

—Audrey...

—Dices que te queda una cita a ciegas más, ¿verdad? —Asiento—. Retomemos esta conversación cuando la tengas.

—Con una condición —respondo agarrándome al último clavo ardiendo que me queda.

—¿Cuál?

—Que duermas conmigo en este viaje.

—Daniel, no...

—Seamos solo Daniel y Audrey por un par de días —la interrumpo—. Solo tú y yo.

Casi grito de felicidad cuando asiente, pero no me atrevo a hacer nada por miedo a que se eche de nuevo atrás. Audrey pasa el resto del viaje leyendo uno de los muchos manuscritos que llegan a la editorial, está tan concentrada que no me presta ninguna atención y aprovecho para atrapar su mano bajo la mía. Ella me sorprende enlazando sus dedos con los míos y mirándome con una sonrisa.

—No la voy a apartar —susurra.

—Me alegro.

Levanto nuestras manos unidas y dejo un beso en el reverso de la suya con un suspiro.

—Te echo mucho de menos —susurro sin pensar.

—Déjalo, Dan, prometiste que no hablaríamos de todo esto hasta después de tu última cita a ciegas.

—Tienes razón —respondo con un suspiro— pero no lo he podido evitar.

—Hemos venido a trabajar, así que céntrate, por favor.

—Todo está preparado, deja de preocuparte.

—No puedo hacer eso cuando lo hemos hecho todo a distancia, algo puede salir mal en el último momento.

—El autor se ha acercado esta mañana temprano a la librería donde haremos la presentación y dice que está todo listo —contesto enseñándole el mensaje de texto que me ha enviado.

—Me quedo más tranquila entonces.

Audrey apoya la cabeza en mi hombro y cierra los ojos con un suspiro. Debe estar bastante cansada porque se queda dormida en el acto y yo puedo disfrutar mirándola de vez en cuando durante todo el tiempo que lo hace. Había olvidado lo bien que me siento cuando está junto a mí y necesito arreglar las cosas para que eso no ocurra de nuevo jamás. Aparto un mechón de pelo que ha caído sobre sus labios y agacho la cabeza para depositar un levísimo beso sobre ellos, tan leve que no creo siquiera que lo haya notado.

Cuando llegamos a *Mansfield* aparco en el pequeño apartamento que hay junto al hotel. Es una pequeña casa rural bastante acogedora y el dueño parece ser agradable. En cuanto nos ve entrar dibuja en su cara una sonrisa y se apoya en el mostrador.

—Señor y señora Goldman, ¿verdad? —pregunta.

Audrey se mueve incómoda y se apresura a intentar soltar mi mano, pero se lo impido apretando sus dedos con fuerza.

—Aún no estamos casados —respondo sin más.

Ella me mira con intención de matarme y me aparta del mostrador para discutir en susurros.

—¿Se puede saber a qué ha venido eso? —protesta.

—¿A qué ha venido qué?

—¿Por qué has dicho que aún no estamos casados?

—¿Es que es mentira?

—Deberías haber dicho que somos compañeros de trabajo.

—Solo tenemos una habitación, Audrey. ¿No crees que eso sería algo raro?

—¿Y por qué solo hay una habitación?

—Prometiste dormir conmigo, ¿recuerdas?

—Lo he prometido hace un rato —responde con una ceja arqueada.

—¿Y qué?

—No lo tendrías todo planeado de antemano, ¿verdad?

—Le he enviado un mensaje a Dominic hace un rato para que cancele una reserva, puedes preguntarle a él si no me crees —miento.

—A él tampoco le creería, es tu compañero de armas y siempre te cubre las espaldas.

—¿Qué importa cuándo hiciera la reserva de la habitación si has accedido a pasar la noche conmigo?

—¿Siempre te tienes que salir con la tuya?

—Si eso fuera verdad no habría pasado un infierno separado de ti.

Enlazo su cintura con las manos y la atraigo hacia mi cuerpo.

—Mantengamos la tregua, ¿eh? —pido— Solo quiero estar contigo este fin de semana y olvidarme de todo lo demás.

—No creas que me voy a olvidar de esto, Dan. En cuanto lleguemos a Seattle...

—Pero ahora no estamos en Seattle —susurro apartándole el pelo del cuello y acercando mi boca a su oído— y pienso saborearte entera en cuanto terminemos con la presentación.

Sonríó cuando ella se vuelve hacia mí con las mejillas sonrosadas. ¿A estas alturas va a darle vergüenza hablar de ello?

—Es más —continúo—, creo que no voy a esperar tanto.

—¿Quieres callarte ya? Ese hombre está escuchando a hurtadillas nuestra conversación.

—Que lo escuche, a lo mejor aprende algo también —respondo con un guiño—. ¿Me da la llave de nuestra habitación, por favor?

El hombre asiente y me entrega un trozo de madera del tamaño de mi mano desde el que cuelga una llave. Vuelvo a coger a Audrey de la mano y la guío por las escaleras hasta la habitación, que es bastante luminosa porque está rodeada de ventanales. Audrey deja la maleta sobre la cama y la abre para sacar la ropa que ha traído para la presentación y colgarla en el armario. En cuanto la tengo de espaldas a mí me abrazo a su cintura con fuerza y entierro la cara en su pelo con un suspiro.

—Espera que guarde esto —susurra.

—Solo un segundo, nena... Necesito un segundo.

En vez de apartarse ella se retuerce entre mis brazos hasta quedar de cara a mí y enlaza sus brazos en mi cuello para abrazarme.

—¿Mejor así? —pregunta.

—Mil veces mejor.

La suelto al fin para dejarla deshacer su maleta y me dejo caer en la cama con los ojos cerrados para descansar un momento. La presentación es a las seis así que tenemos tiempo de sobra para descansar un poco antes. Cuando Audrey termina de guardar sus cosas se sienta a mi lado mirándome con una sonrisa.

—Deberíamos ir a inspeccionar el local —sugiere.

Tiro de su muñeca como respuesta para tumbarla a mi lado y abrazarla.

—Lo haremos después —explico—, aún tenemos tiempo de descansar un par de horas.

—Apenas he pegado ojo en toda la noche —reconoce acurrucándose a mi lado.

—¿Estabas nerviosa por viajar conmigo? —bromeo.

—Estaba nerviosa por la presentación —me corrije—. Es la primera vez que hago una y quiero que todo salga perfecto.

Ni siquiera sé cuándo me he quedado dormido pero cuando suena la alarma de mi móvil estoy cubierto por el nórdico y Audrey no está por ninguna parte. Con un suspiro salgo de la cama y bajo a buscarla por los alrededores, pero no consigo encontrarla así que la llamo al móvil.

—¿Dónde estás? —pregunto en cuanto descuelga.

—Estoy en el supermercado —explica—. He pensado que podríamos poner algunos aperitivos esta tarde para los invitados.

—Bien pensado, como es un pueblo pequeño quedará bastante bien. ¿Voy a buscarte?

—No hace falta, las bolsas no pesan demasiado.

—No tardes, tenemos que ir a comer algo antes de ponernos a trabajar.

—Ya casi termino.

Entro en el hotelito y me acerco al mostrador para preguntar sobre un buen restaurante cerca.

—¿Ha encontrado a su novia? —pregunta el recepcionista.

—Sí, había ido al supermercado a hacer unas compras.

—Es una mujer muy bonita.

Si no fuera un hombre de sesenta y pico años empezaría a sentir celos, pero en vez de eso sonrío.

—Lo es, y tengo mucha suerte de tenerla —respondo en cambio.

—¿Están aquí de escapada romántica?

—No, estamos aquí por trabajo.

—¿A qué se dedican?

—Somos editores.

—¡Oh! ¿Son los editores de Mike?

—Así es. ¿Vendrá esta tarde a la presentación?

—Por supuesto. Mike y mi hijo son grandes amigos, no podría perdérmela aunque quisiera.

—En ese caso nos vemos allí.

En cuanto veo a Audrey llegar al hotel le quito las bolsas de las manos dándole un beso en la boca y subimos a la habitación.

—Deberías haberme despertado —protesto cerrando la puerta—. Me habría gustado ir contigo.

—Parecía que necesitabas un descanso extra —se disculpa.

—Pero despertarme contigo es mucho mejor.

Ella se queda mirándome con la boca abierta.

—¿Qué pasa? —pregunto con curiosidad.

—¿No estás enfadado? —Su pregunta me hace sonreír.

—He descubierto que desaparecer de mi cama es parte de ti, así que he decidido no volver a enfadarme siempre que dejes una nota o respondas al teléfono.

—¿Tienes fiebre? —pregunta poniendo la mano sobre mi frente.

Dejo caer al suelo todas las bolsas que llevo en las manos y me acerco a ella en un par de zancadas para aprisionarla contra la pared. he atrapado al vuelo su mano y la bajo desde mi cabeza hasta ponerla sobre mi polla, que está empezando a ponerse dura.

—Aquí es donde tengo fiebre —susurro con voz ronca—. Estoy tan desesperado por tenerte de nuevo que un leve roce de tus manos en cualquier parte de mi cuerpo hace que se me ponga dura.

—Tenemos que ir a la presentación.

—¿Crees que no lo sé? —Suspiro y me aparto de ella—. Creo que he cambiado de opinión, Audrey, necesito aclarar las cosas contigo antes de llevarte a la cama.

—Te dije que hablaríamos cuando se terminaran tus citas a ciegas, no antes.

—¿Y por qué tenemos que esperar? ¿Vas a dejar de quererme porque vaya a cenar con una mujer para rechazarla?

—¿Y si te gusta y decides casarte con ella?

No se me descuelga la mandíbula porque es imposible. ¿En serio cree que me casaría con cualquier otra mujer que no fuera ella? Estoy hasta los cojones de las consecuencias que tienen las malditas citas a ciegas en mi relación con Audrey. Saco el teléfono de mi bolsillo sin dejar de mirarla y marco el número de mi madre poniendo el manos libres.

—Dime, hijo. ¿Qué pasa? —pregunta en cuanto descuelga.

—Olvídate de la última cita a ciegas, mamá, no pienso ir a ninguna más.

—¡Pero me lo prometiste!

—Ya he encontrado a la persona con quien quiero casarme.

—¿Es una chica?

Audrey se tapa la boca para reprimir una carcajada y elevo los ojos al cielo.

—¡Pues claro que es una chica, mamá! —protesto— ¡Te he dicho mil veces que no soy gay!

—¿Tiene conexiones sociales?

—No las tiene y tampoco me importa.

—Eso complica las cosas... —suspira— Va a costarme mucho trabajo convencer a tu padre de

que acepte tu decisión pero no te preocupes por nada. Quiero conocerla cuanto antes, ¿me oyes?

¿Quién es esta mujer y qué ha hecho con mi madre?

—¿Por qué de repente estás de mi parte? —pregunto sorprendido.

—Porque me he dado cuenta de lo mala madre que he sido para vosotros todo este tiempo, Daniel. No puedo compensar los años que he fallado pero al menos puedo hacerlo bien los que me quedan, ¿no crees?

Mi madre cuelga el teléfono sin darme la opción a responder porque sabe que ahora mismo no estoy preparado para agradecerle nada. Vuelvo a guardar el teléfono en mi bolsillo y apoyo la mano al otro lado de la cabeza de Audrey de tal forma que la dejo aprisionada entre mis brazos.

—Listo —susurro—. Se han acabado las citas a ciegas, Audrey, ahora vamos a hablar de nosotros.

—No sabía que habías encontrado a una mujer con la que quisieras casarte —dice volviendo la cara con una sonrisa—. Enhorabuena.

—Como si no supieras a quién me refiero...

—¿No crees que hablar de matrimonio es un poco apresurado? Aún no hemos hecho las paces.

—¿Acaso te lo he pedido? Que quiera casarme contigo no significa que vaya a hacerlo ahora mismo.

—Ni siquiera sabes si yo quiero casarme contigo.

—Es un riesgo que tengo que correr.

—Me mentiste.

—Fue una mentira que debía decir y me disculpé por ello.

—Fuiste a citas a ciegas aun cuando estabas saliendo conmigo, lo que se considera una traición.

—No tenía opción y lo sabes.

—Besaste a otra mujer delante de mis narices.

—Ella me besó a mí —corrijo.

—Tus labios tocaron los de otra mujer, me da igual quién lo empezara.

—Te he pedido perdón innumerables veces por todo eso.

—¿Y qué pasará si tu madre no logra convencer a tu padre para que apruebe que salgamos juntos?

—Que me desheredará.

—¿Y eso no te preocupa? —Sonrío.

—Estoy haciendo los arreglos necesarios para comprar la editorial y desvincularme de mi padre desde hace tiempo —explico—. Por mí puede ahogarse en su propio dinero, soy lo suficientemente capaz de ganar el mío.

—¿Y si no logras sacar adelante la editorial?

—Tienes muy poca fe en mí, nena... nunca he hecho una apuesta por un negocio que no pueda ganar, mucho menos si el negocio es mío. Si no hubiera visto posibilidades de salvarla no me habría hecho cargo del proyecto para empezar.

—¿Y qué pasa con tu hermano?

—¿Qué pasa con él? ¿Qué tiene que ver él con nosotros?

—Todo el peso de la responsabilidad caerá sobre él y no creo que esté preparado para eso.

—Eso no pasará porque está planteándose trabajar para mí como diseñador gráfico.

Acercó mis labios a los suyos para besarla.

—Te estás quedando sin excusas, Audrey —bromeo.

—No son excusas, Daniel. No quiero que dentro de unos años me eches en cara que has perdido tu herencia por casarte conmigo.

—Jamás haría tal cosa. Soy yo quien está decidiendo dejarlo todo por ti, nena, tú no me has obligado a nada.

Pego mi pelvis a la suya y la abrazo con fuerza.

—Solo hay una cosa que quiero saber, Audrey —susurro— ¿Me quieres?

—¿Por qué me preguntas eso de repente?

—Porque es lo único importante ahora mismo. Necesito saber los sentimientos de la mujer a la que quiero, así que respóndeme. ¿Todavía me quieres?

—Sí, te quiero —responde ella en un susurro apenas audible.

—Entonces dejemos de atormentarnos el uno al otro estando separados, ¿mmm?

En cuanto mis labios rozan los suyos Audrey se pone de puntillas y enreda sus brazos en mi cuello para pegar su cuerpo al mío. No necesito más permiso que ese para levantarla en peso agarrándola del culo y tumbarla sobre la cama. Me deshago rápidamente de su ropa dejándola en ropa interior. Hoy es sencilla, de cuadros blancos y negros y bastante infantil, pero igual de sexy y excitante para mí. Dejo un camino de besos desde su tobillo hasta su ingle, donde me entretengo lamiendo su dulce coñito a través de la tela de sus bragas. Continúo subiendo por su estómago y sus costillas hasta llegar al sujetador. Me deshago de él con una mano y continúo mi asalto de besos por sus pechos, succionando sus pezones hasta que logro hacerlos florecer.

Los quedos gemidos de Audrey apenas son audibles en la habitación y sus caderas se mueven en un intento desesperado de encontrarse con mi polla, que está dura y dispuesta a entrar de una vez en ella, pero me aparto para alargar este delicioso momento un poco más. Bajo de nuevo por su estómago arrastrando con mis manos sus bragas y entierro la cabeza entre sus piernas para saborearla con mi lengua. Mordisqueo su clítoris hinchado mientras uno de mis dedos se adentra en su interior haciéndola gritar de placer.

Me doy un festín con sus labios, está completamente mojada y sus fluidos corren por mis dedos cuando los aparto para enterrarme al fin en ella. Joder... casi había olvidado lo bien que estoy dentro de ella... En cuanto empiezo a moverme el placer me hace olvidarme de todo lo demás, solo puedo pensar en la mujer que está debajo de mi cuerpo y en lo mucho que la quiero. Introduzco la mano entre nuestros cuerpos y acaricio su clítoris a la vez que me entierro una y otra vez en ella. Sus músculos me aprisionan, me succionan y me llevan de cabeza al orgasmo cuando ella se corre entre gritos y jadeos de placer.

Ni siquiera sé cuánto tiempo llevamos así, abrazados el uno al otro sin abrir los ojos, sin apartar nuestros cuerpos. Aunque hace rato que he salido de ella soy incapaz de dejarla marchar.

—Te quiero, Audrey —susurro un segundo antes de volver a besarla.

—Yo también te quiero, Daniel.

Epílogo

Los rayos del sol se cuelan por las rendijas de la ventana e inciden directamente sobre la cara de Audrey, que está dormida a mi lado. Me apoyo en la mano para observarla un momento pero parece que ella me siente y abre los ojos con una sonrisa.

—Buenos días —susurro.

—Buenos días —responde desperezándose.

Agacho la cabeza para depositar un leve beso en sus labios.

—¿Por qué estás despierto tan temprano? —pregunta— Hoy es domingo.

—Tenía ganas de mirarte.

La carcajada que escapa de sus labios calienta de nuevo mi corazón. Llevamos viviendo juntos ya un año y cada día es mejor que el anterior. Desde que nos reconciamos aquel día en *Mansfield* hace casi dos años no me he separado ni un solo instante de ella y reconozco que no creo que pueda ser más feliz. La editorial, como era de esperar, no puede ir mejor y nuestros libros siempre ocupan los primeros puestos del ranking de ventas así que definitivamente tomé una buena decisión al dejar la empresa de mi padre.

Dominic y mi hermano están viviendo juntos en el piso de al lado. Son tal para cual, a fin de cuentas... dos mujeriegos de cuidado que no pierden la oportunidad de follarse a toda mujer que se les pone por delante. Ambos trabajan ahora en la editorial, Mark como diseñador gráfico y Dom se ocupa del marketing, cosa que se le da jodidamente bien. En cuanto a mis padres... al final mi madre logró convencer a mi padre para que me dejara vivir mi vida y aunque aún me siento algo incómodo con ellos nuestra relación ha pasado a ser cordial. Mi madre ha decidido cambiar a su hijo por su nuera y ahora se pasa la mayor parte del tiempo mimándola hasta el límite de lo soportable, pero Audrey parece encantada con toda la atención que recibe de ella.

Mi mujer se acurruca a mi lado con un suspiro y paso mi brazo alrededor de su cuerpo para abrazarla. Su mano descansa sobre mi pecho y su anillo de boda reluce llamando mi atención. Así es... somos un par de recién casados que se mueren de ganas por pasar tiempo el uno con el otro. Apenas hace un mes que nos casamos y aunque ya hace una semana que volvimos al trabajo aprovecho cualquier oportunidad para no separarme de ella.

—Quiero café —dice Audrey incorporándose, pero la retengo sujetándola de la cintura.

—¿A dónde crees que vas?

—Suelta... voy a la cocina y vuelvo.

—Ni lo sueñes... es domingo.

—¿Y porque sea domingo vas a retenerme en la cama sin dejarme comer ni beber nada?

—Yo te traeré el café, no te muevas.

Me pongo el pantalón del pijama y una camiseta y salgo del dormitorio para ir a la cocina. Acabo de darle al botón de encendido de la cafetera cuando siento los brazos de Audrey alrededor de mi cintura e inconscientemente coloco mi mano sobre las suyas.

—Te he dicho que no te levantes —protesto.

—No he podido resistirme. Estás tan sexy haciendo café...

Me vuelvo hacia ella sin soltar sus manos y la aprisiono contra la isla de la cocina pegando mi pelvis a la suya. Mi polla reacciona al momento arrancándole un jadeo.

—Así que sexy... ¿mmm? —ronroneo acercando mi boca a la suya.

—Mucho —responde ella enredando sus brazos en mi cuello.

La levanto en peso para sentarla en el borde de la isla y hundo la lengua en su boca, que aún tiene el sabor a menta de su pasta de dientes. Audrey gime enredando sus piernas en mi cintura y levanto el diminuto camisón de seda que lleva puesto para comprobar que debajo no lleva absolutamente nada.

—Querías jugar, ¿no? —susurro pasando un dedo por su coñito mojado.

—¿Acaso tú no?

Me bajo el pantalón del pijama lo justo para dejar mi polla libre y clavarme en ella hasta el fondo. Mi mujer echa la cabeza hacia atrás con un suspiro y empiezo a moverme muy despacio dentro de ella apretando los dientes para controlar las ganas que tengo de ir más deprisa. Audrey acerca su culo más al borde de la encimera para que yo pueda moverme mejor y clava sus uñas en mi espalda cada vez que estoy por completo dentro de ella.

—¿Esto es lo que querías? —ronroneo pegando mi boca a su cuello— ¿Que te folle despacio sentada en la encimera?

—Quiero que te muevas más deprisa —gimotea—. Quiero que te muevas como un animal.

Sonrío ante la desesperación que puedo notar en sus palabras pero no aumento el ritmo. Continúo entrando y saliendo de ella sin apartar mi mirada de su cara, pero el sonido de los dígitos de mi cerradura me detienen en seco.

—¡Vete a la mierda, Dominic! —grito saliendo a toda prisa de mi mujer, que salta al suelo y corre hasta nuestro dormitorio.

—¿Qué pasa? —pregunta mi amigo dejándose caer en el sofá.

—¿Se puede saber cómo coño averiguas siempre la clave de mi casa?

—Porque soy tu mejor amigo del colegio y te conozco como si fueras yo mismo.

—¡Dominic!

El grito de mi mujer nos hace volvernos hacia el pasillo de inmediato. Audrey se ha puesto un pantalón de deporte y una camiseta y se acerca a mi amigo con cara de pocos amigos. La hostia que le mete en la cabeza es espectacular y sonrío porque se lo tiene bien merecido por ignorar una vez más sus advertencias.

—Esta es la casa de una pareja casada —protesta Audrey volviendo a golpearle— así que no vuelvas a entrar aquí sin llamar porque cualquier día te vamos a ignorar y vamos a seguir follando.

—¿Os he cortado un polvo? —pregunta Dom riendo.

—Sí, capullo, nos has cortado el rollo —protesto.

—¿Queréis que hagamos un trío? Ya que estáis cachondos...

Audrey le coge de la oreja y le saca de casa como si fuera un niño pequeño. Mi hermano está apoyado en el quicio de la puerta de su casa bebiéndose una taza de café y sonrío cuando les ve aparecer.

—Te lo advertí —le dice a Dom—. Ahora te jodes por gilipollas.

—¡Solo quería una taza de café! —protesta él.

—¿Es que no tienes café en tu casa? —pregunta Audrey.

—El tuyo es mejor.

Mi mujer cierra la puerta en las narices de mi amigo y se vuelve hacia mí elevando los ojos al cielo.

—Cambia la cerradura a una normal y corriente con llave o te juro por Dios que no vas a

tocarme en lo que te resta de vida.

Sonrío y me acerco a ella lentamente con la mirada fija en sus tetas, que botan libremente sin el confinamiento de un sujetador.

—¿Te has atrevido a mostrarte así delante de Dominic, Audrey?

Ella empieza a recular en cuanto su nombre sale de mis labios, pero salto por encima del respaldo del sofá y en dos zancadas la tengo aprisionada contra la pared del pasillo.

—¿Intentabas escaparte de mí? —ronroneo.

—Sí, lo intentaba. No voy a dejar que me toques hasta que cambies la cerradura.

—Te juro que mañana mismo mando a poner una de identificación dactilar, pero déjame terminar lo que hemos empezado.

—Ahora no puedo —responde escapándose de mi abrazo—. Tu amigo me ha cortado el rollo por completo.

—No te preocupes por eso, nena... Ahora mismo te vuelvo a animar.

Nuestro inminente beso queda interrumpido cuando suena el timbre de la puerta.

—Dominic... juro que te voy a matar —protesta ella escapando de mis brazos para ir a abrir la puerta.

Por suerte para mi amigo es mi madre quien espera detrás de la puerta. El gesto de mi mujer cambia de inmediato haciéndome reír a carcajadas.

—¿Por qué estás tan contento, hijo? —pregunta mi madre sentándose en el sofá.

—Audrey me acaba de contar un chiste muy gracioso, mamá. ¿Qué te trae por aquí?

—Estaba de paso y he aprovechado para traeros una cosa que compré ayer para vosotros.

—No tenías que haberte molestado, mamá —responde Audrey con una sonrisa.

—Tonterías.

Audrey saca de la bolsa una caja de regalo con un trajecito de bebé de color crema. Su mirada pasa del traje a mí un par de veces antes de dibujar una sonrisa forzada en sus labios.

—Aún es pronto para esto, mamá —responde— pero lo guardaré con mucho cariño.

—¿Acaso no quieres tener hijos, Audrey? —pregunta mi madre.

—Por supuesto que sí.

—Entonces debéis poner os manos a la obra lo antes posible —responde mi madre levantándose—. Me marcho, voy a intentar arrastrar a tu hermano conmigo a ver si lo emparejo con la hija de una de mis amigas.

—Eso es igual que las citas a ciegas a las que me obligaste a ir, mamá —protesto—. Mark se va a cabrear.

—Ya lo sé —responde restándole importancia a mis palabras con la mano—, pero se le pasará en cuanto vea a la belleza que tengo preparada para él.

Mi madre se marcha y me dejo caer en el sofá observando detenidamente el trajecito que Audrey ha dejado caer a mi lado.

—¿Por qué tienen que hacer la ropa de bebé con tantos lazos y tantas ñoñerías? —pregunto.

—Supongo que para hacer a los bebés mucho más adorables —responde ella con un suspiro apoyando la cabeza en mi regazo.

—Te he visto un poco sorprendida cuando mi madre ha hecho alusión a tener hijos. ¿Realmente quieres tenerlos?

—Por supuesto que quiero, pero no inmediatamente como insinúa tu madre. Necesito tenerte para mí sola un poquito más.

—Creo que deberíamos empezar a practicar ¿no crees? La teoría es muy sencilla pero la

práctica...

—¿Con qué quieres practicar? ¿Con un cachorrito?

—¿Se puede saber para qué quiero yo un cachorrito?

—Has dicho que querías practicar...

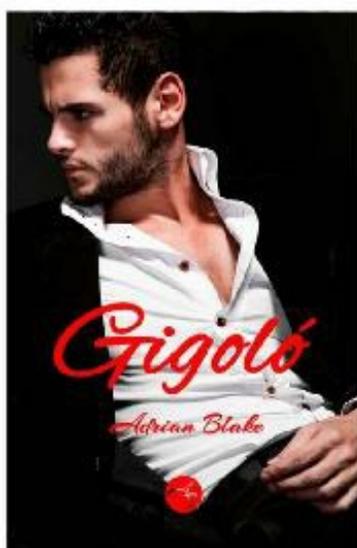
Su sonrisa se convierte en una carcajada cuando al fin pillo la broma y me la cargo al hombro para llevarla a la cama y practicar... hasta que pierda la cuenta de los orgasmos.

Otros libros del autor

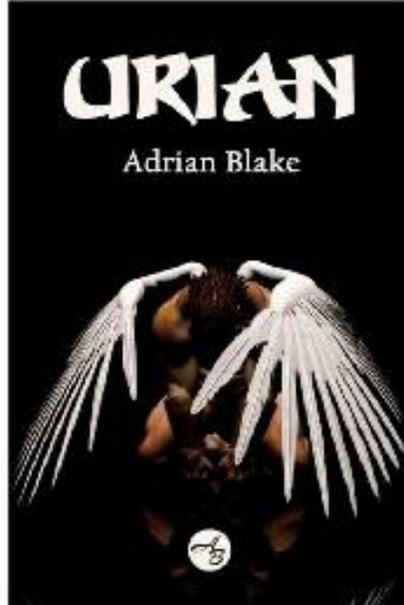


Black Butterfly... un local donde todo el mundo puede hacer sus fantasías realidad. El mejor local de sexo de la ciudad, el Edén en la Tierra. El lugar donde sus cuatro protagonistas descubrirán que la vida puede complicarse cuando menos te lo esperas, que el amor puede aparecer a la vuelta de la esquina y que hay que trabajar duro si se quiere tener a la persona que uno quiere.

Mis chicos os esperan para contaros sus historias, incluido Ken, que intenta engañarse a si mismo creyendo que puede mantener las distancias con la mujer a la que ama. ¿Estáis preparadas para conocer su historia?



Mi nombre es Colin y guardo un oscuro secreto. De lunes a viernes soy profesor de literatura en un instituto. El resto del tiempo... me dedico a hacer feliz a cualquier mujer dispuesta a pagar mis servicios. Follo por dinero... y por placer. Puedo hacer realidad todas tus fantasías y cuando me vaya te sentirás satisfecha, saciada... y feliz. ¿Quieres contratar mis servicios? Llámame.



Mi nombre es Urian... aunque no siempre me he llamado así. Por mi trabajo de fotógrafo de moda vivo rodeado de mujeres increíbles, pero ninguna logra captar mi atención... porque solo me importa ella. Olivia es la dueña de mis pensamientos... aunque lo nuestro sea imposible. Soy un ángel caído, condenado a vagar por el mundo sin encontrar el amor por no seguir unas reglas que me parecían ridículas. Pero ahora algo ha cambiado... hay algo en Olivia que me hace tener esperanzas, y quizás... solo quizás, aún haya salvación para un alma atormentada como la mía.